





SUENAN VOCES



# SUENAN VOCES

Antología RENATA 3

Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa RENATA



Silaba



Suenan voces : Antología Renata III / Albeiro Alvarez ... [et al.] ;  
edición y selección de textos Julio Paredes. -- Medellín :  
Sílabas Editores : Red Nacional de Talleres de Escritura  
Creativa, 2010.  
250 p. ; 22 cm.  
1. Cuentos colombianos – Colecciones 2. Crónicas colombianas –  
Colecciones I. Álvarez, Albeiro II. Paredes, Julio, 1957- , ed.  
Co863.08 cd 21 ed.  
A1248882

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

### **Ministerio de Cultura**

Paula Marcela Moreno Zapata  
Ministra

María Claudia López  
Viceministra

Enzo Rafael Ariza  
Secretario General

Clarisa Ruiz Correa  
Directora de Artes

Melba Escobar  
Asesora de Literatura

Patricia Miranda  
Coordinadora de RENATA

### **Alcaldía de Bogotá**

Samuel Moreno Rojas  
Alcalde Mayor

Ana María Alzate Ronga  
Directora General de la  
Fundación Gilberto Alzate  
Avendaño

Julián David Correa Restrepo  
Gerente de Literatura

ISBN: 978-958-99174-6-6

© Varios autores

© Ministerio de Cultura, Renata

[www.tallerliterario.org](http://www.tallerliterario.org)

Coordinadora Renata: Patricia Miranda

[pmiranda@mincultura.gov.co](mailto:pmiranda@mincultura.gov.co)

Selección y edición de textos: Julio Paredes

Diseño de cubierta: Camilo Umaña

© Sílabas Editores

[www.silbaeditores.com](http://www.silbaeditores.com)

Editora: Lucía Donadío

[silbaeditores@gmail.com](mailto:silbaeditores@gmail.com)

Primera edición: Abril de 2010.

Distribución y ventas: Sílabas Editores

Carrera 25A No 38D sur-91. Medellín, Colombia.

Cel. 313-649-0459

Printed and made in Colombia / Impreso y hecho en Colombia  
por Editorial Artes y Letras, Medellín.

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta  
obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

## **Las palabras**

Iban asomando las palabras  
en el libro.  
Espina dorsal  
Diminutos esqueletos de la voz.

Proyectaban en el aire  
los reflejos de sus colores.

Unas gritaban a voz en cuello  
otras apenas rozaban el oído.

Se ramificaban dentro de ellas  
la vibración  
la movilidad  
el matiz  
como un pequeño sistema nervioso.

Y  
horror  
del libro empezaron a salirse las palabras  
a andar  
a arquearse  
a deslizarse por encima de mis manos  
y se internaron por el inmenso hueco de la  
vida real  
ondulando y retorciendo  
sus diminutos cuerpos de gusanos de luz.

De *Suenan timbres*. Luis Vidales





# CONTENIDO

Prólogo	
<i>Paula Marcela Moreno Zapata</i> .....	13
Introducción	
<i>Julio Paredes</i> .....	17

## I De los días

Presentación	
<i>Pablo Montoya</i> .....	23
Brisa de febrero	
<i>Óscar Humberto Mejía Blanco</i> .....	27
Azul y rojo	
<i>Jorge Mario Sarmientopérez Villareal</i> .....	30
Changing	
<i>Angélica María Guerrero</i> .....	36

## Antología RENATA III

Desagradablemente bello	
<i>Cristal Villanueva</i> .....	42
La falda	
<i>Iván Ruiz Ariza</i> .....	50
La noticia	
<i>María Isabel González</i> .....	53
Las noches de luna	
<i>Luis Carlos Bonilla</i> .....	57
Me llamas a las cinco	
<i>José Mario Iriarte</i> .....	62
Querido Eduardo	
<i>Mayra Alejandra Mola Bandera</i> .....	66
El domador de caballos	
<i>Constanza Lema Botero</i> .....	70
La clave	
<i>Hernando Aldana Velásquez</i> .....	75
Empezar de nuevo	
<i>Marcela Sjogreen</i> .....	82

## II De otros mundos

Presentación	
<i>Antonio García Ángel</i> .....	89
Amor de telenovela	
<i>Pablo Estrada</i> .....	92

## Suenan voces

Antitetánica	
<i>Néstor Alfonso Romero</i> .....	98
Apocalipsis now	
<i>Eduardo Tovar Murcia</i> .....	101
Garganta seca	
<i>Diana López Garzón</i> .....	111
El caso del titiritero loco	
<i>Norwell Calderón Rojas</i> .....	115
El final	
<i>Eduardo Torres y Néstor Mejía</i> .....	127
El laberinto de Ícaro	
<i>Hilda Lubo Gutiérrez</i> .....	129
Eterno silencio	
<i>Diógenes Díaz Carabalí</i> .....	138
Ncome	
<i>Mauricio Romero</i> .....	143
No llores por mí Argentina	
<i>Jorge Omar Hurtado Ruiz</i> .....	149
Brigidit	
<i>Tara Newball</i> .....	157

## III Del país

Presentación	
<i>Nahum Montt</i> .....	161
González	
<i>Albeiro Álvarez</i> .....	164

## Antología RENATA III

El arreglo	
<i>Fernando Bedoya Londoño</i> .....	172
El corrido de un rey y su castillo	
<i>Deiby Galvis Estupiñán</i> .....	175
El único	
<i>Edward Mosquera</i> .....	194
En Puerto Berrío cada NN tiene su padrino	
<i>Catalina Oquendo</i> .....	199
Fantasmas	
<i>Jesús Antonio Álvarez Flórez</i> .....	204
Leer y escribir en Peñas Blancas	
<i>Juan Felipe Gómez</i> .....	212
Después del once	
<i>Leonel Pérez Bareño</i> .....	216
Autores .....	235
Anexo 1. Talleres Renata .....	248

## PRÓLOGO

*Paula Marcela Moreno Zapata*  
Ministra de Cultura

Escribir es mucho más que redactar, es construir un mundo con palabras que habla desde nuestro espíritu, nuestros deseos y nuestras pasiones. Esta necesidad de expresión es compartida por todos en la búsqueda de una voz propia que nos permita comunicarnos.

Un taller de escritura creativa es un laboratorio de país, un espacio de interacción y diálogo donde tienen lugar la lectura crítica de textos literarios, la escritura particular y auténtica de cada uno de sus participantes y la discusión sobre lo que otros han aprendido del oficio de escribir. Por ello, el principio que guía la acción de los talleres de escritura creativa es la convicción de que todos tenemos la capacidad para convertirnos en escritores y que un escritor es aquel que tiene la voluntad de contar una historia con sus propios recursos de expresión.

La Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa RENATA es un programa del Área de Literatura de la Dirección de Artes del Ministerio de Cultura, inscrito en el Plan Nacional para las Artes 2006-2010, que cuenta con el apoyo de las secretarías municipales e institutos departamentales de cultura, la Red Nacional de Bibliotecas Públicas y el Banco de la República. El Ministerio de Cultura incluyó su promoción y fortalecimiento en el territorio nacional como una estrategia para alcanzar sus objetivos de democratización de las prácticas artísticas, empoderamiento de las capacidades locales y renovación de la diversidad narrativa y bibliográfica.

El objetivo de los talleres y de la red es diseñar e implementar estrategias para estimular la lectura crítica y la cualificación de la producción literaria en las diversas regiones de Colombia, impulsando además la integración, circulación y divulgación de nuevos autores. Los talleres buscan reflejar la diversidad étnica, cultural y geográfica del país, y sus programas construyen las bases del oficio del escritor.

RENATA, al ser una red de talleres de escritura creativa, encuentra su fortaleza en los niveles de comunicación y colaboración existentes entre sus asociados. Por esta razón, los servicios que ofrece son estrategias para estimular y consolidar la producción, circulación, divulgación e investigación de la práctica de la escritura creativa a nivel nacional.

Uno de los resultados de este trabajo es el amplio abanico de cuentos y crónicas que componen esta antología, escritos por los asistentes de los talleres de RENATA en todo el país. Esta selección de los mejores textos escritos en 2009 por los futuros escritores colombianos nos permitirá apreciar un panorama de lo que se vive y lee en Colombia.

*Suenan voces* es una muestra del país oculto que se teje en los talleres de RENATA desde la selva hasta la Guajira pasando por las grandes ciudades, un país que se cuenta a sí mismo para ser un antídoto contra el olvido y un espacio que le dé voz a quienes no la han tenido.

Espero que disfruten su lectura y que recuerden los nombres que aparecen allí, ya que muy pronto los podremos encontrar en vitrinas de las principales librerías del país.





## INTRODUCCIÓN

*Julio Paredes*

Como sucedió con las antologías anteriores de RENATA, la presente selección, fue el resultado de un largo proceso de lecturas y relecturas de más de quinientas páginas de textos, escritos y enviados desde casi todos los talleres activos de la Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa del Ministerio de Cultura. Llegar a la propuesta editorial final no fue una tarea sencilla; menos expedita y clara de lo sospechado en un principio. La razón más evidente y obvia fue la del espacio, el hecho inevitable de cumplir con un número máximo de páginas que obligaba, ya desde la primera lectura, a encontrar la manera de reducir el volumen y, por lo tanto, dejar por fuera gran cantidad de material impreso.

Sin embargo, el criterio fundamental que guió la presente propuesta fue, como lo ha sido también en las anteriores antologías, el de buscar en cada uno y

en todos los textos escogidos (con un total de treinta y uno, entre cuentos y crónicas) la calidad literaria suficiente para formar parte de un libro. Calidad entendida como la suma de ciertas condiciones mínimas como respuesta a la convocatoria hecha por parte de RENATA a los talleres: habilidad para crear atmósferas, para construir personajes sólidos y creíbles, para elaborar y proponer tramas atractivas con argumentos divertidos o desconcertantes, todo sustentado, obviamente, sobre un trabajo dirigido no sólo a las posibilidades espontáneas de la imaginación, sino también en el buen manejo del lenguaje, en el conocimiento elemental de los recursos técnicos narrativos, tanto dramáticos como retóricos, desde la simple ortografía hasta la estructura de los diálogos o el posible sentido estético de una descripción. Condiciones que, al fin y al cabo, formarían parte de la esencia de un verdadero taller de escritura creativa. No de otra forma, además, se podría sacar a la luz y entregarles a los lectores las voces de otros que también tienen una historia para contar.

Por otro lado, la división final de los presentes textos se dio de manera casi natural en tres grandes capítulos titulados: *De los días*, *De otros mundos* y *Del país*. En los relatos agrupados bajo el tema *De los días*, el lector encontrará una serie diversa de anécdotas centradas en el espacio y tiempo de lo cotidiano, entremezcladas con temáticas del mundo de la familia, con sus dichas y fantasmas, el

del colegio y sus personajes, así como el de los primeros amores y las primeras muertes. En *De otros mundos* los relatos parecen proponerle al lector un giro inesperado a ese mismo universo cotidiano, con distintas vueltas de tuerca en las que aparecen tramas de corte fantástico, mítico o de otra realidad que avanza paralela a la de los días ordinarios pero con sus propias reglas. Por último, en la sección *Del país* se han agrupado relatos y crónicas cuyas temáticas hacen referencia a personajes, situaciones y ambientes que, sin caer en los tópicos del color local, pertenecen sin duda a una Colombia contemporánea y única y que el lector, se encuentre en el rincón del país que se encuentre, reconocerá como familiares.

Se afirma que una antología tiene la pretensión de reunir los textos que resultan representativos de una totalidad imposible de reducir o, en este caso en particular, de publicar en un único libro. También forma parte de la verdad de las antologías que para muchos lectores los mejores relatos siempre quedan por fuera. Se trata de dos riesgos inevitables. No hay duda, en todo caso, que en *Suenan voces* están muchas de las voces que les siguen dando luz y ánimo a los esfuerzos de todos los que creen en la Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa, RENATA.



**I**  
**De los días**



## PRESENTACIÓN

*Pablo Montoya*

Casi siempre se empieza a escribir sobre la cotidianidad. O mejor sobre esa realidad que a veces creemos es lo que vemos y sentimos y olemos, pero que tiene sorprendentes deslizaderos hacia lo inesperado, lo irracional, lo fantástico. La realidad, desde los tiempos de Homero, es la gran cantera de la literatura. Pero de cada generación de escritores depende que esa cantera se vuelva motivo de perplejidad, de maravilla, de magia, de espanto o de sencilla y plena celebración. El camino que lleva, en la escritura, hacia el descubrimiento de los secretos de la realidad es, por lo general, arduo, arriesgado y lleno de asperezas. Una de ellas consiste en aprender a manejar las técnicas de la escritura y, en este caso particular, los meandros del género cuentístico. Un buen ejercicio para ir conociendo esas técnicas y ese género que, por su brevedad y la

amplitud de los caracteres que ofrece, parece fácil, es escribir sobre lo que nos pasa o nos ha pasado o creemos que nos va a pasar. ¿De qué otra cosa, por lo demás, puede escribir un autor? Comenzamos entonces escribiendo sobre nuestra infancia, sobre nuestros padres, familiares y amigos, sobre nuestro pueblo o nuestro barrio. O escribimos sobre la lluvia, los atardeceres, las noches, o el amor que nos ha visitado para de inmediato irse como usualmente sucede. Y esto, sin duda, es comenzar bien. Porque tales asuntos han sido y serán siempre los asuntos fundamentales de la literatura.

Al leer estos cuentos que conforman la sección *De los días* de la nueva antología RENATA, he tenido la impresión de ver una vez más los viejos temas escritos por personas que están iniciando su proceso de escritores. Debo decir, y lo digo con todo el respeto y el pudor necesarios, que la mayoría no dominan plenamente la escritura del cuento. Pero esta circunstancia no me alarma y creo que no debe alarmar a los autores de estos textos, ni a quienes se aproximen con curiosidad a este libro. RENATA es una red de talleres de creación literaria, diseminados por el país, que actúa como un lugar de aprendizaje.

Con esta certeza he leído estos cuentos. En varios de ellos hay ya un dominio del lenguaje, pero ya se sabe que no basta escribir bien para lograr



un buen cuento. En otros se presenta un acertado manejo de los diálogos y es posible ver que son estos los más elaborados de todos, aunque no los más contundentes porque la fábula que narran por desgracia no posee este perfil. Otros poseen su fortaleza en la descripción de personajes o de situaciones climáticas. Hay unos que acuden a la infancia y a la escuela para develar ternuras o torturas idas. Escribir como un niño, o escribir para niños desde la adultez, es una de las tareas más complicadas que ofrece la literatura. Los que aquí se han arriesgado a hacerlo, deben proseguir con paciencia en la senda de esa búsqueda. Los cuentos que en esta selección tratan sobre pueblos o barrios y sus habitantes se apoyan bien en la malicia y el humor propia de algunas iniciaciones sexuales, o en la pervivencia de sentimientos de segregación colectiva. Hay otros que tienen más elementos de crónica que de cuento mismo, como es el caso de “Desagradablemente bello”, acaso el relato más cautivador de todos.

Los cuentos muestran una variedad dentro del gran tema que es la cotidianidad, eso que sucede en el transcurrir de los días. Este abanico de historias simpáticas y dolorosas, con algunos atisbos poéticos, manifiestan también ese gran deseo de escribir que alienta a los talleristas de RENATA. Y querer escribir, sentir que tenemos muchas cosas que contar y buscar los mecanismos para hacerlo, es tener

## Antología RENATA III

una buena parte del territorio recorrido. Lo otro, es apostarle a la perseverancia, a la disciplina, a mantener siempre despierta la perplejidad y, entre tanto, no olvidar que debe leerse y releerse a los cuentistas imperecederos.

## BRISA DE FEBRERO

*Óscar Humberto Mejía Blanco*  
Bucaramanga

Contamos historias gracias a la costumbre que nos enseñó Madre cuando éramos niños: después de despertar, teníamos que buscarla y contarle con pelos y señales lo soñado.

Tenemos ojeras, son nuestro rasgo distintivo; pero no se dejen llevar por la ceniza bajo nuestros ojos. Entiendan que no dormimos bien, que constantemente hacemos paseos nocturnos sin salir de casa buscando entre el barro del sueño historias que contar. A veces podemos ver lo que soñamos; como si el alma proyectara nuestras desgracias, vemos imágenes corriendo por toda la casa, parques de juegos, cometas, zoológicos inmensos, cosas imposibles. Irónicamente, estos sueños no traen la paz; nos despertarnos tarde y agotados.

La primera en abrir los ojos es Madre. Lo sabemos porque la puerta de su alcoba, al abrirse, es un

relámpago del que primero nos llega la luz y luego un rugido ahogado. Sale todavía somnolienta y baja por la escalera. Entra en la cocina y prepara el desayuno. Nosotros esperamos otro rato; a decir verdad, yo soy el que espera y duermo en el primer piso. Narrar así es un acuerdo que hice con mi hermana, que poco habla y duerme resignadamente en el segundo piso. Entonces, uno de nosotros sale de su alcoba a cumplir el ritual familiar. Madre ha llamado a la mesa.

Nos sentamos al comedor y Madre acaricia mi barbilla. Curiosamente, estas noches de febrero no llegaron solas, nos acompañan varios sueños reiterados. Madre ha soñado un niño abandonado; por mi parte, he soñado con una niña muy viva que busca agitadamente hablar conmigo y no puede. Con un gesto resignado en el rostro, Madre me sirve el café de todas las mañanas y me dice: “Regresa temprano, hoy debes cuidar a la Nena”. Una vez referidos los sueños, a Madre y a mí se nos ovilla la tristeza en el corazón.

El asiento del café reposa en el fondo del pocillo. Sé que Madre busca allí el mañana.

Ahora, oímos pasos en la escalera; la Nena desciende sonriendo, juega en la sala, nos mira con todos sus dientes blanquísimos y pequeños, y el pocillo cae de mi mano, ¡plaf! Pero inmediatamente sospechamos lo que está pasando; lloramos y el

llanto es la esperanza que se diluye con la primera brisa que nos llega desde el patio.

Baila, brinca, canta. Madre y yo comprendemos que ése es el sueño de la Nena, de la pobre que duerme entre los cables y el compás bib, bib, bib, bib del oscilador, allá arriba. Sin embargo, aquí abajo, baila, canta y ese sueño suyo nos hace muy felices. Hoy debo cuidarla toda la tarde, hacer su cama, limpiar el sudor de su frente, cuidar su dormir obligado; pero ahora sus ojos abiertísimos miran, miran a todas partes, y su sonrisa, su boca que quiere moverse, su pequeña lengua, mariposa quieta... el silencio. Alguno de nosotros debe estar triste y sufrir, pero siempre contarlo, siempre sacarse ese peso del estómago, porque Madre nos ha enseñado bien.

# AZUL Y ROJO

*Jorge Mario Sarmiento* Pérez Villareal  
Santa Marta

*A Jader C., siempre bajo el recuerdo.*

## I

*Rodrigo:* La de azul.

*Mario:* La de rojo.

*Rodrigo:* Ombe, Mario, te digo que la de azul es la más bonita.

*Mario:* No. La que tiene la blusa roja. Mírale ese cabello; mira que bien peinado lo trae. Yo sé de esto más que tú.

*Rodrigo:* ¿Quieres apostar?

*Las dos muchachas hablan intranquilas. Desde hace un rato se han percatado de los que las miran con insistencia y se secretean entre ellos. Una se llama Laura, la otra lleva por nombre Mirtha. No pasan de los quince años, aunque aparentan más. Mario tiene igual edad. Rodrigo es un año mayor.*

*Laura:* ¿Qué querrán esos?

Suenan voces

*Mirtha:* No lo sé. Preguntémosles.

*Laura:* No. Esperemos un rato para ver qué hacen. Se ve que son unos idiotas.

*Mirtha:* Siempre andas con ese mal carácter. Así no vas a conseguir novio.

*Laura:* Tener novio es lo que menos me importa.

II

*Mario:* Te digo que la que lleva el vestido rojo está mejor. Parece que no vieras esa cara linda que se trae.

*Rodrigo:* Hagamos una cosa, caminemos cerca de ellas haciéndonos los distraídos y las miramos bien.

*Mario:* Hagámoslo.

*Mirtha:* Mira, mira, ahí vienen. Creo que se nos van a acercar. Pretenden hablar con nosotras.

*Laura:* No hagas nada. Ellos no vienen hacia aquí. Deja que pasen.

*Mirtha:* ¿Cómo lo sabes?

*Laura:* Te dije que eran unos idiotas y eso es lo que hacen todos los idiotas.

*Mirtha:* Algo de razón debes tener.

III

*Rodrigo:* Hace un buen clima... ¿Verdad, Mario?

*Mario:* ¡Sí, la tarde está excelente! Así es que vale la pena salir a pasear por este parque.

IV

*Laura:* Son unos completos idiotas. Ya te lo había dicho.

*Mirtha:* Sí. Mira que hablar de lo bueno que está el clima. ¡Si ya hace frío!

*Laura:* ¡Shiii, baja la voz!

*Mirtha:* Disculpa, pero... ¿Qué pretendían esos con pasar delante de nosotras?

*Laura:* Todos los muchachos son así, sin importar quién o de dónde sean no cambian en nada.

*Mirtha:* A veces pareces tener la razón.

*Laura:* Es porque siempre la tengo.

V

*Mario:* ¿Las viste? Rodrigo. ¿Las viste?

*Rodrigo:* Sí, las vi.

*Mario:* ¿Y?

*Rodrigo:* La que lleva el vestido azul es la más bonita.

VI

*Mario se da cuenta de que Rodrigo no se atrevió a mirar a ninguna de las muchachas. Como mínimo habrá mirado su sombra al caminar; piensa, de lo contrario así, estaría de acuerdo conmigo; la de azul es agraciada, no*



*se puede negar. Pero la que lleva la blusa roja es delgada, elegante y, sobre todo, inspira ternura. Era indiscutible que Rodrigo no había observado a ninguna de las dos.*

## VII

*Mario: ¿Por qué te gusta la de azul?*

*Rodrigo: No lo sé, sólo me gusta.*

*Mario: Eso no responde mi pregunta*

*Rodrigo: Ya te dije que no sé. Me gusta, eso es todo.*

*Mario: No la miraste. ¿Verdad?*

*Rodrigo: Sí la miré, sólo que no muy bien, pasamos muy rápido.*

## VIII

*Mirtha: ¿Crees que hayan pasado para vernos?*

*Laura: De pronto, recuerda que son unos tontos.*

*Mirtha: Eso me parece lindo.*

*Laura: Eso es tonto.*

*Mirtha: No es tonto. Mira que pasar por aquí, sin conocernos, sólo para vernos. Imagínate lo difícil que debió ser para ellos.*

*Laura: Imagínate lo fastidioso que es para mí.*

*Mirtha: Vamos a acercárnosles.*

*Laura: Si quieres ir, ve sola. Yo con ellos no hablo.*

*Mirtha:* Anda, anímate.

*Laura:* Está bien, vamos con ellos.

IX

*Mario:* Rodrigo, ahí vienen.

*Rodrigo:* ¿Vendrán hacia nosotros?

*Mario:* De eso puedes estar seguro.

*Rodrigo:* Hagamos como que no las hemos visto.

*Mario:* Ya se dieron cuenta.

*Rodrigo:* Entonces callémonos y trata de no embarrarla.

*Mirtha:* Hola.

*Mario:* Hola.

*Hablaron hasta que se les hizo tarde, por lo que los muchachos tuvieron que despedirse (haciéndolo despacio por cortesía, que Mario consideraba necesaria).*

*Mirtha:* Te dije que eran tiernos.

*Laura:* Sí, tenías razón.

*Mirtha:* Y si te fijas bien, se les notaba que no se querían ir.

*Laura:* El que mucho se despide pocas ganas tiene de irse, decía mi abuela.

*Mirtha:* ¿Y ahora?

*Laura:* Esperar a verlos otra vez.

*Mirtha:* A mí me gustó el que se llama Mario.

*Laura:* Rodrigo es más lindo.

*Mirtha:* ¿Quieres apostar?

*Laura:* No, es cuestión de gustos: eso es todo.

X

*Rodrigo:* Eran feas.

*Mario:* Los sentidos engañan.

*Rodrigo:* Por qué te demoraste tanto despidiéndote.

*Mario:* Siempre hay que andar con la decencia a cuestas, eso es clave en la vida, bueno así decía mi abuelo, aunque nunca lo he entendido.

*Rodrigo:* Mirtha es la más fea. Además es demasiado romántica.

*Mario:* No, Laura es la más fea y tiene mal carácter.

*Rodrigo:* ¿Quieres apostar?

*Mario:* No, ya no apuesto más sobre esas cosas en las que siempre terminamos perdiendo los dos.

## CHANGING

*Angélica María Guerrero*  
Villavicencio

Ahí viene Miguel Escamilla caminando hacia mí en la punta de los pies, con la cauchera y una cáscara de naranja lista para ponérmela en la cara, así a mansalva, justo cuando él cree que duermo sobre el pupitre, como lo hago siempre mientras los demás juegan sin profesores a la vista. Ya hice las tareas que dejaron para mañana y las planas que puso la señorita Prada, La Bella. Cuando no tengo nada más que hacer, mientras tocan la última campana, duermo plácida sobre mi pupitre, abrazada a mi maletín de cuero con las letras ABC en relieve. Dormida, mis pies suben montañas, caminan sobre las piedras de los ríos y saltan campeones sobre una rayuela.

Y no es que no me guste jugar al soldado libertador o ser un vagón del puente está quebrado o algo así, pero me cansa hacer siempre de cárcel y ver

como se mueven los demás de un lado a otro y a mí se me calienta la sangre y nada, por no correr, a mí no me dejan ser otra cosa que la cárcel, y ni que decir del puente está quebrado, siempre soy un poste y todos los que me escogen halan y seguro caemos al piso, así que nadie me escoge. La última vez el puente quedó así: yo era manzana y Karla era pera. Como saben que caigo fácilmente todos escogieron pera y yo quede haciendo fuerza sola contra todos; total, me fui de cara contra los hijos del rey y me desportillé el amor propio.

No hay mucho que jugar en los descansos cuando estás condenada a cargar a cada lado de tus piernas un par de varillas que surgen de unas botas ortopédicas negras para la escuela o blancas para la casa, como las que usó Frida o como las que le pusieron al memorioso Forrest Gump.

Prefiero dormir para no soñar despierta, dormir para poder anestesiarse la rabia de mi infancia. Hoy no estoy dispuesta a dejarme “caucherear” el rostro, sentir de nuevo esa mezcla de dolor caliente y rabia. Ahí viene Escamilla despacio como un gato. Con cada paso siento cómo se me va rompiendo el corazón de la inocencia y quiero que se acerque para comprobarlo. Me sudan las manos mientras abrazo el maletín de cuero, mis ojos imperceptiblemente abiertos no le quitan la mirada de encima y sucede.

Se acerca felino a mí, que estoy sin alas, ave indefensa, caída del árbol de la dignidad tan temprano y tan repetidas veces. Estira el caucho y los demás guardan un silencio cómplice para que yo no despierte y poder reírse, con esa risa perversa que distingue a los niños de tercer grado. En ese silencio de paredón, me lanzo como una hiena, con ganas de comérmelo vivo, lo muerdo y lo tiro al piso con fuerza mientras mis piernas pesadas por las botas con varillas lo patean en la cara, una y otra vez, y grito, grito como cuando te lanzas en jumping hasta que su nariz se pone toda roja y húmeda, tiemblo, él chilla como perro, en esas entra al salón la profesora Inés Prada Gómez, La Bella. Me quita de encima y pregunta qué pasa y yo le cuento a gritos, en medio de los gritos de los otros, lo que me viene pasando hace tiempo y le recuerdo el morado de hace dos días en mi mejilla y le digo que ya no puedo más y lloro, lloro como nunca antes, lloro feliz de haber sacado alas después de sentirme como muerta. Inés Prada lo mira y lo envía a la enfermería con dos niños, y a mí me lleva a la oficina de la directora en el último piso del edificio, no pregunta nada, no dice nada, siento su mano sobre mi hombro mientras caminamos por el gris oscuro del pasillo. Sólo se escucha el murmullo de los salones con sus puertas cerradas y el odioso golpe de mis aparatos ortopédicos a cada paso.

La directora escucha atenta mi versión con todo y el historial de moretones, escribe en un gran libro verde mis repetidas denuncias, pongo por testigo a La Bella. Ella asiente en silencio y baja la mirada.

La directora casi no se deja ver por los pasillos. La reconozco porque es ella quien pone las banderitas en el pecho en las izadas de bandera, le hace una seña a Inés Prada, La Bella, y salen para la enfermería, me quedo sola en la oficina. En ese instante siento miedo, miedo de que mamá piense que soy realmente un problema y mis piernas como un par de pesas colgantes me lo confirman. El mapamundi, el mueble de archivo y las carteleras didácticas descansan como naturalezas muertas, pero ahora parecen cobrar vida y cada cosa que vive en la dirección me observa atenta y toma su turno para el veredicto. Es eterno el tiempo en este lugar y sé que si me expulsan mi reloj comenzará a andar en reversa.

Al rato vuelve la profesora Inés, luciendo sus jeans medio sueltos y una blusa juvenil tan distinta de las blusas almidonadas de las demás profesoras, entra a la oficina resplandeciendo una sonrisa de heroína con una regla de madera en la mano de esas que usan en “la letra con sangre entra”, levanto la palma de la mano derecha y cierro los ojos esperando el golpe de madera en mi piel. Inés Prada, La Bella nunca ha usado la regla con los pin-

güinos de mi salón, pero es que ésta vez le rompí la cara a Escamilla. Espero colgada del vacío, no tengo opción; le rompí la cara a mi verdugo y su cara sangrante es visible, en tanto que los rotos de mi alma y de mi estima parecen transparentes. De pronto el silencio indoloro me abre los ojos, veo la sonrisa dulce de La Bella y su manos me tocan y su voz habla en tono de hada madrina y me dice que no volverá a pasarme otra cosa igual. Junto a todo esto y sus grandes ojos avellana se me despliega el cielo y descubro libélulas doradas revoloteando en su entorno.

Me lleva al salón y allí delante de todos me hace entrega oficial de la regla, que mide un poco más de la mitad de mi tamaño y avisa a los demás que de ahora en adelante estoy autorizada para defenderme cada vez que alguno quiera atacarme a caucheros, o intente empujarme en las escaleras de espiral o me grite apodosos y ofensas, también les advierte que tengo licencia para usar la regla cuando lo crea necesario.

Ya no duermo más en mi pupitre. Ahora la bibliotecaria me presta las llaves y mientras los pingüinos juegan a ser niños, yo gravo en mi memoria los mapas de tierras perdidas de Stevenson, atrapo a los sospechosos de Agatha Christie o de Tintín, susurro los versos de Rubén Darío, me sonrojo con las ocurrencias de Neruda y sueño con darle fuerza



a mis pies a punta de palabras como lo hizo Rimbaud a los diez años.

Los libros me han hecho más famosa que la regla de madera aunque aún la conservo por si a Escamilla le da por la revancha. Algunos me buscan para hacer acrósticos y poemas en hojas de cuaderno o escribir despedidas para los de quinto. Soy escriba de cartas secretas para los pingüinos precoces, incluso he hecho favores de este tipo a Miguel Escamilla, quién resultó ser solo un cobarde admirador de las niñas más grandes y un perezoso para las composiciones en español.

Desde el día en que La Bella me dio alas, deje de ser “la oveja coja”. Algunos pingüinos tímidos me buscan para que los defienda de los temidos, ahora algunos me dicen “la mujer biónica” y aunque mis piernas aún no tienen cables, yo les creo.

## DESAGRADABLEMENTE BELLO

*Cristal Villanueva*

Bogotá

Un, dos, tres, cuatro. Exhalación. Un, dos, tres, cuatro. Inhalación. Era la fórmula mágica para conservar la calma y no sentir tanto dolor. El ritmo que debía tener era fácil, sencillo, aparentemente. Concentrarse en la respiración, concentrarse en la respiración, se repetía constantemente. Pero qué ritmo ni qué nada, en ese momento Lizeth, como poseída por el dolor, no podía pensar en las recomendaciones del curso sicoprofiláctico.

Ella, de tan sólo 14 años, se retorció en la camilla del hospital San Juan de Dios de Armenia. Su cuerpo, que había experimentado transformaciones físicas y anímicas durante nueve meses, ya no aguantaba más. Su panza estaba tan templada, que tras cada contracción se lograban ver los movimientos del ser que llevaba en sus entrañas. La elasticidad de su piel estaba al límite. Al dolor propio de pa-

rir se le sumaban las grietas en su vientre, infinitas estrías que se extendían por toda su barriga, de las cuales brotaban pequeñísimas gotas de sangre que evidenciaban el temple de su dermis a más no poder. Un, dos, tres, cuatro. Exhalación. Un, dos, tres, cuatro. Inhalación. Tacto del ginecobstetra. Nada. Aun está en tres. La espera se hace eterna.

Soy Comunicadora Social-Periodista, y a diferencia de muchos, elegí la producción audiovisual; es decir trabajar para hacer televisión o cine, o trabajar con imágenes en movimiento. Mi misión es conseguir lo que los creativos o directores quieran para poder desarrollar sus ideas. Si quieren una vaca rosada hay que buscarla o pintarla, en fin. Ese día me levanté muy temprano, teníamos que estar a primera hora en el hospital para grabar un parto. Realmente fue todo un parto lograr hacerlo.

Luego de no encontrar a una madre dispuesta a dejar grabar el nacimiento de su bebé, el primer paso era recurrir a clínicas y hospitales buscando una autorización para ingresar a cumplir mi misión. El segundo paso, hablar con el ginecólogo de turno para que permitiera el ingreso de tres personas a la sala de partos: camarógrafo, director y, lógicamente, productora, pues nadie se quería perder el espectáculo. Y el tercer y último paso, hablar con una mamá a punto de dar a luz para que pudiéramos tener las imágenes. La cosa era más difícil de lo que había planeado.

En la sala de maternidad, que estaba a media capacidad, mujeres de diferentes edades estaban hundidas en un agudo dolor que sólo pueden explicar y comprender aquellas que han tenido hijos. Los lamentos llenaban todos los rincones, las fuentes rotas mojaban el percutido piso que intentaba blanquearse diariamente con químicos de limpieza. En el ambiente se respiraba un olor que lo permeaba todo. Desesperados llantos de aquellas mujeres que aún no tenían sus vaginas en su máximo nivel de expansión para permitir el paso del nuevo integrante de la familia, se confundían con los diálogos en clave de las enfermeras y médicos que diagnosticaban a cada una de las futuras madres. Y mientras tanto, yo esperaba, preguntaba con timidez, para no incomodar, quién estaba próxima. La respuesta: *—¡aún no se sabe!*

Ya había hablado con Lizeth, ahora estaba en seis de dilatación. Era aparentemente la más próxima a parir, pero con las cosas del cuerpo nada es fijo. Los niveles de dilatación se miden algo así como con dedos: uno es un dedo; dos, dos dedos y así hasta llegar a 10 dedos que será el espacio suficiente para que salga la cabeza del bebé, es decir deben caber prácticamente las dos manos del ginecólogo, quien además debe jalar el cuerpecito.

La espera era tensionante, pero estábamos allí desde la mañana y por la emoción no habíamos co-

mido nada, ya eran las tres de la tarde. El médico de turno dijo que las mamás que estaban allí aun se demoraban para dar a luz.

–Vayan a almorzar o a comer algo, yo le aviso cualquier cosa– dijo.

Salimos confiados. Nos dieron las cinco de la tarde y aún no nos habían llamado. Cuando regresamos, a ver qué pasaba, CINCO, de las que ni siquiera estaban con fuertes contracciones ya habían parido, entre ellas Lizeth.

Entonces, plan B. Hablar con una mamá que tuviera contracciones y que aun estuviera conciente de sus acciones. En las desgastadas y marchitas sillas de la sala de espera estaba Gina, de 16 años, pero que aparentaba unos 25. Madre primeriza. Estaba serena, pero a la vez emocionada, con una risa nerviosa, como cuando uno sabe que le van a dar una sorpresa. Hoy su vida se trasformaba. Las contracciones habían comenzado desde las diez de la mañana. Eran ya las cuatro de la tarde.

–Han sido lentas, pero fuertes– dijo.

Le pregunte si no le molestaba que grabara su parto, dijo que no. ¡Por fin!, pensé. La condición era que le diéramos una copia del video. Era lo mínimo que podíamos hacer, además no contábamos con presupuesto para pagarle por las imágenes. Mientras esperábamos que los dolores fueran más seguidos y fuertes, le pregunté qué sexo sería

el bebé. Niña. Gabriela sería su nombre. Eran las once y media de la noche y Gina aun no había roto fuente ni estaba dilatando, solo tenía un dolorcito crónico, el diagnóstico: hospitalizada para observación. Gabriela nacería al día siguiente, a eso del medio día, según la jefe de enfermeras.

Esa madrugada se hizo corta, llegamos al hospital a las seis de la mañana, una enfermera que estaba de turno la noche anterior salía, le pregunté si Gina ya había tenido el bebé.

–Sí, éla de la camilla 118?, tuvo una niña –me contestó.

No lo podíamos creer, nos habían dicho que se demoraba. Corrimos a verificar la noticia. Gina no estaba en la 118. Había sido cambiada de cama, para fortuna nuestra. Uff, que susto. Ya estaba dilatando, estaba en cuatro, Su tranquila mirada se había perdido, el sudor empapaba su cuerpo. Ya padecía el dolor de las contracciones que le hacían brotar la aorta. Tenía que recordar lo que le habían indicado en el curso, respirar, respirar. El ritmo. El aire. La postura. La fuerza. La posición. Su rostro parecía otro, pero en medio de todo, ella recordaba que la estábamos grabando y trataba de hacer una linda mueca.

–Tienen que esperar afuera–, nos dijo el médico de turno, ya habían cambiado todo el personal. A éste no lo conocíamos. Que vaina, con el otro ya

nos habíamos familiarizado, aunque este ya sabía nuestra misión, además teníamos permiso por escrito. Pero bueno, confiábamos que nos avisarían. Estábamos en la sala de al lado, esta vez nada nos haría salir de ese piso. Ni el hambre. El tiempo estaba como detenido, todo pasaba en cámara lenta. No había tema de conversación, sólo esperábamos la señal. Pasaron las horas, eran ya las cuatro de la tarde cuando entre nosotros se rompió el hielo:

–Bueno, apostemos a qué hora nace. A ver quién le da más cerquita –dijo el camarógrafo.

Bien, asentimos todos con la cabeza. El director dijo que a las ocho de la noche, el camarógrafo que a las 6 y yo, muy optimista como siempre, dije que Gabriela nacería a las cuatro y media de la tarde. Tic, tac, tic, tac. Que día tan eterno. De repente una enfermera.

–Vayan a vestirse para entrar en el quirófano. Ya va a nacer.

En un segundo nos pusimos las batas. Ahora parecíamos del mismo equipo, nos mimetizamos con médicos y enfermeras. En la camilla estaba Gina. Ya no reconocía a nadie. Sólo la cámara, al verla, dejaba escapar una risa entre la fuerza. Tenía las piernas un poco elevadas y apoyadas a los lados de la silla, mientras tomaba de la mano a una de las enfermeras que le indicaba como respirar. Un, dos, tres, cuatro. Exhalación. Un, dos, tres, cuatro. Inhalación. El ritmo. El aire. La fuerza. La contracción.

–Puje mamá, puje –decía el médico.

Un, dos, tres, cuatro. Exhalación. Un, dos, tres, cuatro. Inhalación. El ritmo. El aire. La fuerza. La contracción.

–Puje mamá, puje.

El dolor era tan intenso que Gina no sintió cuando entre contracción y contracción el médico le hizo la episiotomía, que es cuando cortan por un lado la vagina para unirla con el ano, y así permitir más espacio para la salida del bebe.

Un, dos, tres, cuatro. Exhalación. Un, dos, tres, cuatro. Inhalación. El ritmo. El aire. La fuerza. La contracción.

–Puje mamá, puje. Ya veo la cabecita –repetía mientras metía las manos entre la vagina para ayudarla a salir.

Una última fuerza. Nada. Gabriela estaba indecisa, como si presintiese lo que le esperaba fuera de ese calentito vientre. Una enfermera trataba de ayudar, haciendo fuerza sobre la barriga de Gina, y parecía surtir efecto.

–Una vez más. Puje, mamá, puje.

Un líquido blancuzco con hilos de sangre salió con fuerza; y con esa presión, también salió la bebe. Morada, como del frío, como del susto. El pediatra procedió a limpiarle las fosas nasales con una especie de embudo, mientras que una enfermera le ayudó a sacar el líquido amniótico que podría permanecer en su boca y en sus pulmones.



El procedimiento permitió que Gabriela respirara por primera vez. El aire que entra a sus pulmones, que en primer momento están como una esponja exprimida, le causa dolor. El primero de muchos que vendrán. Inmediatamente después vino el llanto. Luego Gina y Gabriela se conocieron, se sintieron: tibias, húmedas, indefensas, unidas. El milagro de la vida en todo su esplendor. Y ahí estábamos nosotros, morboseando con una cámara lo maravilloso del cuerpo humano. Y el desagradablemente bello espectáculo de ver nacer un bebé. Misión cumplida. Además gané la apuesta pues nació a las cuatro y media.

## LA FALDA

*Iván Ruiz Ariza*  
Bucaramanga

–¿De dónde viene la palabra *doctor*? –le preguntó ella sentada al frente de la mesa.

El profesor, pasándose la mano por la barbilla, contestó:

–Viene de los romanos, de la palabra “doctum”.

–¿Y los romanos de dónde benditos aparecieron? –preguntó ella mirándolo fijamente a los ojos.

–De los etruscos –repuso.

–¿Y los etruscos? –interrogó nuevamente, mientras continuaba mirándolo y cambiaba la pose de la pierna.

–De los pueblos orientales. Fueron los pueblos orientales los primeros en ponerle nombre a las cosas. El arte y la escritura fueron llegando de Oriente –repuso, mientras observaba el ángulo de la mesa sin llegar a subir la vista un sólo instante.

Ella le seguía buscando la mirada como queriendo hallar la verdad de todo, como si en su cara de

hombre ilustrado se le fuera a revelar lo que andaba buscando.

–Los romanos no inventaron nada, solo heredaron muchos conocimientos, la vida en sociedad, las costumbres... etc. –dijo ella.

–¿Y cómo eran los romanos? –preguntó llevando el dedo índice a la comisura de los labios.

El profesor contuvo la respiración antes y se recostó sobre el espaldar de la silla. La veía desde su lado de la mesa, irradiando la juventud de sus veinte años.

–Tal vez debieron parecerse mucho a ti, sus cabellos escurrirían en ondas sobre los hombros, sus labios esculpidos, sus rostros como las nieves del Etna y, las curvas de sus caderas retenidas por delgados cintos.

Sacando del bolso de colores el libro de derecho romano, ella empujó con los pies la silla en que estaba sentada y aparecieron unos muslos firmes bajo los cuadros café y negro de su falda.

–Su exposición, –replicó– me hace pensar que Rómulo y Remo, esos muchachos que fundaron Roma luego de ser amamantados por una loba, son la reiteración de la misma historia de Caín y Abel ¿No cree usted?

El profesor miró el ángulo de la mesa a hurtadillas.

–Hay demasiadas diferencias entre las dos historias, además, no tenemos registros sobre homicidio alguno entre los hermanos romanos.

Ella apretó el libro contra el regazo, por debajo de los senos semidesnudos, mientras miraba para el mismo ángulo que el profesor miraba.

–¿Se enamorarían los romanos? –cuestionó.

Hubo un breve silencio.

–¡No lo sé! –repuso mirándola de reojo. –No lo sé–. Repitió empujando su silla hacia atrás para levantarse y dar por terminada la ilustración, pero ella se anticipó levantándose primero, mientras sus rodillas limpias se movían por debajo de la falda.

Al profesor se le cayeron los anteojos de las manos que ella se apresuró a recoger. Lo observó de abajo hacia arriba. Comenzó por los zapatos, que reflejaban las piernas desvaídas en la oscuridad de los pliegues.

Al despedirse en medio de la soledad del edificio de la decanatura, él volvió a mirar dos veces, los cuadros marrones y negros de la falda.

## LA NOTICIA

*María Isabel González*  
Medellín

Recuerdo que esa tarde hacía un sol infernal de esos que alumbran las calles de Medellín en las hermosas tardes de verano.

Mi mamá siempre se quejaba antes de salir para el centro, le parecía caótico y abrumador, mientras que a mí me entusiasmaba la idea de ver gente por doquier que pasaba a mi lado sin percatarse de mi presencia. El colorido y las fragancias mundanas de aquel espacio de la ciudad me cautivaban y le daban forma a mi pequeño mundo, que se iba conformando a medida que mi mamá avisaba que íbamos a bajar al centro.

Nos montamos en un bus verde y amarillo que arrancó a toda velocidad. Mi mamá se las arregló para asirse rápidamente de una de las barandas aéreas del vehículo y con su otra mano me tomó del brazo para guiarme por el corredor inmenso del

bus. Finalmente encontramos dos puestos desocupados, para mi fortuna en el asiento que yo más amaba en los buses, ese que queda casi al final, delante de la puerta trasera, con la ventanilla inmensa que se abría a la inversa y el piso protuberante por la llanta del bus, que permitía que mis cortas piernas reposaran en él y me dieran la sensación de ser ya una niña grande que alcanzaba el suelo.

Mi madre sugirió que cerrara la ventana para no despeinarse con el viento ni llenarse de humo la cara maquillada, pero yo hice caso omiso a la indicación, disfrutando del juego que proponía la brisa cálida que se enredaba en mi pelo y hacía volar mi imaginación de niña junto con los sucesos locos de mi ciudad. Pitos de carros, hombres y mujeres entrando y saliendo sin dejar rastro, un olor tibio y salado aglomerado en el bus entre los pasajeros apretujados, iban conformando la aventura de salir de casa un miércoles cualquiera después del colegio.

Después de un largo recorrido, el bus hizo una parada. Casi todos los pasajeros se bajaron y muy pocos quedamos dentro del carro esperando a que el conductor reiniciara su recorrido. Seguí mirando por la ventana y mi mamá como viendo el momento adecuado para soltar la noticia me dijo: –María te tengo una sorpresa. “¿Una sorpresa?”, pensé. “¿Qué clase de sorpresa podría ser?” Y es que sinceramente no podía imaginármelo. Todavía el co-

mentario no terminaba de captar mi atención, no la miraba, porque mi concentración estaba puesta en la fachada de “El Camino Real,” ese pasaje comercial que tanto me gustaba y sin querer quedó grabado dentro de este recuerdo.

Para cuando me interesé por la sorpresa y quise averiguar de qué se trataba vi la cara de mi mami radiante, llena de emoción, como pocas veces la había visto, tratando de encontrar las palabras adecuadas para explicarme de qué se trataba la misteriosa sorpresa. Era tanta la excitación en su rostro que hasta tuve miedo de descubrir lo que podía haber detrás de tanto misterio.

“Tal vez vaya a regalarme una Barbie” y de sólo pensarlo me alegré de que por fin, después de tanto pedirla, tendría la ansiada muñeca, pues sólo ese minúsculo detalle era lo que me hacía sentir tan diferente a las otras niñas del colegio. –No es una Barbie es algo mucho mejor, –me dijo, pero en mi consciencia de niña no podía encontrar nada más importante que eso.

–Vas a tener un hermanito, lo soltó así no más, sin más preámbulos que desviarán la emoción de semejante sorpresa. Mi mutismo fue perpetuo, no tengo recuerdo de haber emitido una respuesta concreta a esa soleada tarde de miércoles. Tampoco tengo memoria de cómo regresamos de ese peculiar paseo al centro, ni qué sucedió después de ha-

ber recibido semejante noticia. A pesar de mis siete años, comprendí perfectamente las implicaciones de tener un hermanito, un suceso que cambiaría un poco el curso de mi vida, para bien o para mal. Pensé en David, mi hermanito, si tal vez él ya lo sabría y de qué manera se podría haber enterado. No entendía por qué mamá había escogido ese momento en el que no tenía escapatoria, sin David quien había sido mi compañerito durante cinco años en la dura tarea de crecer y siempre me rescataba un poco de la responsabilidad de tener que asumir por mí misma las cosas trascendentales en que me ponía la vida. Quise que nunca hubiera ocurrido ese paseo al centro ni que mi mamá contara con tanta emoción que tenía un ser vivo dentro de ella.

Un hermanito, un hermanito después de todo no debe ser tan malo.



## LAS NOCHES DE LUNA

*Luis Carlos Bonilla*  
Medellín

*“Un traje de lentejuelas soñó, Margarita la morena soñó, preocupada por la vida social, que lo mismo que te da bien, te da mal...”*

“Lentejuelas”. Catalino “Tite” Curet Alonso

Mi vida ha cambiado de tal forma, que ya casi no me reúno con mis amigos en la esquina a ver pasar muchachas. La culpa la tiene una peladita que me mira con arrogancia a través de la ventanilla del bus del colegio en donde estudia el bachillerato, y lo que más bronca me da es que cuando me ve parado en la esquina esperando que pase para verla, arruga la nariz y se voltea para el otro lado.

El bus pasa cerca de mi casa todas las mañanas, y yo ahí, quieto en primera, esperándola para mostrarle desde lejos mi libro de francés y, sepa de una vez que estoy en cuarto de bachillerato. Ella no sabe que por su culpa he llegado tarde al colegio y me han dejado afuera. Todo se me está complicando

desde que comencé a esperar el paso de la peladita. A primera hora tengo francés, y voy perdiendo la materia por faltas de asistencia.

¿Sabe una cosa? Madrugo todos los días sólo para verla, y en mi casa todos creen que me levanto a preparar la clase de francés, pero no, me levanto únicamente para llegar temprano a la esquina y poder verla aunque sea un poquito. De tanto aguzar la vista para saber si viene el bus, soy capaz de adivinar en qué lado viene sentada. Casi nunca me equivoco porque además le veo el pelo cuando se le sale por la ventanilla.

¿Qué cómo es el pelo? Ya se lo voy a decir: Es una cascada dorada que debe oler a jabón de baño. Me imagino que se lo lava todos los días con agua de manzanilla para mantenerlo así, pues cuando está haciendo mucho sol, da visos, y si hace viento se le mueve como un cañaveral, y si no hay viento, lo agita para llamar la atención, y para que sepan que ella es una rubia natural.

Cuando el bus aparece y yo estoy ahí todo duro y tal, sube el vidrio para castigarme, pero lo que no sabe es que ya le tengo pillado su olor de niña bien: una mezcla de loción para señoritas y talco para bebé. Ayer no me fijé mucho en su pelo. Me dediqué a verle los dientes. Los tiene separados. Recuerdo que se los vi por primera vez un día que se estaba riendo bien duro para que yo la mirara.

Si supiera que hace como quince días viéndola tan indiferente, aprendí a llorar. Yo que no sabía qué era eso.

Hay mañanas en las que no la puedo ver por estar estudiando francés, y porque estoy tratando de hacer los ejercicios de Baldor. Ahora resulta que también voy perdiendo matemáticas. Otras veces, cuando termino de hacer tareas, salgo a caminar por mi barrio para olvidar todo lo que me está sucediendo, además porque quiero encontrar un muro libre en el que pueda escribir el nombre de la monita de los dientes separados cuando lo averigüe. Seguro que el día me va a llegar. Lo voy a estar esperando para escribir su nombre al lado del mío, para que sufra cuando los vea desde la ventanilla.

No todo es alegría. Han entregado notas en el colegio, y tengo que habilitar francés. Perdí la materia por faltas de asistencia, porque el monsieur me tenía bronca, porque no soy un cerebritito como siempre se lo he repetido a mi mamá y, claro por estar pensando en la peladita. Que me tiene loco. Ahora lo único cierto es que tengo que ganar el examen para que mi mamá me deje salir a jugar con mis amigos.

No sé si fue un milagro, mucho estudio, de buenas que estuve, pero gané la habilitación sin dejarme tocar las nalgas del profesor. Mi vida comenzaba a enderezarse, y a esto le podía sumar que había

cumplido años, tenía jeans nuevos, una camiseta de The Beatles, tarjeta de identidad, llaves de la casa, y un lapicero Parker plateado con mi nombre impreso.

Cierto día mientras caminaba por los alrededores del colegio en el que estudia la peladita, un vendedor de mango biche se me acercó, y sin anestesia me dijo: –Oiga viejo –viejo, la hembrita que le gusta a usted, se llama Luna Escalante Arizabaleta, está en cuarto de bachillerato, y se pone la franela blanca de hacer educación física sin brasier. Es un lujo verla.

La sensación bonita que nació con el paso del bus, comenzó a diluirse. Quise borrar todos los corazones que había dibujado para ella en mi pupitre, romper los poemas que escribí y que nunca le entregué, regalar los discos de Roberto Carlos, y olvidarme para siempre de “Deep Purple”. Con horror supe que estaba madurando, que el amor y el desamor, eran los primeros síntomas de esta enfermedad que ataca a los adultos, y que muy pronto se acabarían los años maravillosos. Mi castillo de arena estaba regresando al mar.

Volver a mi casa y encerrarme en mi cuarto, no le iba a dar un mejor color a mi vida, así que decidí ir al Séptimo cielo. Allí al menos las tristezas se borran con música que se podía escuchar desde la puerta.

Pero todo se derrumbó. A la entrada del lugar estaba Luna Escalante Arizabaleta, indiferente como siempre y, en lugar de su uniforme, lucía un vestido de lentejuelas que desdibujaba por completo la imagen que de ella había ido construyendo mientras esperaba que pasara en el bus.

Con el corazón arrugado como una bola de papel le pregunté que porque estaba vestida así y no estaba haciendo las tareas. No le gustó lo que le dije, pues ahí mismo arrugó la nariz, me miró por encima del hombro, y me dijo que a mí que me importaba, que la olvidara.

—¿Sabe qué Luna? Eso voy a hacer. Aprenderé a conjugar el verbo olvidar en tiempo presente.

—¿Y entre otras cosas, quién le dijo mi nombre?

—El hombre que vende mangos a la entrada de su colegio. Pero esto ya no importa.

Y así, mientras construíamos un diálogo lleno de reproches con las que serían las primeras y únicas palabras en nuestras vidas, apareció un auto lujoso, y desde su interior, un hombre mayor, la llamó por el nombre, y como en la canción “*Perfect strangers*” de Deep Purple, Luna Escalante Arizabaleta me dejó hablando con el viento.

*“And if you hear me talking on the wind,  
you’ve got to understand  
we must remain  
perfect strangers”.*

## ME LLAMAS A LAS CINCO

*José Mario Iriarte*  
Sucre

“Me llamas a las cinco porque voy para Curramba”. Fue lo único que le dijo a su mamá cuando se acostó, después de una prolongada parranda con sus amigos, con motivo de la obtención del título de licenciado en biología y química. El abanico marca Sanyo, amarrado con una cuerda de maguey, aunque no funcionaba a las mil maravillas, fue suficiente para sumirlo en un mar de reposo y placer. No valió la bulla que formaron sus sobrinos peleando unos mangos, ni los ladridos de los cinco perros guardianes que remplazaban el pago mensual de un celador.

Se levantó medio dormido, se acercó a la puerta del baño, y después de cerciorarse de que estaba despierto, encendió la luz para ducharse. Deseaba tener en su poder el diploma lo más pronto posible. Para hacer la maleta, recordó una fórmula que él

mismo creó como estrategia para acabar con el desorden y el olvido:” desodorante, jabón, interiores, pañuelos, cepillo, pasta dental y medias, porque eso es lo que más olvido en el momento de viajar”. Después dobló dos camisas, dos pantalones y los acomodó en su morral. Una vez vestido, le echó una mirada al espejo y se sintió satisfecho con la camisa blanca y el pantalón rapé que lució el día de su grado. Pensó llamar a su mamá para despedirse pero la memoria lo traicionó.

Tomó su equipaje, sin producir ruido perceptible al oído de los perros, se dirigió a la carretera troncal de occidente sin tomarse ni un tinto, porque consideró que no le quedaba tiempo para su diligencia. Un pregonero que gritaba: “un cupo para Barranquilla”, lo hizo embarcar en un taxi blanco de operación nacional, del cual no supo más hasta cuando llegó. “Voy a la universidad del Atlántico”. Le dijo al conductor quien lo llevo a ese claustro. Había pensado en no quedarse en la ciudad en caso de que todo le saliera como lo había planeado: rapidito y acelerado como siempre andaba él.

Los árboles de matarratón que adornaban la universidad, mostraban su alegría respirando la suave brisa matutina, mientras los vendedores de carne asada y chorizo empezaban a llegar. Sin perder tiempo, sacó su carné, lo presentó al portero y entró.

Al momento de hacer la fila, se decepcionó porque contó veinte personas delante, pero la suerte lo favorecía: muchas estaban en un lugar equivocado. “José de Jesús Acevedo Chamorro, en biología y química, acta de grado 18 de marzo del 81”. Expresó a la secretaría en el momento de su turno. Y precisamente, ahí estaba su diploma.

“Debe registrarlo en la secretaría de educación departamental”, le indicó la dama que lo atendió. Dio las gracias y sin dar importancia a las palabras escuchadas, salió a coger un bus que lo llevara al terminal de transporte. Cuando llegó a la esquina, sintió que le tocaron el hombro. “Me atracaron”, pensó en el instante. Se quedó mudo y sin movimiento hasta que escuchó una voz conocida: “No se asuste, estoy buscando a alguien que me acompañe al pueblo”. Era Manuel, el profesor que le había orientado la cátedra de química durante dos semestres. Él, ni corto ni perezoso, decidió hacerle compañía: “Con mucho gusto profesor”.

Poco conversaron durante el viaje, debido a que se quedó dormido y sólo despertó al llegar al aeropuerto de Corozal. “Nada ha cambiado, los mismos famosos tamales de Olga Piña. Pensé que no iba a reconocer a mi pueblo”, dijo en tono irónico al momento de llegar. El profesor le sonrió festejando el buen humor.



De pronto, en menos de lo que canta un gallo, se sintió en la puerta de su casa.” Me guardas una botella de miel”, le expresó el profesor al recordar el negocio que la madre de Jesús ha tenido toda una vida. “Una no, profesor, las que necesite”, fueron las palabras de agradecimiento.

El reloj de pared que estaba en la sala de espera anunciaba las dos de la tarde. Jesús vio a su mamá dormida en una mecedora y no quiso interrumpirle el sueño. Entró con el silencio de costumbre, pasó a su alcoba. No tuvo tiempo de quitarse los zapatos ni desvestirse: cayó como una piedra en la cama. El morral quedó a un lado.

No sintió ni silencio ni ruido hasta que su madre tocó con una escoba el madero de la cama: “Hijo, levántate, son las cinco, ¿No vas para Curramba?”. Al sentir la luz en su cara, se tapó con la sabana. Ante la insistencia de su madre, sorprendido y mal humorado exclamó: “No me molestes; acabo de llegar”.

## QUERIDO EDUARDO

*Mayra Alejandra Mola Bandera*  
Barranquilla

Hace unas noches estaba en el baño, masturbándome, mientras mamá leía la Biblia en voz alta desde su habitación. Yo rasguñaba la pared con la mano que me quedaba libre. Esa pared cubierta de baldosas blancas, brillantes y pequeñas como tus dientes; te imaginaba dibujado por las sombras y quería gritar tu nombre, gritarle a mamá el amor que sentía por ese hombre de humo que veía recostado en la pared, del cual me arrancó fácilmente; ese que se quedó con las sobras de mi himen en su cuerpo, hace un par de años y se estrelló con esa verdad tonta, simple. Pero preferí tragarme los gemidos y salí del baño con las lágrimas llenas de crema hidratante, tan seria y callada como todos querían.

El frío de la noche se alojó en mis huesos. Sentí muchas ganas de arrojarme en tu cama. Aunque sé

que si pudiera hacer eso, tú me sacarías a patadas de tu casa, matarías por los diez mil pesos para el taxi que me regrese a la mía.

En la habitación, mi hermana hacía más insoponible la estadía en la caja de fósforos que nos tocó compartir. Con los audífonos puestos, canturreaba frases largas que no decían nada. Después me hablaba de su novio, de la familia de él, del trabajo de él, de los amigos de él, y yo solo quería olvidar que estaba con ella en esa ratonera. Quería dormirme, olvidar y empezar con la mente en blanco al día siguiente.

Todo era un gran basurero con olor a desinfectante barato. No solo era el reggaetón de mierda y el monólogo interminable de Natalia, era también la voz de lectura de mamá, los paseos de las ratas en la cocina, el insomnio de papá en frente del televisor, los perros ladrándole al hambre y los malditos grillos en la caja de los zapatos. Pero también era tu escandalosa ausencia, tu ensordecedor silencio desbordándose por mis ojos.

Mamá hervía de rabia al darse cuenta durante la usual visita nocturna. Se cercioraba de que no estuvieras hablándome por el celular, de que no estuvieras lavándome el cerebro a larga distancia. Miraba toda la habitación como haciendo el inventario en el cuarto de las gallinas de engorde, que luego vendería al mejor postor, a uno que no tenga problemas ni deudas ni pasado ni ceros a la izquierda.

A pesar de todo, tu fantasma seguía intacto, dormido a mi lado. Mientras le acariciaba la cara, recordaba la barba de náufrago que te dejabas crecer en vacaciones. Tus brazos enlazados detrás de tu cuello viéndome hacer todo el trabajo. Con tu cara de malo tratabas de convencerme de que no existe otro hombre que pueda corromperme más, mientras yo me esforzaba en demostrarte que había aprendido algo de tu madurez, de tu capacidad de mentir, de ser indiferente, de no temer a la soledad porque te sobran las mujeres. Poco a poco me quedé dormida en la oscuridad de ese universo con una sola estrella moribunda, como se apaga un televisor viejo.

Entonces te vi de nuevo, pero esta vez estabas desmayado en el piso. Te llevé a un hospital donde te recibieron en una camilla metálica y te condujeron por un pasillo largo, cubierto por baldosas blancas, brillantes y pequeñas como tus dientes. Luego un doctor me dijo que morirías, que necesitabas un corazón urgentemente y que no había donantes. Entonces abrí el bolso y me vi disparándome con el revólver de papá en la cabeza para que tomaras mi corazón. Y en realidad lo haría, te daría toda mi sangre, mataría por los diez mil pesos que me cobre un taxi por sacarme de esta estación de policía.

Desde el día que te soñé necesitado de mi muerte, decidí guardar en el bolso el revólver de papá,

por si me alcanzaba esa ocasión de volarme los senos para entregarte mi corazón.

A diario caminaba seis calles para tomar el autobús al trabajo, parada sobre las zapatillas que me regalaste el día de mi cumpleaños; maquillada y vestida como si estuviera viva.

Hoy en la tarde la calle hervía solitaria y aprovechándose de eso, un hombre asqueroso, como lo son todos los hombres que no son tú, se me acercó y me tocó los senos, escudado en un lapicero que, según él, solo quería venderme. Le disparé en el pecho, le hice un agujero enorme y luego lo pateé hasta dañar mis zapatillas. El maldito me hizo dañar mis zapatillas.

Ahora solo espero que recibas esta carta y que por favor vengas a ayudarme un poco.

Tu Alicia

## EL DOMADOR DE CABALLOS

*Constanza Lema Botero*  
Cali

Su oficio nos cautivó a todos. Aunque estaba muy chiquita, lo recuerdo perfectamente. Vivíamos en una punta del Parque Lineal, entre el centro de la ciudad y Colombia, un barrio habitado por pícaros y putas. Los pícaros trabajaban en toda la ciudad. Ellas lo hacían ahí mismo, en su barrio, entre los bares y las fritangas, en un sector conocido como “la zona de tolerancia”, una especie de zona franca para el sexo mercenario. También había, claro, personas que se ganaban la vida con trabajos menos emocionantes: carpinteros, tapiceros, modistas, panaderos, conductores. Pero entre todos se destacaba Manuel Rivera, el domador de caballos, un hombre que llevó una vida tranquila y feliz hasta cierto día que le torció el destino.

Al caer la tarde, todos los niños del barrio nos apostábamos en los balcones o en los andenes a ver

trabajar, alelados, a don Manuel. Nos hipnotizaba, como a los caballos. Creo que tenía un poder sobrenatural sobre las bestias, que podía penetrar en sus cabezas y dominarlas a su antojo, y hasta entender su lenguaje, como dicen que Francisco de Asís entendía las lenguas de los pájaros.

La pesebrera de don Manuel colindaba con el solar de mi casa. Allí traía los mejores ejemplares que tenía en *El Espejo*, una pequeña finca que tenía por el Ingenio Central Tumaco. Allá fue donde se enamoró de las criaturas que serían su perdición, los caballos; “el más bello y noble de todos los animales”, dice aun hoy, retirado, viejo, cansado. Su negocio consistía en comprar potros cerreros a tres mil pesos y amansarlos para venderlos por mucho más. Una vez, recuerda, le vendió en treinta y cinco mil pesos un caballo azabache de buena alzada a un gitano que andaba de pasó por aquí; una suma histórica.

Algunas figuras de la doma las realizaba en la pesebrera; otras, como el torneado, las hacía en el parque, frente a mi casa. En todas ponía una mezcla de rudeza y afecto en partes iguales. Estoy segura de que para él los olores y los movimientos de las bestias eran un lenguaje tan nítido que cuando les ponía la mano sobre la piel tenía lugar una comunicación de doble vía perfectamente clara.

En esos años (hablo de los 80) don Manuel tenía tal prestigio que a su pesebrera acudían caballistas

de todo el Valle en busca de sus servicios. En Palmira, a nadie se le ocurría contratar a otro domador.

Una vez le llevaron un caballo “muy fino de sangre pero ordinario en sus maneras”. Tenía todas las mañas: pateaba, corcoveaba, daba cabezazos. Yo vi cómo lo domó. Primero le amarró las patas con cadenas para que aprendiera a tener compostura al moverse y así estuvo en la pesebrera durante tres meses. Luego le quitó las cadenas y lo llevó al parque a cabestro por unos días. Después empezó el proceso de torneado, una figura que obliga al caballo a dar vueltas en círculo al galope con una soga al cuello. El propósito de este ejercicio es quitarle bríos y enseñarle a cumplir rutinas. Cada día los movimientos del animal eran más armónicos. Al cabo de unos cuantos meses el caballo adquirió los “modales” de un caballo de paso y arrasó con los premios en todos los concursos que participó.

Hace unos veinte años tuvo una bestia muy hermosa, “La Leona”, una yegua que nació y estuvo en su casa durante tres años. Pertenece al doctor Edgar León Uribe. En la pesebrera había una mata de maracuyá y a este animal le gustaba comerse las hojas; le producían un efecto muy singular: cada vez que pasaba un avión lo miraba y volteaba la lengua como si soñara viajando, y no dejaba de mirarlo hasta que se perdía en la distancia. Su color aleonado, sin una sola mancha, su alzada y su bien me-



dido paso, hicieron que el capo paisa Fabio Ochoa se encariñara y se la comprara a don Manuel por diecisiete millones. “Con este animal Fabio Ochoa ganó un primer premio en la feria equina de Tuluá del año 87”, recuerda don Manuel y suspira. Quizá por su memoria desfilan ahora “Caifás”, con su garboso paso castellano, “La CocaCola”, trotona y galopera, “Pampero”, un caballo casi mitológico, “La Chilindrina”, toda llena de gracia... todos llenos de premios.

No todo fueron mieles, claro. Una vez un caballo le fracturó la nariz de una patada; tiene la cabeza y el pecho llenos de cicatrices de coces. Pero lo peor ocurrió un diciembre. Recuerda que estaba muy contento –acababa de cerrar negocio grande con otro célebre bandido– y se puso a picar caña para alimentar los caballos en una máquina especial. Era una cortadora que tenía una sierra circular de dientes largos y afilados. De repente el aparato se atascó, don Manuel se puso a desatascarla con el motor prendido y cuando quitó el atasco la máquina arrancó súbitamente, “como un perro traicionero”, y se le llevó la mitad del brazo derecho. Lloró y se maldijo durante mucho tiempo. “Yo creo que todo fue un castigo por recibir dinero maldito”, dice con la humildad de un hombre de fe, hasta que un día se perdonó su torpeza, cogió las sogas y el fuate y volvió a su oficio de domador de caballos. “Yo no sabía hacer otra cosa”, agrega.

## Antología RENATA III

Hoy tiene 83 años. Vive en la misma casa. Mira al suelo, se sacude del pantalón un polvo imaginario, se acomoda el sombrero con el muñón encalecido, suspira y contempla la tarde que se apaga, como su vida.

## LA CLAVE

*Hernando Aldana Velásquez*  
Cali

- Cuatro a la derecha.
- Ajá.
- Seis a la izquierda.
- Ajá.
- Nueve a la derecha.
- Ajá.
- ...
- No te oigo.
- Mi mamá está tapando.
- Ootra vez...
- ¡Ya la abrió!
- ¡Ah!
- ¿Cuántos meses llevamos en esto?
- No sé, no tengo afán.
- ¿Nooo? ¿De quién fue la idea?
- Es curioso, siempre llegamos al mismo número.
- Apurate que llegó el bus.

–¡Niñas!

–¡Ya vamos!

Bajaron los diecisiete escalones haciendo el mayor escándalo posible, en el dieciséis oyeron un grito histérico.

–Papá amaneció de buen genio.

–¿Te parece?

–Siempre grita en el noveno.

–Vos lo contás todo. Qué manía.

–Hija de tigre...

–Yo sí creo.

A la mañana siguiente, como en todos los meses anteriores, Sarah y Doris recién bañadas, en uniforme, las maletas listas, estaban apostadas en la ventana. Detrás de la cortina, Sarah miraba con unos pequeños binoculares hacia la pieza de sus padres que quedaba en el otro extremo de la casa, un patio de por medio de la alcoba de ellas. Mientras tanto Doris, con una libretica en una mano y un lápiz en la otra, palidecía esperando que su padre se decidiera.

–¡El bus!

–Que pasó, ¿no la va a abrir?

–¡Que par de tontas!, hoy se madrugó para el aeropuerto.

– ¿De viaje?

–Y creo que por un tiempo largo.

–¿Muchas maletas?

–Muchas.

Don Max regresó después de dos meses.

De no ser por Sarah, Doris habría abandonado la tarea de espiar el momento en que Don Max abría la caja, casi siempre a la misma hora, y siempre cuando salía del baño, con gotas de agua sobre unos pelos largos desperdigados a la altura del cuello, que se veían enormes por los binoculares. Una vez Sarah se quedó como petrificada, sin atreverse ni a respirar, temiendo que cualquier movimiento produjera destellos en los lentes. Muda, esperó que Dahlia se retirara, luego se dejó caer de espaldas sobre la cama.

–¡Uf!

–¿Qué pasó?

–No te asomés, mamá casi me pilla...

Una mañana, después de casi un año de espera, Don Max hizo muy despacio todos los movimientos, Dahlia no se atravesó, ni cerró la cortina, y ellas completaron la clave, el número y el sentido del giro que les faltaba. Ahora había que esperar a que los dos salieran de la casa, entrar a la alcoba y marcar los números que había consignado Doris en la libretica.

Ese día llegó más rápido de lo que pensaban.

–Sacá la libreta que Edelmira no sube a limpiar tan temprano.

Era un sábado, estaban en pijama. Entraron sigilosas. Sarah fue directamente a la pared, quitó el cuadro que ocultaba la caja fuerte, Doris abrió la libreta y buscó una vez y luego empezó de nuevo. Sarah con la mano en la perilla la miro a los ojos.

–Dale que no hay prisa –Doris pasó cada página lentamente–. Aquí está.

–Cuatro a la derecha.

–Ajá.

–Seis a la izquierda.

–Ajá.

–Nueve a la derecha. No digas más Ajá, ¿sí?

–Once a la izquierda.

–...

Sarah la miró con la mano en la palanca, la hizo girar hacia la izquierda y la caja se abrió.

–¡Por fin!

Adentro había papeles, títulos, acciones, dólares, dos pasaportes y un sobre grande de manila con cierre de cuerda, collares, anillos, pulseras, gargantillas, un revólver, munición.

–¿Sacaste todo?

–Todo.

–¿No hay más?

–No queda nada.

–¿Nada?

–Asomate.

Se apoyó en Sarah, se empinó, metió la mano y tanteó el interior.

–Nada.

Regaron el contenido de la caja en la cama, miraron todo, contaron los dólares, se pusieron los anillos, las pulseras y las gargantillas, y se acostaron en la cama doble con los brazos estirados para contemplar mejor las joyas.

–¿Esto era todo?

–¿Y qué esperabas?

–No sé.

–Miremos el sobre.

–Tiene estampillas de los Estados Unidos y la dirección del apartamento de papá en Nueva York. Lo remiten de una oficina en Brooklyn.

Sarah vació el sobre en la cama. Miró cada uno de los papeles mientras Doris seguía midiéndose todas las joyas.

–¿Qué dicen los papeles?

–Están en inglés.

–¿Y?

–Esperate.

–Hay un papel con la foto de dos bebés.

–No me vas a decir que tenemos hermanitas...

–Somos vos y yo.

–¿Y qué hacemos en ese papel?

–Es un documento de adopción ¿Será que somos adoptadas...?

–¡Qué tal, lo que faltaba!

Sarah se quedó mirando el papel, lo leyó una y otra vez, luego se acostó y se fue despojando de cada uno de los anillos, la pulsera, la gargantilla. Se cubrió con el papel y lloró como una niña.

–¡Sarah!,

–¿Qué viste, qué decía el papel?

Sarah se lo alargó, Doris lo leyó y empezó a llorar.

–¡Edelmira! –gritó Sarah–. Si viene Joel, dile que nos fuimos para el Saladito – luego cerró la puerta, se tiró en la cama, se enrolló al lado de Doris y la abrazó.

Lloraron toda la mañana, se quedaron en la alcoba en pijama, no bajaron a almorzar ni pasaron al teléfono.

Al lunes siguiente llegaron al colegio con los ojos abotagados y con cara de pocos amigos pero nadie les dijo nada.

–Acérquense, dijo el profesor de fotografía a toda la clase.

Abrió un libro cuadrado con tapas plateadas sobre el escritorio.

–Vamos a mirar las fotografías de este libro.

El tema es el bodegón. Van a ver cada foto y luego espero oír comentarios.

Sarah se acodó en el escritorio mientras sus compañeros hacían comentarios buenos, pertinentes, pésimos. Sarah seguía en la misma posición, oyendo opiniones y mirando cada foto.



–Sarah, ¿qué nos podés decir de esta foto?

Era la foto de una toalla a rayas colgada sobre una pared blanca, de superficie irregular destacada por la luz rasante que parecía venir de un lugar alto y a la izquierda.

Sarah seguía callada. Se irguió y miró la foto detenidamente.

–¿Una toalla colgada en un pared es una fotografía? –dijo alguien.

–Yo creo que sí –dijo otro.

–No es una toalla colgada –dijo Sarah.

–¿No es una toalla colgada? –preguntó el profesor.

–No, el fotógrafo puso algo pesado dentro de la toalla, le pidió a alguien que la dejara caer muy cerca de la pared y tomó la foto en el instante en que la toalla caía.

–¿Y?... –preguntaron todos

–Luego la hizo publicar así, invertida.

No dijo más, se abrió paso, salió, caminó hacia el patio y se sentó en la banca debajo del palo de mango.

## EMPEZAR DE NUEVO

*Marcela Sjogreen*  
Providencia

Era un martes en la mañana cuando los gritos de Ma Guendo sobresaltaron al abuelo Witarson quien había decidido dormir una hora más de lo acostumbrado.

Ma era una negra grande, gruesa, de voluptuosas caderas y un trasero enorme; su rostro tenía una expresión agradable y unos grandes y brillantes ojos negros. El abuelo por el contrario era delgado, de tez más clara y de facciones finas; sus expresivos ojos eran color miel y su piel mostraba los signos del duro trabajo diario bajo el sol.

Aunque las caricias entre ellos no eran un lenguaje común, ni de demostración pública se amaban y lo expresaban en la atención del hogar y de los hijos. Sin embargo, desde hacía ya algún tiempo, el abuelo venía mostrando cierta indiferencia en su forma acostumbrada de relacionarse con la familia

y, sobretodo, con la abuela, cosa que Ma había notado pero guardaba en un abrumador silencio.

Esa mañana, el abuelo se levantó y salió a pescar como de costumbre y como siempre su regreso se dio a las tres de la tarde. A lo lejos, divisábamos el vuelo en círculo de las fragatas que acompañaban la pequeña canoa de vela azul y que poco a poco se iba haciendo visible, mientras era empujada por ráfagas de viento.

Una vez en tierra ya organizado el producto de la faena y después de haber tomado un baño con agua del arroyo, el abuelo se echó a descansar en la hamaca guindada bajo el almendro. Cuando aún no había cerrado los ojos, a lo lejos divisó una columna de humo color gris, parecía ser el incendio de alguna vivienda. Sobresaltado el abuelo da un grito: “¡tráiganme los pantalones, se quema la casa notarial!”; subió al caballo y se dirigió presuroso al lugar de la conflagración; solo encontró cenizas, nada se salvó.

En aquel tiempo, nadie cargaba ni guardaba documento alguno, los únicos papeles que existían estaban al cuidado de una persona de entera confianza y respeto por parte de la comunidad, se trataba de los responsables de la casa notarial. Así es que, aquella tarde todos los habitantes de la isla perdieron los documentos que les otorgaban derechos de propiedad sobre sus bienes; ya no existían pape-

les que respaldaran sus uniones matrimoniales, ni siquiera tenían como demostrar el parentesco con sus hijos, ni mucho menos demostrar que ellos eran quienes decían que eran.

En medio de los comentarios que expresaban la inquietante situación, la gente mantenía una titubeante tranquilidad pues, en tres meses, se esperaba la visita oficial notarial que seguramente permitiría que todo volviera a la normalidad. Se expedirían nuevos documentos con la ayuda de los testimonios y la fe que todos podían dar de los asuntos de los demás, pues todos eran conocidos.

En la mañana del 3 de abril, el oficial notarial llegó acompañado de una autoridad religiosa y con un documento público que imponía las uniones matrimoniales católicas como las únicas válidas ante Dios y el Estado. Esto conmocionó a la pequeña comunidad pues la mayoría eran protestantes. Además, anunciaron que los trámites notariales tendrían un costo, a lo cual los isleños no estaban acostumbrados. Esto terminó por agravar la situación ya que el dinero era escaso y los costos de los trámites impidieron que muchos arreglaran sus documentos. Esta situación la aprovecharon sagaces oportunistas con algo más de dinero y comenzaron a reclamar lo que a todas luces no les pertenecía, presentando testigos falsos que se vendían por unos pocos centavos o algunas libras de azúcar y harina.

El oficial registró nuevamente a los hijos, expidió documentos que acreditaban la propiedad sobre algunas de las posesiones y cuando revisó el caso de los matrimonios, recordó que se debían celebrar, una vez más, los votos matrimoniales a través de la iglesia Católica.

Muchos se negaron, pero otros, como el abuelo, estaban esperando esta oportunidad para que ante la negativa de la abuela de cambiar de religión, y su insistencia de contar con el consentimiento de Dios, pudiera poner sus ojos sobre Miss Yolti, uno de los amores de juventud del abuelo.

Aun no entiendo que pasó, nunca los escuche discutir, incluso cuando se fue, solo vi en el rostro de Ma una expresión de resignación, como si ella hubiera sabido desde el principio lo que acontecería. Esperó una semana y como vio que el abuelo no entraba en razón, el día de la boda le escondió sus mejores pantalones y soltó el caballo y desde temprano ella y sus hijos salieron a la finca, sabía que desde entonces tenía que arreglárselas sola.

El abuelo pidió prestado unos pantalones que le quedaron por encima de los tobillos; además, tuvo que caminar unos cuarenta minutos hasta la improvisada casa notarial; todo el trayecto contó con la mirada de ojos acusadores y curiosos, que lo veían extrañamente vestido mientras se dirigía con arrojo hacia su encuentro con Yolti.



## **II**

### **De otros mundos**





## PRESENTACIÓN

*Antonio García Ángel*

La imaginación es un territorio sin fronteras. Cualquier dique o talanquera cederá a su caudal incontenible, el más fuerte corsé terminará despedido ante su infatigable expansión, se resistirá con uñas y dientes a cualquier intento de domesticarla. Esa materia volcánica y fragorosa es uno de los ingredientes imprescindibles, si no el principal, de la literatura. Es importante aprender a poner puntos y comas, respetar los tiempos verbales, la concordancia de género y número, pero tales requisitos, sin la imaginación, apenas bastan para transcripciones chatas de la realidad o documentos notariales. En mis visitas a los diferentes talleres de Renata he podido constatar que pese a las dificultades, la falta de libros, oportunidades o tiempo, y ante el embate grave y pedestre de la realidad colombiana, la imaginación se mantiene saludable e intacta en

los muchos textos que he tenido oportunidad de leer.

Los cuentos que están agrupados en esta sección pertenecen al género fantástico y sus manifestaciones afines: el terror, la ciencia ficción, la fantasía y algunos relatos inclasificables, a medio camino entre diferentes subgéneros. Ellos son, por excelencia, los que permiten un ejercicio más libre de la imaginación. En ellos brilla más y de las maneras más diversas. Desde los leves toques maravillosos hasta los paraísos lisérgicos y extravagantes, de las resonancias cortazarianas a las pesadillas de Lovecraft.

Hay un cuento infantil de terror, otro mitológico, un relato de navegación y contrabando, otro en el que un barco encallado cuenta en primera persona sus días de gloria y su lenta descomposición, la travesía a caballo de un padre silencioso y su hijo, una historia de amor y erotismo entre un marihuanero irredento y la hija sin piernas de su jíbaro, boers y esclavos durante la colonización de Sudáfrica, un escritor que confunde la voz de Balzac con la del Ángel de la Muerte; un relato policial cuyo villano maneja como títeres a los inquilinos de un edificio, el amargo reencuentro de dos niños que se amaron, las vicisitudes de una mujer acosada por la sed y el dolor de garganta, la conmovedora biografía de un toro de lidia, un atracador de bancos que desprecia los libros, un hombre acosado por la mis-

teriosa desaparición y reaparición de un libro que está leyendo, la historia de amor surrealista entre una diseñadora y un taxista, un anciano que atraviesa universos a través de puertas dimensionales, un donjuán estafador que se aprovecha de mujeres maduras e incluso un homenaje a Roberto Bolaño.

No se trata, sin embargo, de variaciones inocuas sobre temáticas artificiales. En ellos también hay entraña, tristeza, dolor. El componente excéntrico o fuera de lo común muchas veces sirve como caja de resonancia para potenciar dichos efectos. Entonces, además de sorprender, muchos de estos relatos logran conmovernos.

## AMOR DE TELENOVELA

*Pablo Estrada*  
Bogotá

Usualmente escogía al sujeto de su predilección entre un minúsculo grupo de candidatos y ella misma se encargaba de la proposición. Tenía un cuerpo atractivo y eso facilitaba las cosas. Le gustaba ir a la cama, no precisamente para dormir. Era de estatura mediana, delgada e impuntual. No solía hacer escenas ni cumplir todas sus citas. Nunca lloriqueaba o hacía aspavientos. Fingía ser fuerte: no exteriorizaba sus miedos ni aprensiones. No consideraba el pasado como tiempo perdido ni el futuro como una posibilidad inalcanzable. Se fijaba poco en los nombres y las direcciones. Era atemperada, parsimoniosa y austera en los ademanes. Su mayor virtud, la apatía.

Desde que había entrado a la universidad ya no titubeaba ni tenía inhibición alguna. Y eso que un profesor le había dicho que no hay erotismo sin ta-

búes antes de sodomizarla, y otro trató de explicarle que Freud había demostrado que todas las cosas son susceptibles de adquirir un significado erótico mientras le pedía que se masturbara con un objeto plástico. Se había vuelto más práctica, si se puede. No desperdiciaba el tiempo, decía apenas lo estrictamente necesario.

Y a pesar de todo, se enamoró de un mal fotógrafo que solamente retrataba esquinas y cuyo hobby era coleccionar cuanto papel le entregaban en la calle.

En una época de vacas flacas que tuvo, fue repartidora en patines de tarjetitas y volantes.

Fue así como se conocieron.

Un día que se estaba quitando el uniforme –un vestidito blanco y rosa de una sola pieza– como no usaba sostén, el supervisor la descubrió así y habiendo visto hacía menos de media hora *Gustosa del calor bestial*, se le aventó, creyendo que iba a poder montarla así no más como en las películas porno. Ella lo empujó y le arrojó lo que tenía más a mano: uno de los patines, dándole justo en las partes. Luego de eso perdió el empleo.

Aprovechó sus días libres para ver *Le Fabuleux destin d'Amélie Poulain* e ir a buscar al fotógrafo: él le había dejado anotados sus datos. La caligrafía era refinada y había escrito con una pluma de color verde.

La primera vez que lo hicieron fue en un prado con espigas. A un lado había un montículo de paja y al otro un árbol seco de ramas quebradizas. De estas colgaba un capullo. Él le habló a ella de la crisálida, el gusano y la mariposa. Ella le comentó que conocía la naturaleza gracias a los especiales de *National Geographic*. Se despidieron y no volvieron a verse por un tiempo.

Y ésa es la historia de lo más parecido a un romance de melodrama francés que conozco. Por lo menos no era un amor de telenovela. Era como de película rosa que se tiñe de carmesí, escarlata o llamadamente rojo...

Eso es todo lo que sé: todo lo que ella me ha dicho.

Eso y que le había parecido haberlo visto unos días después en un lugar que no recordaba cómo se llamaba. Le pregunté dónde quedaba. Tampoco sabía. Indagué más hasta descubrir qué sitio era. Lo conozco, he estado allí. De hecho ahora mismo estoy aquí. Y le he pedido a ella que nos veamos en este lugar.

Precisamente ahora que ella me ha visto, viene y me saluda. Me cuenta apartes de lo que le ha sucedido últimamente. Casi siempre enhebra en las sucintas pláticas conmigo alguna que otra revelación de sus intimidades, como si tal cosa. Más que un confidente, me siento un confesor escuchando

la relación de sus deslices que se mezcla con esa especie de lista de compras futuras de las cosas que planea tener alguna vez.

La escucho, la interrumpo, le digo lo que pienso, lo que siento, lo que no entiendo. Ella no me explica ni me aclara mayor cosa. No agrega más. Termina su Pall Mall y se marcha. Bebo mi último sorbo de Coca-Cola y salgo. Me espera afuera.

Cuando estoy a su lado comienza a caminar. Andamos un tramo en silencio. Anuncia que tiene algo que decirme, entonces advierto que he olvidado la bufanda a cuadros que me regaló papá, en el lugar donde estábamos.

Regreso. Ahí está, la recupero y me la pongo. Al salir observo mi reflejo en una vitrina y descubro que soy yo, es decir soy él: su fotógrafo.

El siguiente encuentro fue casual.

—Creí que no volvería a verte, ¿dónde has estado?

—...

—Bueno, y... ¿Cómo te ha ido? ¿Cuánto ha pasado desde la última vez que nos vimos? Y en todo caso, parece que fue ayer cuando te vi por primera vez con tu vestidito rosa y esos aparatosos patines. ¿Cómo iba a olvidar ese día? ¿Sabes? Alguna vez escuché a alguien decir que emplear bien el tiempo es muy raro: no se da con frecuencia. Creo que fuiste tú quien lo dijo. Y tienes toda la razón. Yo, por ejemplo, podría hablar y hablar y hablar sin

parar hasta morirme pero creo que sólo malgastaría el aliento. Podría hablar de fotografías y libros, de libros de fotografía y fotografías de libros o de las categorías estéticas, lo bello y lo feo, la reproductividad técnica, el psicoanálisis del arte, la relación estilística entre Renoir y Hopper, Chopin o Schubert, de los mejores museos del mundo, de las iglesias más antiguas de Francia y Alemania, de mi escasa experiencia con los alucinógenos, de aprender a conducir o a tocar la guitarra, de la mujer de Lot o la de Orfeo. Podría decir que lo que tengo en frente (o sea a ti) es valioso por sí mismo, porque no anhela trascender y yo soy de los que disfruta de lo que hay: los pregones de los vendedores en la calle, los gestos de la gente cuando hace la fila del cine o del banco o del supermercado, el aroma del café recalentado y el sabor de las frutas deshidratadas, los atardeceres de esta ciudad, el bienestar que dan los sillones cómodos, la espera en el teatro para ver una obra que no vale la pena, los nombres que no tienen el menor significado, la diversidad de lo que parece igual a todo lo demás, la comida thai, la música de piano, la barra libre en el bar. Y ahora mismo acabo de recordar algo aparentemente muy elemental que leí sobre...

Con un beso en los labios ella lo interrumpió. Y lo que vino enseguida fue un ilusorio silencio acompasado por los tenues sonidos de las bocas en



contienda o comunión: da lo mismo, el ruido del tráfico lejano y la canción “Free falling” de Tom Petty que provenía de algún punto incierto y que a ambos les recordaba *Jerry Maguire*, película cuyo título ella revolvía en la memoria con el de un par de comedias románticas americanas.

Tras su reencuentro se han ido lejos de la ciudad y ahora corren como animales salvajes por la pradera, juegan como bebés en la playa, se lanzan desnudos y vuelan como angelitos barrocos en su caída al agua de un remanso que han descubierto casualmente. Hacen una muy buena pareja. Pronto regresarán a la ciudad y pasarán un tiempo juntos hasta que comiencen a hartarse uno del otro y sean incapaces de cambiar la manera de ser cada uno y eso exaspere al otro y un día ella se vaya y vuelva a ser como solía serlo antes de dejar de serlo mientras estaba al lado de él y olvide hasta su nombre y no conservé ni una sola de las fotografías que él le hizo ni recuerde algunas de las historias color rosa o color rojo que él solía inventar luego de que hacían el amor por tercera o cuarta vez y él no encuentre a nadie como ella y se mire al espejo y se cuente una y otra vez la misma historia de amor roto mientras apura un trago y borra la última de sus fotografías.

## ANTITETÁNICA

*Néstor Alfonso Romero*  
Neiva

“Miren”, les dije a las viejas, “iba bajando del barrio de invasión cuando los vi. Se miraron con malicia y aunque alcancé a olfatear el peligro no reaccioné, me confié; ustedes saben, por aquí es tan calmado. Cómo me iba a imaginar que era un atraco. Eran cuatro y yo uno. Tenían cuchillos y sin embargo quise huir. No tuve tiempo y miren, me chuzaron. Cuando uno de ellos me mandó “el viaje”, instintivamente puse el brazo para defenderme, y vean, me lo abrieron, casi por la mitad. Son como quince centímetros. No se imaginan la cantidad de sangre que he perdido. Además, llevo caminando como diez minutos después de haber corrido, como nunca, otros diez, cuando vi la sangre y la herida. Mi mujer está en la U, estudiando, pero igual que yo, sin plata. Mi dinero lo tengo invertido en maíz y carne para los pinchos. Por eso a las vecinas las mo-

lesto a ver si me prestan los primeros auxilios y me colaboran para ir al hospital a mandarme poner la antitetánica y a que me remienden con aguja e hilo esta tronera”.

Puse el brazo empapado de sangre sobre una bayetilla húmeda que encontré sobre el mostrador. Ellas, las dos hermanas, que sólo escuchaban con desconfianza mi historia, no pudieron sostener sus dudas ante la herida y se apresuraron a sacar algodón, alcohol, y a hacer un enjuague con jabón quirúrgico. Acomodaron una ponchera de plástico debajo del antebrazo e hicieron lo que pudieron, pero la piel, separada, rasgada por algo de punta muy fina, había logrado hacer un surco de casi medio centímetro y tenía que ser cosida. Ellas no lo podían hacer. De hecho, la limpieza que acababan de realizar nunca antes la habían hecho con nadie. Yo me quejaba de vez en cuando, dando mi mejor actuación. Hacía muecas de un dolor que no sentía, porque el brazo estaba adormecido, aunque no tanto como mi cerebro. Al mirarlas afanarse las detallé y pensé que era saludable para ellas hacer lo que estaban haciendo. Beatas consumadas, me repugnaban a veces. Siempre las quise timar, como fuera, y la herida era una gran oportunidad. En qué se gastarían la platica esas viejitas cacrecas que si acaso comían. Las odiaba. Sabía que habían echado al marido de una de ellas porque era brujo, porque vi-

vía de hacer conjuros y ligaduras, de vender riegos y sahumeros, porque se reía tan estrepitosamente que se escuchaba a dos kilómetros. Él fue quien montó el almacén “esotérico”, fabricando veladoras de colores y productos para “los trabajos”. Pero ellas, su mujer y su hermana, lo echaron a la calle. Por fin las convencí, llorando del “dolor” y la desesperación, y accedieron a mis súplicas, así como a su cartera.

Esa mañana volví a la olla a comprar dosis doble. Me alcanzó para el bazuco. Conseguí cigarrillos, pero no encendedor. Éste, en mi bolsillo, estaba como yo, que se prendía. Con esa ansiedad propia del mal de estómago quise volver al cafetal en donde, con la afilada punta de un nudo de alambre de una cuerda de púa, unas dos horas antes, al salir presuroso, “paniquiao”, me había causado la herida. Pero no, trepé montaña arriba a consumir en otro de mis “parches” favoritos.

# APOCALIPSIS NOW

*Eduardo Tovar Murcia*  
Neiva

## I

En aquella época yo no había dejado aún el colegio y al pobre Lucho no lo habían llevado de las pelotas al ejército. Era la primera vez que íbamos a merca. Nuestra naciente relación con la hierba nos mantenía alejados de los estudios y muy cerca del río, que era el lugar donde fumábamos. Ese día decidimos no ir a clase para dedicarnos al “porrotón”, y como sabíamos que los burros más viejos la compraban en la tienda del turco, nos aventuramos hasta allí, pero cuando llegamos, éste nos dijo:

–¡Cómo se les ocurre! –gritó, levantando los brazos de forma amenazante, mientras sus ojos, estriados de sangre, se clavaron en Lucho, quien era el menor de los dos. –Aquí no hay de eso –añadió.

–Tranquilícese, no se exaspere, es que nos mandó Richard. ¿Se acuerda de Richard? –le pregunté picándole el ojo para que me entendiera.

El hombre calló durante unos segundos. Luego observó a su alrededor y, antes de que abriera la boca, Lucho lo interrumpió:

–Hágale, usted tranquilo, mire que somos clientes nuevos, cómo nos va a tratar así –soltó una risita nerviosa, luego continuó–; además, nosotros no decimos nada.

El turco siguió meditando, observó el local, a nosotros, al final, dijo:

–Bueno, ¿y cuánto sería? –preguntó en voz baja, llevando la cabeza al nivel del mostrador que nos separaba de él.

–Sólo mil –dije.

–Joven, no sabía que usted fuera burro.

–Y yo que usted fuera jíbaro –respondí.

–Heee,...bueno, está bien, présteme el morral que ya vengo.

Listo, dije. Extendí la mochila.

El hombre salió. Luego otra voz preguntó:

–¿Ya los atendieron?

Estiramos el pescuezo y tratamos de ver quién nos habló, pero no vimos a nadie. La voz repitió la pregunta. Detrás del mostrador una joven sentada en una silla de ruedas nos reprochó con la mirada.

–Sí, ya nos atendieron –respondió Lucho.

La muchacha tenía unos hermosos ojos verdes; su piel era blanca, el cabello negro, cortado a la altura de las orejas. En conjunto no estaba mal, aunque se notaba la ausencia de las piernas, lo que se hacía evidente con su falda que caía como una cascada azul desde la parte media del fémur hasta el suelo.

En ese momento llegó el turco y nos extendió el bolso. Entregué el dinero y salimos de allí sin decir nada.

## II

No pasa mucho antes de que vuelva donde el turco. No fui con Lucho sino con Richard. Esta vez no estaba el viejo atendiendo el negocio. La hija nos recibió con la misma pregunta de la última vez.

–Necesitamos lo de siempre –dijo mi amigo.

Lo observé extrañado, al tiempo que asentía con la cabeza y le preguntó a la joven:

–¿No se acuerda de mí? –y sin esperar respuesta agrega: –Soy Richard, el que siempre viene por lo de siempre. ¡Cómo no se va a acordar de mí!

–Ahhhhh, sí, sí, claro, ya vengo.

Dio media vuelta al aparato y salió, impulsándolo con displicencia hasta perderse en el tranco de la puerta. Richard no dijo nada. Pregunté:

–Negocio familiar

–Ajá.

La joven regresó con el encargo envuelto en papel azúcar y me lo extendió, mirándome a los ojos. Mantuvo la mirada hasta cuando le entregué el dinero y adiviné mi rostro como una remolacha. Richard le preguntó si va a ir a la fiesta de Velásquez. Ella afirmó con la cabeza y luego dijo que por nada del mundo se la perdería.

Cuando salimos de allí le dije a Richard que la nena me parecía una berraca por asistir a una fiesta de ésas en su condición. Me respondió que no fuera huevón, que eso no tenía nada que ver, pues Sara estaba tan acostumbrada a su condición que eso no era impedimento para divertirse. Le dije que igual me parecía berraca. Él dijo que sí.

En los días previos a la fiesta, durante las jornadas porrotónicas, fue creciendo en mí un inusitado interés por Sara. No sólo era su bello rostro lo que me atraía, había algo más, pero no tenía que ver con su condición física. Tal vez fuera el modo en que me miró cuando compraba la hierba, pero no lo sabría decir con exactitud. En definitiva era algo que me inundaba de morbosidad el corazón.

### III

El día de la fiesta llegué tarde. Cuando estuve allí, ya todo el mundo estaba en la estratosfera. La



música salía distorsionada del equipo de sonido y los únicos que quedábamos en sano juicio éramos el marica de Lucho y yo. La mayoría estaban follando en los cuartos de arriba, y los demás, en la sala, riéndose de cualquier payasada. Lucho me dijo que así no aguantaba, que mejor él se iba. Me quedé como un hongo. Cuando me empezaba a desesperar, encontré a Sara y la saludé.

La verdad era imposible no reconocerla con las dos ruedas a los lados, pero si no hubiese estado sentada en esa vaina, seguro no la habría reconocido; traía una blusita negra de escote profundo donde se advertía algo que hasta ese momento no había notado: la turgencia de sus pechos. Me excité viendo esas dos cosas tan grandes sin brasier que apuntaban hacia mí. Mi aparato empezó a dilatarse hasta ponerse tieso. Sentí que se me iba a salir por la bragueta. Ella me dijo que estaba aburrida, que ya se iba. Yo, por supuesto, me ofrecí a llevarla.

Caminamos por las calles del barrio. El silencio que se percibía por aquellas horas era profundo. Empujaba la silla de ruedas, visiblemente incómodo. Pronto la quietud del silencio se diluyó en el estertor mecánico de un carro a la distancia. Me atreví y le dije:

–Nena, estás muy linda esta noche –me sonó a telenovela, pero igual proseguí. –¿Sabes?, no pensé encontrarte a esta hora.

–¿Por qué?, yo puedo salir como cualquiera.

–No es eso –respondí–, sólo que ya es muy tarde, bueno, tarde para una niña como tú.

–¿Y cómo son las niñas como yo? –preguntó, buscando mi rostro.

–Bueno, tú sabes...

–No. No sé. ¿Cómo somos?

Me sentí idiota con su pregunta, no supe qué responder. Sólo atiné a decir:

–Pues muy puestas en su sitio....creo.

Ella rió. Por un momento odié su risa, que se me antojó odiosa y fuera de lugar.

–Pues déjame decirte que no sabes nada de nada –dijo

–Sí, lo sé –respondí resignado.

–¿Tienes novia? –me preguntó de improviso.

No dije nada. Seguimos avanzando mientras escuchábamos los sonidos de la noche. Era claro que yo no sabía nada de nada. Toda la sangre se me había bajado hasta los huevos, los sentía hinchados. Llevaba todo el trayecto observando descaradamente el vértice de sus tetas. Creo que ella intuyó de alguna manera mi mirada porque me dijo:

–Detente. Quiero verte. Hazte delante de mí.

–Ok.

–Además de no saber nada de nada, eres un huevón.

–¿Por qué lo dices? –pregunté como un huevón.

—Llevamos un buen rato andando y aun no has intentado besarme las tetas, ¿es que acaso no te gustan?

Sin esperar otro reproche me metí entre su blusa como un lobo dentro de su presa. Lamí y chupé esas dos hermosuras. Sus pezones no se apreciaban en la oscuridad, pero su tamaño era perfecto: cada teta me cabía a la perfección en la mano como un huevo dentro del nido. Pensé que bastaba con besarla, ya que era la primera vez. Evidentemente ella no pensaba lo mismo. Ella quería más.

Me dijo que le besara el sexo, que lo lamiera, que lo mordiera. Entonces le levanté la falda y me introduje como un cavernícola dentro de la cueva. Mis hombros le tocaron por un momento los muñones y eso me incomodó. Por una extraña razón me sorprendió verle el sexo, fragante, sin ninguna tela recubriéndolo. Saqué la lengua e hice lo mejor que pude. La nena llegó en mi boca. Sentí una baba gruesa en la lengua, en los labios. Tiró de mi cabello con éxtasis, y con la voz entrecortada suplicó que lo hundiera hasta el final. Lo pensé por un momento. Algo dentro de mí no se atrevió. Dijo que lo sacara y así lo hice. Lo coloqué de frente, a la altura de la boca, pero dijo que no. Aclaró que lo que quería era que la levantara y la pusiera sobre mí.

Fue extraño penetrarla sin sentir las piernas recubriéndome las caderas. Casi como tomar un ma-

niqué, pero un maniqué que gimió, babeó y maldijo sin cesar. Al final me ordenó que me sentara en la silla.

Aquello fue espectacular, maravilloso. Nunca, pero nunca como en ese momento sentí una estrechez similar, aquella presión tan contundente de mi pene tocando el final de un sexo, como si de repente pudiera meterle hasta los huevos. Fue inolvidable.

#### IV

En los días siguientes no la volví a ver. Sentí temor de acompañar a mis amigos a mercar donde el turco. Temía que el hombre reclamara lo que hice con su hija. Sin embargo no fue así. Luego de un tiempo ella apareció en mi casa y dijo que no me preocupara, que no le pusiera tanta tiza al asunto, y ese mismo día lo volvimos a hacer. Recorrí toda la casa con ella colgada de mi cuello: estuvimos en el lavadero, en el patio de ropas, en la cocina, en todas partes.

No fue nada fácil mantener los encuentros en secreto. Su dificultad para desplazarse, sumado a mis frenéticas ganas de tenerla dispuesta, fueron los mayores inconvenientes. Estuvimos en todos los lugares posibles y a las horas más insospechadas. Ante los ojos de su padre yo me había convertido en el

marihuanero que la acompañaba, lo cual le parecía bien debido a que ella tenía muy pocos amigos, por lo que el viejo prefirió que yo anduviera con ella a que estuviese sola por ahí.

Algo en ella me llenaba de una extraña sensación que no podía explicar. Entre más follábamos más dependiente me volví de su cuerpo, de sus excéntricas. Llegué al punto de acceder a todos sus caprichos sexuales, los cuales, debo aclarar, eran... extraños. Aún así nada de eso importó, ya que ella siempre supo retribuir con buenos porros todas sus aberraciones.

Ya me había obligado a besarle sus muñones. Eso hacía parte del precalentamiento sexual que le gustaba. Y yo, por mi parte, no le veía problema a eso. Al contrario, me pareció bien que ella usara de algún modo su discapacidad, así fuera de forma erógena. Además, con la traba en que vivía, era divertidísimo jugar con los muñones en esos momentos de blanqueamiento mental.

## V

Así se sucedieron los días, entre folladas clandestinas y trabadas colosales, porque Sara también era burra, burrísima. No sólo fumaba hierba sino que, tiempo después, me enteré que metía otras cosas.

Al turco le allanaron la tienda en la madrugada y lo llevaron preso por expendio de drogas. La

pobre Sara quedó a merced de una tía que la alejó del barrio. Cuando llegué a su casa ya estaban metiendo los muebles y las vitrinas en una camioneta Ford, mientras Sara observaba a la distancia sus pertenencias llevadas de la casa hasta el carro. Me explicó lo que sucedió con su padre. Ni ella ni yo nos dijimos hasta luego, nos despedimos con una mirada vaga que se desvaneció con la llamada de su tía. No sentí dolor, pero sí ese extraño sentimiento que creo sienten todos los burros cuando su jíbaro de cabecera se va. Fue eso precisamente lo que más me dolió.

## GARGANTA SECA

*Diana López Garzón*  
Armenia

Algo me duele de tanto pensar. He reflexionado tantas veces sobre el mundo, que mi garganta no da más. Necesito un poco de líquido y voy al supermercado más cercano. No sé qué comprar, me dirijo a la nevera y busco los productos más baratos. Por fin encuentro algo apropiado: una bolsa de gelatina. Los trescientos pesos en mi bolsillo son suficientes para sentirme mejor.

Salgo de allí. No quiero pensar en el cajero juzgándome de tacaña. Camino rápido. La loma que me lleva al paradero de buses me hace sudar. Siento otra vez el ardor en la garganta y ahora es más fuerte. Creo que la gelatina no es compatible con este dolor. Había olvidado de que está hecha y que mi cuerpo no soporta ninguna sustancia animal. Sólo el huevo que es mi debilidad.

Un día en un huevo me salió sangre y juré no volver a comerlos, pero... después de tres días, cuando nadie me estaba viendo, cogí uno, lo abrí y lo eché en una taza. Sentí que me miraba indefenso, sin su armadura. Entonces, me sentí como Ulises enterrando su estaca en el ojo del cíclope. Esta vez el ojo único y amarillo no sólo fue destruido, sino también su clara acompañante.

El sudor se multiplica y ahora mi espalda está empapada. No resisto el calor y este ardor en la garganta. Viene Diego. Nunca había pensado en que siempre me lo encuentro en el mismo lugar y a la misma hora, justo después de terminar de subir la loma. Intento saludarlo, pero mi voz no me ayuda. Sólo sale un pequeño “gallo”, una aguda vocecita. Su sonrisa burlona me sonroja.

Pienso en el gallo y me pregunto si es una venganza del huevo ya maduro. Sonrío, sé que es una estupidez pensar en que el alma del huevo está dentro de mí. Imagino entonces a cada uno de los habitantes de esta ciudad, hablando con la voz del último animal que se comió. Suelto una carcajada. Algunas personas que están en el parque Fundadores me miran y sigo caminando sin timidez.

Me detengo en el borde del andén. Miro con dificultad si puedo cruzar la avenida. Vienen algunos carros que me detienen. Respiro profundo y el dolor está de nuevo. Creo que me hará compañía



mientras llego a casa. Estoy en el paradero de buses, viene mi ruta. Me subo y el conductor me pregunta si tengo dinero sencillo. Intento responderle y la voz me sale débil. Le respondo moviendo mi cabeza, saco las monedas y se las entrego. Me toco la garganta y busco una silla vacía, me acomodo y abro la ventana. El viento ayuda a que disminuya el dolor.

Me gusta el viento. Saco la cabeza un poco y el pelo en la frente me hace sentir como perro de rico en carro lujoso y lo disfruto más. Siento la misma libertad que me produce montar a caballo. Cuando lo hago, me suelto el pelo, y dejo que ondee y muevo mis manos y mis pies con fuerza, para que el animalito se anime a galopar más rápido y con él, mi pelo galope y mi espalda galope y mis senos galopen. Siento tanta libertad que me encantaría desnudarme y dejarme llevar a lo más profundo del bosque y subir a la copa de un árbol, abrazarlo y que, poco a poco, su corteza se apodere de mi cuerpo y se convierta en madera y mi alma también para no volver a la ciudad.

Pero la ciudad duele y con ella mi garganta. Tomo el bolso y timbro, no sé a qué suena un timbre. Bajo del bus y camino rápido. El centro de la ciudad me vuelve caótica, quiero salir de allí rápido. El bus pasa por mi lado y los pasajeros me miran, parece que extrañarían mi presencia.

Doblo la esquina y me duele más la garganta. Ahora veo más gente. Disminuyo la velocidad de mis pasos y me detengo. Estoy aquí. La gente camina en todas las direcciones. No hago nada. La gente me mira, parece que estuviera obligada a hacer algo. No quiero cargar más este bolso lleno de chucherías femeninas, que ni siquiera uso. No quiero mirar más vitrinas con precios que podrían alimentar a toda una familia por un mes. No quiero pasar más por esta calle. No quiero más este ardor en la garganta.

Sigo aquí parada. Recuerdo mis recorridos cotidianos. Me duele más la garganta. Nunca había pensado en el cuadrado que forman mis días: De mi casa a la clínica, de la clínica al centro, del centro a la gobernación del Quindío, la entrega del mismo papel y de nuevo a mi casa. Soy una araña que teje la misma rutina. Sigo aquí parada. Mi respiración disminuye también. Mi vida se limita a un cuadrado y... me duele más la garganta.

## EL CASO DEL TITIRITERO LOCO

*Norwell Calderón Rojas*

Cúcuta

El vuelo de Rubén Costa no fue perfecto, ni siquiera fue hermoso. El niño del semáforo de la esquina, el único que lo vio de principio a fin, resumió la tragedia en pocas palabras: “voló como un pollo apestado.” Sin embargo, entre el considerable número de vecinos reunidos en la calle, el asunto fue más triste y mejor narrado. Los que no fueron a la comisaría, se concentraron en los detalles del salto, en el posible motivo del suicidio y en la inesperada confirmación de la notable masculinidad de Rubén, revelada cuando su fina bata de rayas verdes se abrió justo en la entrepierna. Los demás vecinos, esa heterogénea comunidad de clase media alta que había compartido con Rubén los espacios del edificio Brigard, irrumpieron en la comisaría para hacer una denuncia. Por la alborotada sucesión de comentarios de los querellantes, el comisa-

rio Fandiño –funcionario moreno, alto y un poco bizco– creyó entender que el tal Rubén Costa era una especie de santo que había sido martirizado por un extraño personaje. En realidad, Fandiño no entendió mayor cosa.

Para no enloquecer por la algarabía, o para que su ayudante justificara el sueldo, Fandiño salió un momento del estrecho salón de interrogatorios y, sin mirarlo, le dijo a su ayudante: “Lozano, vea a ver qué les entiende”. Luego caminó rápido hacia la salida, anticipando el sabor de empanada valluna de la caseta de la esquina.

Lozano –un muchacho gordo y con aspecto de cretinismo– se sorprendió al ver tantas personas, tan bien vestidas y tan alarmadas, embutidas en la pequeña salita de interrogatorios. Antes de hundirse en las arenas movedizas de su timidez, preguntó al aire sobre el motivo de la queja.

Todos los presentes hablaron a un tiempo, pero entre los comentarios indignados y las frases sin pertinencia de las señoras más viejas, Lozano empezó a percibir el dibujo de la situación. Para cuando el comisario Fandiño regresó, el dibujo tenía todas las líneas y colores en su sitio. Gabriel Lozano, lo trazó con minuciosas palabras al sorprendido funcionario.

La historia que contó fue más o menos ésta: cuando la viuda de Brigard se enfermó de vejez y

aburrimiento, las señoras del club de jardinería se propusieron visitarla como acostumbraban hacerlo con cualquier otro miembro de su cofradía. A la salida de una de esas reuniones Susanita Merchán tuvo una idea: estando la vieja tan susceptible al afecto y con lo bien que todas se llevaban, sería posible convencerla de que les vendiera a cada una de ellas y por un precio bajo los apartamentos del edificio Brigard: “para que sus niñas del club puedan venir a acompañarla todas las tardes”, justificó la Merchán.

Claro que en su descripción el ayudante Lozano no utilizó las palabras “precio bajo”, prefiriendo llamar la transacción “un atraco disfrazado”. Precio bajo o atraco, el resultado fue el mismo: la viuda de Brigard vendió treinta y seis apartamentos que conformaban casi la totalidad del edificio Brigard a las señoras del club de jardinería “La ixora”, por el precio de tres o cuatro de ellos. El documento lo redactó Percival Guzmán Rocha, eterno abogado de los Brigard, y sólo contenía dos cláusulas especiales que nadie objetó. La primera: la señora Brigard conservaría el último piso (cuatro enormes apartamentos y la terraza), hasta que, a su muerte, pasaran a manos de su hijo. La segunda: nadie podía vender su apartamento o abandonar el edificio en los próximos seis años, so pena de perder el derecho de compra, el mismo que pasaría inme-

diatamente a manos del desconocido y sorpresivo vástago de doña Eloísa de Brigard.

“Ay, maldita sea”, dijo el doctor Casanova mientras se frotaba la nariz, “qué desgracia no haber conocido antes al maldito titiritero loco.” Y fue ahí cuando el comisario Fandiño encontró por fin al personaje que se le escapaba en esa escabrosa etapa de la historia.

Al parecer llegó seis meses después de la muerte de la viuda de Brigard, pero sólo se supo de su presencia el día en que el doctor Casanova sintió que le caía tierra en la cabeza, cuando se asomó a gritarle al portero algo sobre la falta de uniforme. Con la sorpresa de los terrones, Hermes Casanovaladeó el cuerpo y miró con el rabillo del ojo hacia la relumbrante mañana del domingo. Justo allí donde el color crema del edificio se tocaba con el azulado cielo, Casanova vio “esa cabeza un poco extraña, de un tipo que me echó en el pelamen toda la tierra de una matera.” El médico estaba deslumbrado por la verticalidad del sol. “Pero ese tenía que ser el titiritero”, aseguró.

Una mañana, cuando la certidumbre de su presencia fue total, las señoras del club de jardinería “La ixora”, subieron con una deliciosa y delicada torta de higos que preparó la señora de Lara, para dar la bienvenida al nuevo miembro de “la familia del edificio Brigard”. Cuando la puerta se abrió y

ellas pudieron ver el torso desnudo y flaco, el pelo largo y recogido, los pies descalzos y el gesto rencoroso del hombre que sostenía en sus manos varios títeres, se dieron cuenta de que nada tenían que hacer en presencia de ese orangután sin educación que prácticamente las echó a gritos del pent-house.

Lozano se asombró de la vehemencia de los quejosos, para los que el individuo era una verdadera calamidad de hombre: un infame, loco, vicioso, feo. También dijeron que olía a pobre y que lo peor de él eran sus títeres. Las señoras no los habían observado con detalle en ese momento, pero el recuerdo de los muñecos fue creciendo rebelde en sus memorias. A todas las fue uniendo la alarmante convicción de que estaban muy bien hechos, de que eran “casi reales”.

Los días siguientes no se vieron los títeres ni el titiritero en el edificio, y aunque se les fue olvidando la conmoción de esa mañana, las señoras sentían que desde el silencioso último piso estaba bajando por las escaleras una malévola substancia contaminante de desorden, locura y mal gusto. Por eso al entrar o salir del Brigard todas miraban hacia el pent-house, con el creciente recuerdo de los títeres agobiando sus pechos.

Iriarte y Maldonado –dos viejos con ojitos de curí– iniciaron una cacería: recorrían interiores y escaleras, pasaban las palmas de sus manos por los

bordes de las paredes, examinaban el verdor de los helechos y hacían inspecciones diarias al campo de batalla de su secreta guerra contra el mutuo enemigo, el titiritero loco.

La búsqueda fue incierta hasta el día en que la viuda de Cotapos volvió del entierro de su esposo. De riguroso negro, llevando a su marido en un cofrecito apretado entre su generoso seno y el blanco brazo, María Victoria dejó las cenizas del difunto junto a la puerta mientras buscaba un lugar para ubicarlo. “Pero volví –dijo– y él ya no estaba. ¡Imagínense mi susto!” El susto fue colectivo, porque María Victoria despertó al edificio entero y sufrió quince soponcios en el breve lapso de dos horas. Mientras tanto llegó la policía, el gerente de la funeraria, los hijos del difunto y hasta una médium contratada por la señora Susanita de Merchán. Así que, entre persignadas de los vecinos, todos estuvieron preocupados. La más inquieta fue Susanita, porque la médium les advirtió que en el edificio había “presencias”.

“Presencias o no”, informó Lozano al comisario, “esa noche no apareció el amigo Cotapos... pero apareció a los tres días”. En realidad no había regresado del todo, o más bien, regresó de a poco. Primero lo encontró la doméstica de los Iriarte, luego los sobrinos de Adelita Peñaloza y el último puchito de las cenizas lo hallaron en la casita de un



perro, afuera del edificio. Para los señores Iriarte y Maldonado fue la confirmación del peligro.

La vorágine de la duda no se hizo esperar. En pocos días se multiplicaron los incidentes; el verde de los helechos desapareció bajo un olor sospechoso, las paredes se mancharon de sustancias innombrables y símbolos desconocidos, y pequeñas cosas cambiaron de lugar o se rompieron en quince encogidos días. Fue entonces cuando un indignado Rubén Costa subió a zancadas hasta la puerta del pent-house y la martilló con el puño hasta que le abrieron. Eso contó él, y además dijo: “Puse en su sitio al mequetrefe.” Entonces sí fue cierto que todo cambió.

Desde la mañana siguiente no volvió a suceder nada extraño con las puertas, ni se murieron más perros, ni nada de nada. Excepto que, desde ese día y a todas horas, cualquier persona que pasara por enfrente del Brigard podía ver a un hombre en la terraza del pent-house –de largo pelo recogido en una moña–, asomado de la desnuda cintura hacia arriba mientras manipulaba varios títeres en cada mano.

La última parte de la historia la averiguó el comisario Fandiño por sí mismo. En turbamulta ellos le dijeron que el titiritero loco estaba todo el día asomado a la terraza; que por esta causa la impotencia y la vergüenza fueron los nuevos inquilinos

del edificio. Nadie se atrevió a invitar nuevamente amigos a su casa, para no tener que maldecir o dar explicaciones. El titiritero simplemente estaba allí, en el mismo lugar todos los días, con los ingrátidos muñecos vigilando el mundo desde las alturas.

“Rubén no pudo más, comisario”, dijo uno de los denunciantes, “y volvió a subir.” No se supo de qué hablaron, pero el titiritero había seguido saliendo a la terraza; sólo que desde ese día unos y otros se sorprendieron de que los aplicados movimientos de sus manos se tramitaran en el aire: el titiritero loco movía rápida y felizmente sus dedos, ipero no había ningún títere en ellos!

El doctor Hermes Casanova habló en nombre de los presentes. Le costó decir –excusándose por lo que consideraba impropio de un hombre de ciencia– cómo se fue apoderando la idea de las treinta y seis familias. Para él, la clara punta del ovillo estaba en las palabras de la médium que Susanita Merchán repetía sin descanso en cada reunión del club de jardineras: “presencias”. Aseguró que la señora jugaba con la palabra en la boca como otros viejos juegan con la chapa. “Presencias”, repetía y repetía la vieja. “Presencias...”

Vigilando las “presencias”, sin saber a ciencia cierta qué era eso, doña Susanita se descubrió repitiendo gestos y dudando de cada cosa que acababa de hacer. Revisaba una y otra vez la puerta, miraba

cada diez minutos al techo, se rascaba una pierna a todas horas. En fin, cosas normales que ella consideró salidas de madre. Trataron de convencerla de que no se trataba de nada importante, y fallaron; pero ella sí persuadió a la señora de Lara de estar atenta a las “presencias”. Ahí empezó el efecto dominó.

Por primera vez abrió la boca Margalida de Iriarte para decir: “empezamos a hacer cosas raras, comisario.” Fandiño asintió y cubrió un estornudo con la mano. “No creíamos entonces que eso era posible. Eran cosas raras como las que uno nunca hace. Por ejemplo, yo abracé en el parque a Esther de Goenaga, y eso que tenemos motivos para odiarnos desde que el marido nos robó unas elecciones.”

Así que en forma progresiva todos se estuvieron auscultando los ánimos y se vigilaron implacablemente cualquier signo que confirmara sus temores. Mientras tanto, el titiritero loco seguía agitando sus dedos, indiferente a la vigilancia que le habían montado, con telescopio y todo, Iriarte y Maldonado.

“Usted tiene que ayudarnos”, fue la frase que se empezó a oír en la salita de interrogatorios a medida que le explicaban a Fandiño sus desgracias. La desgracia de ser manejados por el tipo que estaba en la terraza, que los obligaba a hacer esas cosas que ellos no querían. Todos estaban convencidos de que el titiritero loco determinaba, con los impa-

cientes o contenidos movimientos de su mano, el diario destino que vivían.

Algunos pensaron en abandonar el Brigard, pero pronto se dejaron vencer por una fuerza tan o más grande que el miedo: la ambición. Sabían que si abandonaban su apartamento, perdían mil doscientos millones, y peor aún, que al marcharse, lo que fuera su sala, su balcón, su baño, es decir, su hogar, pasaría a las perversas manos del titiritero loco. Ningún pensamiento podía ser peor, ninguna pérdida más humillante. Claro que eso no lo dijeron. El comisario Fandiño lo dedujo.

Ahora, después de la muerte de Rubén Costa, no les quedaba ninguna duda: el titiritero loco lo había hecho saltar desde su ventana porque Rubén era el único que se le había enfrentado.

“Si hay justicia, comisario”, dijo vehementemente el doctor Casanova, “si hay justicia en este país, el titiritero debe ser condenado por homicidio.” Pero a juzgar por lo que sucedió, no la había.

Los atemorizados quejosos llamaban todos los días y el comisario Fandiño los despachaba con una excusa. A las dos semanas tuvo que enfrentarlo y se los dijo: no era posible iniciar una investigación por homicidio sobre esas bases tan improbables. Y ya no tuvo que agregar más; los habitantes del Brigard estuvieron seguros de que el titiritero ya había alcanzado el poder de controlar al comisario,

a pesar de que estaba a más de quince cuadras de distancia. Desde esa tarde sólo les quedó pedirle a Dios, hacer callar a los niños, no encender los televisores, no levantar la voz ni cantar en la ducha en las mañanas, respirar bajito el aire espeso del edificio, tragarse su vergüenza y esperar no llamar la atención del titiritero en los próximos cinco años.

Ese diciembre, como a las cinco y media de la tarde del día 23, mientras la ciudad oscurecía rápidamente entre luces navideñas y afanes, el comisario y su ayudante recorrieron sin pensarlo, en el viejo Renault de Fandiño, las quince cuadras que separaban a la comisaría del edificio Brigard. Pero tomaron conciencia de su viaje cuando se les acercó, con sus dulces y su voz amigdalina, el niño del semáforo. Ambos funcionarios, en un reflejo, dirigieron sus ojos hacia arriba, hacia la desértica semioscuridad del edificio. Y lo vieron. En la azotea, silueteado a contraluz, y agitando sus manos en la poderosa soledad de sus dominios, estaba mirándolos el titiritero loco.

“Comisario, y si era el hijo de la Brigard...” –preguntó un nervioso Lozano, mirando aún al cielo del edificio– “y no había méritos para abrir la investigación...”

Por toda respuesta, el comisario Fandiño lo miró en silencio, impenetrable, con el rostro enrojecido por la luz del semáforo, y cuando el color refleja-

Antología RENATA III

do en su cara cambió a amarillo, el bizco comisario aceleró el Renault a fondo, como si persiguiera algo más allá de las primeras luces de la noche.

## EL FINAL

*Eduardo Torres y Néstor Mejía*

El Banco

Se levantó a las cinco de la mañana a escribir para no perder ni un detalle de la historia. Recordaba puntos y comas de manera perfecta y aunque la trama violenta no era tema de su agrado se dispuso llevarla al papel.

Una duda lo distrajo y la atribuyó al retraso del café de la mañana, así que dejó iniciado el computador y puso a calentar el agua de panela para el instantáneo. Aún recordaba el escándalo del susurro recitándole la historia entre sueños y lo primero que pensó al abrir los ojos fue en la identidad de su autor. Una historia tan perfecta tenía que venir de otro escritor. Pensó en la influencia de Balzac a quien estaba leyendo por esos días. Pero atribuyó la conclusión a su cicatrizada inmodestia y desechó la idea antes de que a alguien se le ocurriese someterla a revisión.

La fascinación hizo que no quisiera pensar en nada más por temor a perder la trama. Decidió evitar más distracciones, deletreó mentalmente el primer párrafo y también mentalmente lo corrigió. Las comas estaban en su lugar, ningún adjetivo impertinente. El lector estaba capturado...

Había tecleado sesenta y cinco veces el computador cuando escuchó tres veces el timbre. “Debe ser el periódico, son las cinco y media”, pensó mientras abandonaba su labor para abrir la puerta. No tardó un segundo en darse cuenta de que el hombre que le apuntaba no era el del periódico y antes de que su garganta emitiera cualquier sonido recibió tres impactos. Antes de llegar al final del túnel lamentó no poder terminar el libro que le daría la capacidad económica para saldar la deuda que lo llevaba a la muerte. En el instante mismo que atravesaba el final del túnel pensó: “Hubiese sido un buen final para mi libro”. Aunque esa trama violenta no fuera de su agrado.

Entonces entendió que el susurro que escucho en su sueño era el ángel de la muerte y no Honoré de Balzac.



# EL LABERINTO DE ÍCARO

*Hilda Lubo Gutiérrez*  
Riohacha

## I

¿Te has dado cuenta Naucrates que Ícaro no ayuda? Sumido en ese infierno no entiende de razones ni de sentimientos. Cómo duele que mi hijo no quiera el apoyo que le ofrezco. El corazón se me desgarrá percibiendo cómo la vida se le va. Las sustancias que prepara con la cizaña que infesta con el hongo erysibe le producen alucinaciones y le alteran las percepciones sensoriales; el pensamiento se le enturbia, el humor le cambia. Cada día que pasa esas sustancias lo alejan más de mí, de la gente que lo quiere, del mundo real.

¿Cuánto tiempo ha pasado, Naucrates, desde el momento en que te fuiste? Qué cosa, no recuerdo. El dolor de tu ausencia me alejó de Ícaro. Quizás la soledad en que sumí mi vida, dió la sensación a mi

hijo de que yo no lo quería. Mi muchacho no contó con un padre cuando más lo necesitaba, tenía lujos, comodidades, palacios y servidumbre, pero no tenía amor ni consuelo. Sufrió más que yo, pero mi egoísmo no me dejó ver su desdicha. Mi sufrimiento fue más importante y no le di valor a lo demás.

¿Te acuerdas, Naucrates, cuándo me decías que Ícaro no tendría una vida fácil? Yo te contestaba que sí. En aquel entonces pensaba que el mundo era diferente, que mi entusiasmo vencería todas las dificultades. Pero tú, esclava desde el momento en que naciste, sabías que hay barreras que no se rompen y que Ícaro cargaría por siempre el estigma de ser el hijo ilegítimo de Dédalo con la esclava Naucrates. Ni siquiera el renombre que obtuve en toda Grecia como arquitecto, pudo evitar que mi hijo sufriera humillaciones por ser un bastardo.

¡Cómo me duele todavía, que no estés aquí conmigo, Naucrates! Siempre extraño tu risa franca y espontánea. Tú le llamabas pan al pan y vino al vino. No necesitaste de educación, el mundo era un espejo para tu alma. Eras dulzura con los pies puestos en la tierra. Conocías el carácter humano y sabías qué esperar de cada persona. ¡Qué diferente sería nuestra vida, si tú no mueres al nacer Ícaro!

## II

Minos, el rey de Creta, llamó a mi padre a su palacio y le encargó la construcción de un gran edificio para que sirva de residencia y a la vez de prisión a su hijastro el Minotauro; el hijo que Pasifae tuvo con un semental vacuno. Ese monstruo tiene la cabeza de toro, el tronco y los brazos son humanos y las extremidades inferiores son de cuadrúpedo y lo más terrorífico es que se alimenta de carne humana, por eso Minos lo quiere encerrar.

Yo lo he visto, muchas veces me ha perseguido; se esconde entre las plantas del jardín, pero no es muy inteligente porque siempre su sombra lo delata. El trata de emboscarme; yo sé que quiere devorarme, por eso tengo que andar con precaución. Una noche casi me alcanza, logré zafarme de milagro, pero terminé con rasguños en los brazos. La verdad es que llegué a pensar que mi vida terminaba cuando sentí su aliento en la cara y alcancé a vislumbrar sus colmillos y la gran lengua que babeaba ante la inminencia del manjar. Me escapé de milagro porque Athan llegó en ese momento y lo golpeó muchas veces para que me soltara.

Mi padre dice que no es cierto, que las imágenes son alucinaciones de mi mente enferma. Que deje la habladuría, que no calunnie más, que voy a ocasionarle un problema terrible con el Rey, si mis

palabras llegan a sus oídos. Pero yo sé que todo es verdad. En mis sueños siempre lo veo inmolando a los humanos que le dan los atenienses para cumplir con la promesa hecha a Minos. He escuchado infinitas veces los gritos de angustia de sus víctimas, he percibido el placer que siente cuando la sangre brota por su boca y la carne atraviesa su garganta.

Le he dicho a mi padre que levante un laberinto. Así el Minotauro no podrá escapar nunca. Será su obra suprema como arquitecto. Sus puertas infinitas estarán abiertas día y noche, para todo el que quiera entrar. Será un lugar sin igual en toda la tierra. La construcción tendrá por techo el cielo, por piso el mundo y contará con infinitos corredores que no tendrán ni principio ni fin. Todas sus partes deben estar repetidas muchas veces, para que cualquier lugar pueda ser otro lugar al mismo tiempo. En él, el Minotauro correrá libremente, sin sentir que es una prisión.

Mi padre me dice que me calle. Se lleva las manos al rostro y mirándome con dolor exclama que tengo que salir de mi infierno, que debo dejar de consumir las sustancias que están acabando con mi vida. Pero, Dédalo desconoce que esa planta es lo que me mantiene en pie. Que es el único vínculo con este mundo. Por ella respiro, sueño y pienso.

### III

¿Estoy preocupado, Naucrates? Ícaro desvaría constantemente. La cizaña ha dañado su mente y ya no razona. Ayer tuve que excusarme con el Rey por sus locuras. Imagínate que le dije a Minos, que el hijo de Pasifae era un Minotauro, porque ella lo había concebido con un toro, por castigo de Poseidón.

¿Puedes creer eso, Naucrates? Anda diciendo que yo no estoy construyendo un palacio, sino un laberinto para encarcelar al Minotauro. Y la gente que no comprende ha transmitido las locuras de mi hijo y me cuentan que en los pueblos vecinos se cree que es cierto. El Minotauro de Ícaro que come carne humana existe y está encerrado en el laberinto.

Imagínate que me ha dicho que Athan lo acompaña siempre. Athan, el esclavo que mandé matar cuando me enteré que fue él quien le enseñó a consumir la cizaña con erylis para evadirse del mundo real. Sí, aquél que ante la tira de cuero que lo asfixiaba me gritó que su venganza estaba consumada. Que me dejaba un hijo acabado que no serviría para nada. Así se vengaba de mí y era por ti, Naucrates. El siempre te había querido y tú hubieses sido su mujer, si yo no me interpongo en el camino.

¿Qué vueltas tiene la vida, Naucrates? Tú, la mujer que más amé y me llenó de felicidad, indirectamente fuiste la causante de los dolores de mi existencia. Con tu muerte primero y después con la venganza de Athan, mi vida se convirtió en dolor.

#### IV

Mi padre terminó hace una semana de construir el Laberinto de Creta. Ese es el nombre que yo le he puesto, aunque él insiste que es el Palacio de Creta. Sé que lo construyó como le pedí. Es un lugar donde resulta imposible escapar. El Minotauro estará prisionero sin saber que es reo.

Yo no sé qué me pasa, pensé que tendría tranquilidad al estar el Minotauro encerrado, pero no ha sido así; todavía me acecha. Siento su presencia en los rincones. Sus ojos ensangrentados me miran y su boca se saborea todo el tiempo. Mi corazón palpita más rápido, siento que el tiempo se acaba. Si no abandonamos la isla, me devorará.

No sé por qué todavía no nos hemos ido, pregunté a Dédalo y me dijo que Minos pidió que fuéramos sus huéspedes unos días más. Yo no confío en el Rey. Sé que no nos dejará marchar. No permitirá que su secreto se sepa. A veces tengo la sospecha de que es cómplice del Minotauro y sólo está esperando el momento preciso para entregarme a

su hijastro y yo no revele cómo se sale del laberinto. Mi padre y yo somos los únicos que sabemos cómo escapar de él.

Dédalo no me quiere creer. Me gritó que dejara las estupideces cuando le dije que éramos los prisioneros del Rey. Dijo que estaba hastiado de mi locura. Que estoy sumido en el infierno y no quiero abandonarlo. Le propuse que mejor me construya un laberinto y me olvide en él. Si eso hubiese hecho cuando yo era un niño, todo sería más fácil ahora.

En mi niñez solía mirar las estrellas todas las noches para pedirle a Naucrates que me llevara. Pero ella tampoco me escuchó y seguí solo, muy solo, hasta que Athan me enseñó cómo infestar la cizaña para ver a mi madre; ese preparado me permite vivir diferente, sin dolor y sentir que ella se encuentra a mi lado todo el tiempo.

Parece que Dédalo no quiere escapar. Quiere quedarse por siempre en esta isla. Pero yo no me voy a quedar. Me iré, así sea solo. Tengo que irme; las sustancias se me están acabando y los dolores son terribles. En las noches despierto sudando y temblando, no sé si por la escasez de ellas o por el Minotauro que ya no me deja tranquilo. No quiero vivir más esta angustia. De una u otra forma debo irme de Creta.

Tengo un plan para escapar. Es una idea fantástica pero no se la diré a Dédalo porque él quiere

quedarse en la isla. Se la comenté a Athan. Es el único que me comprende. Él, mi compañero inseparable vaya a donde vaya, a pesar de que mi padre dice que los muertos no vuelven del más allá. Le dije a Athan que iba a construir unas alas para irme volando. Me dijo que los hombres no pueden volar. Pero las fabricaré y volaré, no en vano Dédalo me enseñó todo lo que aprendió de Atenea.

Athan cree que mi plan es osado. Pero a pesar de eso me está ayudando a construir las alas para escapar. Primero recogimos todas las plumas que encontramos en los acantilados. Después las separamos según el tamaño y por último las estamos atando con hilos de lino para ponerles cera debajo de ellas, con la intención de que queden adheridas firmemente para amarrarlas a mi cuerpo.

Por fin mi obra está lista. Dédalo ni siquiera se ha dado cuenta. Dos enormes alas blancas me esperan para llevarme en un largo viaje, por los cielos de Grecia. Con tiras de cuero, amarraré a mi cuerpo el aparejo y saltaré al infinito desde el acantilado.

Los primeros momentos del vuelo son penosos. Mi cuerpo no encuentra el equilibrio exacto y el viento me estremece. Debo volar a una altura media: ni demasiado bajo, para no hundirme en el mar, ni demasiado alto para que el sol no vaya a quemar mis alas. El viento me ayuda de forma favorable en la difícil empresa. Trato de no deslumbrarme por la belleza del firmamento ni con la música de los



pájaros, pero es difícil, la sensación de libertad es placentera y dejó que el viento me lleve.

De repente el paisaje se transforma, el suave viento se convierte en borrasca que me eleva. Miro mis alas y observo que los rayos ardientes del sol, han comenzado a ablandar la cera con que he pegado las plumas. Siento tras de mí una presencia, volteo la mirada y lo veo. ¡Oh, dioses del Olimpo, ya no podré escapar! Es tarde, las alas se derriten y él me está alcanzando. Lo intenté Athan, tú me diste ánimo, pero ya es tarde. Las alas se deshacen y el mar es un punto que me llama.

## V

¿Naucrates, amada mía, tú sabes que quise salvarlo? Cuando me avisaron que Ícaro corría hacia el acantilado dando gritos de alegría con unas plumas amarradas a la espalda, corrí inmediatamente a impedir su locura. Por mucho que lo intenté no pude rescatarlo del infierno creado por su adicción.

Ahora al pie del acantilado no veo su cuerpo. En la mansa superficie de las aguas, sólo se aprecian restos de plumas blancas flotando perdidas, tan perdidas como el sueño de vivir la libertad que Ícaro siempre quiso, no obstante vivir atrapado en el infierno de las drogas.

## ETERNO SILENCIO

*Diógenes Díaz Carabalí*  
Popayán

*Para Horacio Benavides*

A mi padre le daba por permanecer callado durante mucho tiempo. No había acontecimiento, aunque extraordinario, capaz de hacerlo salir de su mutismo. Se sumía en un silencio tranquilo, que no parecía tener significado; sin embargo, enseñaba que hacía parte del todo, como para dejar espacio a las cosas y los animales.

Uno de sus prolongados silencios ocurrió cuando lo acompañé en una diligencia a un pueblo cercano. Como no había paso para vehículos teníamos que trasladarnos a lomo de caballo: recorreríamos terrenos planos, después montañas, el día entero sobre las alturas de los Andes. Si salíamos a las cinco de la mañana podríamos arribar a Santa Marta a eso de las seis de la tarde.

Era un viernes con mañana fresca; la brisa, presente en otras ocasiones, ahora no estaba. Cerca de

nuestra casa escuchábamos el sonido lívido de una fuente; había un lucero grande, titilante, en la cumbre del cielo; y en el horizonte se notaban los resplandores de una aurora vertiginosa: comenzaba a clarear. Sobre la cabeza de la silla él acomodó un morral que le entregó mi madre con las provisiones: el avío y algo de ropa. Y sobre el anca, un par de ruanas, aunque confiaba que no llovería.

Partimos, y, mi madre, por la Petromaz de gasolina, se quedó proyectando una sombra larga. Batía su mano en señal de despedida. Grillos bulliciosos, ranas silbonas, y el esporádico canto de los gallos animaron la madrugada. Pronto el sol comenzó a esparcir su presencia, inició por las altas cordilleras, y a las seis estaba el día totalmente claro, el tibio nos hizo despojar de los buzos y las bufandas de lana cruda. A esa hora estábamos lejos de nuestra casa y, aunque mi padre hubiese pensado regresar, la distancia nos obligaba a continuar el camino.

Ascendimos la primera cuesta para tomar un altiplano estéril: una meseta de promontorios y hondonadas; el sendero al fondo se estiraba como una serpiente infinita; en la distancia nuestras huellas acaso se dejaban notar como delgadas costras sobre los montículos. Por ellas transitamos al menos hasta cuando el sol se puso justo encima de nuestras cabezas y esparció con fuerza su brillo picante, propio de las tierras altas. Entonces vi surgir arbustos bajos

de arrayanes, mayos cansados y escobones maculados entre los matojos de la paja amarga. Yo, como mi padre, quitaba el sudor de la frente con el envés de la mano. Manadas de loros escoberos, chilcas y azulejos animaron la mañana, pero desaparecieron cuando el astro se hizo más intenso.

A mediodía nos encontramos con una fuente tranquila de aguas blancas. Mi padre descabalgó en su orilla, puso la rienda sobre la cabeza de la silla, yo remedé sus gestos, luego él descolgó el morral del avío, y mientras los caballos se alejaban hambrientos, comenzó a caminar bajo un tupido roble-dal que protegía el arroyo.

Al lado de uno de los pozos mi padre acomodó el avío envuelto en hojas, lo abrió, y vi aparecer unas grandes presas de gallina, succulentos trozos de yuca y el arroz apetitoso. Él agarró un pernil completo y avaro lo mordisqueaba, mientras yo también tomé la parte de mi apetencia: una rabadilla grasienta y olorosa.

Después de una breve siesta sobre el colchón de hojas secas de los robles, mi padre fue a buscar los caballos. Con un silbido hizo que se detuvieran en mitad de la sabana, allí mismo los montamos. Más adelante descendimos a un río de aguas oscuras, de correntía poco bulliciosa entre rocas negras, algunas cubiertas de una lama verde. Por el vado se podían ver las truchas gigantescas que escaparon

al percibir la presencia de los caballos. El agua nos obligó a levantar las piernas de los estribos, ya en la orilla opuesta las bestias sacudieron de sus monturas el agua y el barro con nosotros encima. No trotaban. En los descensos avanzaban con parsimonia, por un sendero barrialoso y lleno de pequeñas escalas, donde hacían esfuerzo por no botarnos.

Después de ascender y descender montañas, un filo nos dejó ver las primeras casas. Rayaban las cinco de la tarde, el sol oblicuo irrumpía de frente nuestra visión; toda la esfera sobre nuestras cabezas estaba despejada; ni una sola nube, ni una sola rugosidad en el horizonte.

Mi padre pareció mirar un lugar fijo en la montaña, mientras yo me extasiaba con los cuatro puntos cardinales, desorientado de la procedencia tomada en la mañana. La cordillera tenía un murmullo propio, un pasilloso vaivén que mecía la atmósfera, el viento susurraba al compás de la algarabía de los pájaros. Vi de nuevo todo el horizonte con el capricho de la inmensidad, a una edad que no pude reconocer.

Fiel al silencio mi padre bajó de su silla y se tumbó en la hierba. Permanecí montado mientras mi caballo se agitaba, un humo blanco expelía por sus narices, dejamos que transcurriera lo que faltaba de la tarde. El sol refulgía con sus restos, un poco antes de estrellarse contra la cordillera. Al otro lado

la luna columpiaba su esfera y palpitaba como el corazón del cielo. Entonces avisté los primeros luceros.

Fue justa la presencia de las sombras para que mi padre tomara el caballo de las bridas; comenzó a caminar a pie sin importarle el fango. En las primeras casas, con ladridos roncacos, un perro vino a nuestro encuentro. Mi padre no hizo caso; pasó de largo y se detuvo donde un vecino que permanecía sentado en el quicio de la puerta, éste cortaba el relente con el ala del sombrero.

–¿Dónde vive don Crisóstomo Volverás? –preguntó mi padre.

–Vivía, allá en la casa del balcón que está a la salida –respondió el hombre.

## NCOME

*Mauricio Romero*  
Ibagué

El hombre blanco comprendió por qué los nativos decían que el río era de sangre.

–La sangre del Ncome no es tan solo la que derramaron nuestras naciones hace cinco *años*, *Boer*, –dijo el viejo negro adivinando sus pensamientos; el blanco no se sorprendió, creció en el Transvaal Surafricano, conocía los trucos baratos de esa gente, salvajes que amenazaban con su ignorancia el mundo construido por sus antepasados, hordas de holandeses fugitivos que encontraron el paraíso bíblico en ese rincón de mundo. El negro, sin esperar respuesta siguió hablando:

–Hace mucho, cuando las cosas no tenían nombre, antes de los Bantúes y los Bushman, el Highveld fue la tierra de los Primeros, una sola y eterna planicie. El río Ncome no fluía, y allí estaban las cuevas donde esperaban su hora los Durmientes, los que vendrían después.

El negro empezó a organizar la leña. El Boer siguió mirando el atardecer, nunca se cansaba de verlo, a esa hora era como si por un instante nada fuera de verdad. La brisa del valle daba en su cara refrescando las heridas, estaba listo para morir.

–¿No se supone que me debes llevar ante un consejo?

El negro empezó a frotar dos pedernales, las chispas saltaban sobre los arbustos biches, apilados.

–Ustedes no dejaron pueblo, ni hombres o niños, menos ancianos suficientes para hacer un pequeño consejo. Solo quedé yo

–Es venganza. Es justo.

–No. La venganza no es justa. Esto no es venganza, es justicia–. El Boer rió.

El fuego se encendió. El frío de la noche calmó un poco el dolor del golpeado cuerpo del blanco y le recordó al negro lo viejo que era. Con uno de los pedernales empezó a afilar la punta de su lanza.

–Los Primeros temían a las tinieblas porque en la noche venían los Visitantes de Luz. Cuando los Primeros los vieron creyeron que era el consuelo que el Sol les enviaba en esas horas en que se sentían solos en el mundo. Pero los Visitantes odiaban lo que el Padre había creado y los atormentaban, mataban y devoraban. Los Primeros soportaron, y cada amanecer agradecían estar vivos. Durante generaciones los Visitantes violaron a varias hembras y ellas murieron al no poder completar el ciclo de



gestación. Entre los Primeros había uno pequeño, débil y miedoso, quien una noche se escondió en las Cavernas Prohibidas. Allí escuchó los susurros, descifró las sombras, halló a los Durmientes y no sintió miedo. Al amanecer, al emerger de las perpetuas sombras, los suyos lo ataron y torturaron, él comprendió que por primera vez en el mundo se hacía un juicio y se dictaba la condena al primer gran delito: ser diferente. Porque el joven descubrió, mientras su cuerpo era despedazado, esas diferencias que a su gente alarmaba, los odió por no ser acogido, y los despreció por ser débiles e insignificantes; entendió lo que sentían los Visitantes cuando miraban con asco a los suyos.

El negro detuvo su relato mientras examinaba la lanza y por primera vez miró a los ojos a su prisionero, quien por fin le prestaba atención interesado en la historia, aunque su orgullo no le permitiría jamás decírselo al anciano.

–Te puedo matar ahora y nunca conocerás el final.

El otro puso una mueca en su rostro, y se concentró en el fuego, el negro se levantó y miró hacia donde el sol se había ocultado, escuchó el rumor del Ncome:

–Debería estar contando esta historia a los hijos de mis hijos, al lado de un fuego como este.

A lo lejos se escuchó el rugido del león y las manadas agitadas, presintiendo la devastación de la

tormenta que se acercaba, un anciano decidió terminar de contar una historia que nunca más sería escuchada:

–El muchacho sería lapidado y cada roca contendría la frustración de los que nunca fueron su gente. Los aborreció, bramó de dolor y los otros con las rocas en sus manos dudaron, pues en sus ojos vieron el reflejo de los Visitantes. Intentaron retroceder pero era tarde; el mestizo no tuvo compasión, los mató hasta darse cuenta de que sus manos nunca más estarían manchadas con la sangre de los Primeros y que estos jamás volverían a caminar en el mundo. Ya no era diferente, era Único. La sangre inundó la planicie, y al mediodía cuando la cacería culminó, el Sol se escondió.

Entonces el Único vio surgir en la falsa noche un resplandor y en él descubrió el poder; *Eso* era semejante a los Visitantes, pero sus destellos imponían respeto y no miedo; grandeza y no arrogancia. Y *Eso* se comunicó con él y entendió las palabras: “Has juzgado a los que una vez creíste los tuyos. Pero quedan los otros, los que nunca considerarás tu raza. ¿Cómo los juzgaras?, pues llegará el momento en que los Durmientes verán el amanecer y los Profanadores para entonces deberán ser reconocidos”. El Único aceptó y *Eso* le cortó la cabeza con una de sus luminosas extensiones y con cuidado la transportó al otro lado de las tinieblas.

Allí, en la falsa oscuridad del día, los pudo ver y los reconoció y les dio nombres, los primeros en darse a cosa alguna en la tierra. Desfilaron los acusados ante el juicio de la cabeza: “El de los crueles martirios”, “El de látigos envenenados”, “El corruptor de carnes”, “El de pérfida apariencia”, “El oscuro”, “El perpetrador”. Profanadores cuyos nombres el tiempo ha hecho olvidar pero que la cabeza no olvidó señalar. Furioso, prometió solo odio y traición de los Durmientes y condenó a los Profanadores a revelar sus falsos destellos en la falsa oscuridad. Terminado el juicio, los Profanadores huyeron, pues los agobiaba la cercanía de sus iguales, casi todos lanzaron amenazas y maldiciones, otros, resignados, callaron, pero hubo algunos que lloraron y para siempre estarían tristes.

La cabeza volvió a escuchar la voz de *Eso*: “Sabes que debes ser nuevamente juzgado, ¿Pero cómo juzgar al Único?”. La cabeza fue restituida a su cuerpo. El Sol brilló nuevamente, pero él ya no vería su acusadora luz, su ceguera le ayudaría a no sentir culpa por la sangre que cubría el mundo. Tendría que andar mil veces sobre sus pasos esperando por alguien que fuera capaz de juzgarlo, conoció su nombre y marca “Camino, el que juzga y espera”.

El blanco encontró la historia sencilla, era hermosa pero sin propósito, al momento la olvidó y en cambio imaginó el golpe de la lanza, “¿Dónde

sería la herida mortal?”, el viejo era diestro, no sufriría mucho, siguió pensando, recordó la sonrisa de sus niños persiguiendo las ovejas de su granja en Orange, su mujer esperándolo en la puerta para ver juntos el atardecer, extrañaría la vida, su vida, esa tierra real salida de un sueño de su Dios protestante, esa vida antes de enrolarse en la misión divina, en la marcha de los Boers al sur. El negro atrapó esos pensamientos y recordó su vida que ya no sería, muriendo de viejo en su aldea, respetado, transmitiendo el conocimiento a través de la fuerza de las palabras, como lo habían hecho su padre y su abuelo y los ancestros desde que el primer Durmiente despertó:

–Así nació el Ncome, el río de sangre, cuando la sangre de los Primeros se abrió paso hasta el océano y el valle se formó. Verás un último amanecer, tu sangre se unirá a la sangre que tú has derramado, y a toda la que nutre el caudal, para que nunca se seque y dé vida a las dos orillas. Yo moriré pronto, tal vez antes de la próxima tormenta, y entonces, algún día, Camino nos juzgará y con tristeza nos dirá que ni tus actos ni los míos tuvieron nunca nada que ver con la justicia.

## NO LLORES POR MÍ ARGENTINA

*Jorge Omar Hurtado Ruiz*  
Villavicencio

Llegué directo a la biblioteca, y alfabéticamente lo encontré en la parte más alta, acomodado a la derecha del general Edelmiro Julián Farrell predecesor en la presidencia de Argentina de su ministro de Guerra Juan Domingo Perón, y a la izquierda del destacado artista del tango Edmundo Rivero quien en el 47 grabó, en los estudios de la Víctor, “Yira–Yira”, con el maestro Aníbal Troilo.

Lo desempolvé con una bayetilla, y como hago con todos los libros antes de leerlos, acaricié una a una sus hojas. Luego lo dejé sobre el escritorio dónde sólo permanece un libro: el que leo. De aquí no se moverá hasta que lo termine, le dije, como si pudiera entenderme.

Pero un hecho ineludible que me alejó de la casa aplazó el comienzo de su lectura hasta la noche siguiente. Terminé el primer capítulo que repetí

enseguida, pero cuando pensé continuar con el segundo, advertí que ya era tarde y al día siguiente debía estar temprano en la oficina por un trabajo que aún no había comenzado.

Después de escribir un extenso informe que me dejó agotado, puse el libro sobre la mesita de noche muy cerca de la almohada. De nuevo, acostado, vencí la tentación de comenzar el segundo capítulo.

Al despertar alargué el brazo para coger el libro pero la mano pasó de largo sobre la superficie plana de la mesita de noche. Me incorporé con rapidez mientras encendía la lámpara y observé que había desaparecido. Sin poder creerlo, comencé su búsqueda tirando ruidosamente las cosas de un lado a otro, hasta que mi mujer, que desde hace mucho tiempo se trasladó al cuarto siguiente porque no pudo aguantar mi recurrente insomnio, gritó: “¿Qué ¿ahora tengo que irme a vivir al edificio de al lado?”

Proseguí la búsqueda hurgando minuciosamente roperos y anaqueles con resultados negativos. Varias veces repetí la operación antes de la entrada al baño. Desganado seguí al comedor a tomar el desayuno cuando otra vez la voz de mi mujer que tendía la cama, interpelló con sorna: “¿Ahora el señor se inventó una forma de leer durmiendo? ¿Qué hace este libro debajo de la almohada?”. Los cogí a besos a ella y al libro y me puse a cantar el Himno de

la Alegría que me acababa de inventar. Burlándose continuó, “¿se te aumentó la locura?”. Sí, mi amor, y abrazándola, con el libro cogido a dos manos por detrás de su espalda la besé de nuevo.

Tenía que salir para la oficina, ¿qué hacer con el libro?! Mentalmente empecé a situarlo: ¿encima del escritorio? No, alguien lo puede mover. ¿En la gaveta? Mejor no. ¿En su lugar de clasificación en la biblioteca? No es conveniente un nuevo aplazamiento de lectura, justifiqué. ¿En dónde entonces? Ya sé: debajo del colchón, en la gaveta de las medias, encima del televisor, detrás del reloj de péndulo, lo llevo a la oficina...siento mareo, me despido: adiós amorcito que llego tarde.

¡Llegué tarde! Me esperaban en la sala de juntas para escuchar mi exposición, después de la cual continuamos reunidos hasta el atardecer. En los breves descansos hice lo que nunca había hecho. Llamar a mi mujer. Hola que tal, le decía y no se me ocurría algo más. Imaginaba su cara de asombro. Pero su cuestionamiento burlesco de “¿se te olvidó algo?” me creaba incertidumbre. ¿De qué? No sabía.

Con angustia llegué por la noche a la casa a buscar el libro. No estaba en ninguno de los sitios donde presumiblemente lo había dejado. Se lo pregunté a mi mujer. “¿Cual libro?”, me respondió, pues el libro, repliqué, no hay sino un libro, “estás equivocado, en esta casa existen más de tres mil libros

que me tienen hasta la coronilla”, dijo exasperada pasándose el dedo índice por la frente, “en lo que se gasta todo el sueldo”, gritó ahogándose en el resuello.

Quedé sin ánimo de recordarle e inquirirle por el libro que había encontrado debajo de la almohada. Sabía lo que me respondería, “¿acaso no te lo entregué?”. No entendía lo que había sucedido. “El libro no pudo volverse etéreo, ni ser sustraído, porque nadie estuvo en la casa durante tu ausencia”, aseguró mi mujer. Así que mentalmente comencé a repasar lo que había leído; la suerte final y caracterización del personaje principal, la iniciación hermosa de la historia, la personalidad de dos de los personajes secundarios y el anuncio de las intrigas que aflorarían en la novela. Pero lo que realmente me arrobaba era la forma como estaba escrita.

Me encerré en la biblioteca y a volumen moderado, para levantar el ánimo, me puse a escuchar el Concierto N° 20 en re menor para pianoforte y orquesta de Mozart, K 466. Antes de concluir el rondó final, golpes en la puerta, y una voz dulce, me sacaron del ensimismamiento, “¿Amor, puedo seguir?”. Claro mi vida, y entró con el más bello de sus rostros y un brazo escondido tras la espalda, adivina, y con un pase rápido de taumaturgia exhibió el libro, donde est... balbucí lívido, sin poder terminar la palabra, “estaba (me ayudó a concluir) donde lo dejaste, en la mesa del comedor”.



Esa noche, después de leer tres veces los dos capítulos siguientes, me acosté con él entre los brazos. Tardé en dormirme pensando graciosamente que al hacerlo podía alzar el vuelo. Al levantarme no lo encontré dentro de la cama. Tuve que retener un grito para no despertar a mi esposa. Con cuidado retiré la sábana, la sobre sábana y la cubierta del colchón con resultados negativos. Sudaba a chorros, y cuando me disponía a secarme el rostro con la camisa del pijama, se escurrió la gafa al piso. Me agaché para recogerla y en lugar de los anteojos tropecé las manos con el libro. Qué te pasa, por qué huyes, le reproché quedo.

Lo llevé al baño, luego al cuarto mientras me vestía y por último al comedor. Lo envolví en una bolsa de plástico y prensado con la correa, adherido a la espalda debajo de la camisa marché a la oficina.

Después del almuerzo estuve en el baño, y cuando regresé a mi escritorio encontré una cita para asistir a una reunión que se volvió interminable cuando noté que el libro no estaba en su lugar. Seguí las diferentes intervenciones pero sin escuchar lo que decían.

En la puerta, a la hora de salida, observé a los doce compañeros pero ninguno llevaba lo que buscaba. Pasó el jefe con un portafolio en la mano que no me preocupó porque sabía que él tenía baño privado. Ya me retiraba cuando apareció la aseado-

ra muy contenta con un libro en la mano. Se lo rapé y en su lugar le puse un billete que miró con mayor satisfacción. Le encimé un beso en la frente.

Por la noche leí dos nuevos capítulos dos veces, pero al día siguiente el libro había desaparecido. Todos los días lo encontraba al llegar de la oficina después de una intensa búsqueda que algunas veces duró hasta el amanecer, pero al menor descuido el libro desaparecía. Yo lo encontraba y él se escondía. En esa forma su lectura era larga, tortuosa, interminable. Nunca se sabía dónde iba a aparecer. Un viernes, cansado, después de una semana agotadora de trabajo, llegué como todos los días a buscar el libro. Luego de una pesquisa infructuosa de dos horas, mi mujer, al ver mi estado de ánimo decidió compensarme con un whisky. Al buscar el hielo, encontró el libro entre las cubetas del refrigerador. Cuando me lo entregó, observé en la carátula que esa mujer, frágil, se desmoronaba de frío. En ese instante tomé una decisión. Le manifesté a mi mujer que, por ahora, no volvería a recibir amigos en la casa porque algunos se llevaban los libros y no los devolvían. Estuvo de acuerdo pero me recomendó visitar al médico. No le dije nada, pues entendí que se refería a Rafael, mi amigo psiquiatra.

Comencé a visitar la librería dos veces por semana. Sus empleados, con los que simpatizaba, exhibían las novedades con recomendaciones mu-

chas veces no atinadas. Yo, por fortuna, casi nunca las atendía. De todas maneras siempre salía con un paquete para la casa. En algunas ocasiones me encontré con los mismos clientes que se quedaban mirando mi paquete con ojos incrédulos. “Es un revendedor” alcancé a escuchar que le decía uno de ellos a su pareja.

Una tarde, terminada la jornada laboral, cuando me aprestaba a iniciar el ritual nocturno de búsqueda, me sorprendió encontrarlo en la biblioteca encima del escritorio. Me pareció ver sonreír a la santa de la carátula. Antes de irme a la cama leí un buen rato y como un voto de confianza lo dejé en el mismo lugar. A la mañana siguiente comprobé que no se había movido del sitio. Por la noche seguía allí, pero también estaba en el comedor y en la mesita de noche. Me pareció extraña la situación pero lo tomé con calma y sin expresar signos de alarma. Al levantarme había uno más en el baño de mi alcoba, y otros, en el de emergencia y en el del cuarto de huéspedes.

Salí de la casa antes de que se levantara mi mujer. Estuve tranquilo todo el día dedicado eficientemente a las labores de la oficina. Compartí a la hora del almuerzo con los compañeros de trabajo degustando luego un té verde en la cafetería vecina. Al regreso a casa encontré dos libros en la cocina, uno en el patio de ropas, dos en la sala de visitas

y tres en la de estar. En la mesa del comedor, había seis, uno frente a cada puesto. De pronto, con los brazos en cruz, imitando a la virgen de la portada, pero con tres libros en cada mano en lugar de espada y flores silvestres, irradiando fuego por los ojos, apareció Eme Luz (verdadero nombre de mi mujer), “¿qué hacen estas cosas en mi alcoba?!” , tronó, “dije, ¿qué hacen estas cosas en mi baño, mi ropero, mi tocador y mi cama?!, idímelo ya!” , el volcán hizo erupción.

No dije nada pero volvió a sentirse aún más fuerte el terremoto, “prefería mil veces la locura de tu búsqueda frenética, desquiciada, a esta inundación sin sentido!, ¡a este despilfarro ocioso!, ¡o te los llevas en cinco minutos, o yo soy la que se va!” Desapareció de la estancia como apareció, y yo, sin saber cómo, en menos de cinco minutos los desaparecí a todos.

Ahora, sedado e inmovilizado, mientras mi mujer conversa con el siquiatra en su consultorio, acabo de observar los anaqueles de la biblioteca repletos con mi libro, y uno apretado entre sus manos porque al parecer tiene miedo de que se le esconda.

Al fondo, en el patio de los locos, se escucha en la radio la bella voz de Madonna cantando *D'ont cry for me Argentina*.

## BRIGIDIT

*Tara Newball*  
Providencia

Miraba fijamente la pared con sus ojos grandes y azules; su rostro mantenía una expresión de miedo.

Acostada en su cama sola y sin poder dormir, María escuchaba un ruido que venía fuera del cuarto, que se hacía cada vez más fuerte amén del vaivén del viento.

Muerta de miedo, María pensó que era Brigidit que venía por haber sido desobediente durante el día. Brigidit era un monstruo feo, de cuatro ojos, cinco manos, tres bocas y su estómago no tenía forma por lo grande que era, además, tenía fama de llevarse a los niños que se portaban mal.

María saltó de un brinco de la cama y salió corriendo al cuarto de sus padres, tocaba desesperadamente la puerta y gritaba: “papá, papá, abre rápido la puerta, Brigidit me va a llevar”

Diego y Esther asustados por los gritos de su hija abrieron la puerta; con palabras entrecortadas María contó a su madre lo que pasaba. Esther empezó a consolarla mientras que Diego fue a ver lo que pasaba en el cuarto de María. Escuchó el ruido que tanto inquietaba a su hija, busco para ver de dónde venía y se dio cuenta que era de fuera del cuarto.

Salió de la casa y encontró que el horrible y monstruoso ruido era tan sólo un tubo de P.V.C. abierto en la pared que con el paso del viento producía aquel tenebroso sonido.

**III**  
**Del país**





## PRESENTACIÓN

*Nahum Montt*

Los textos que conforman la tercera antología nacional de RENATA han recorrido un largo camino. Desde el momento en que sus autores descubrieron la posibilidad de escribir a partir de un comentario, una anécdota escuchada al azar, una noticia, una imagen o una simple evocación terca y recurrente; hasta la publicación de este libro habrá transcurrido pocas semanas o muchos años. Es probable que estos autores dedicaran mucho tiempo intentando pulir sus relatos, limpiándolos de errores de sintaxis, puntuación y ortografía, eliminando lugares comunes o clisés, cacofonías; pero también haciendo énfasis en algunas imágenes o atmósferas, en diálogos que fueran más contundentes, en los gestos de sus personajes; en fin, sólo después de este proceso de corrección privada más parecido a un safari solitario por el lenguaje, estos relatos se

hicieron públicos en los contextos de los talleres de escritura creativa que conforman RENATA.

Y es allí, en el espacio de estos talleres donde cada autor se enfrenta y supera la trampa de Narciso al contemplarse en su espejo de tinta y exclamar: “Oh, qué bello texto acabo de escribir.” La importancia de estos espacios se hace evidente cuando intentamos obtener una lectura crítica de lo que escribimos. Pues ya sabemos lo que ocurre con nuestros amigos o seres cercanos, que tienen minado el sentido neutral y son poco imparciales, mientras que otros no son más que unos sádicos con buen corazón. Cuando el escritor en formación hace público su texto en su pequeño círculo de amigos y familiares, las respuestas obvias que obtendrá oscilarán entre dos adjetivos. Si les gusta el texto, esos seres alados que los rodean lo despacharán con un sincero: “Chévere”. Y cuando se les pregunta por algo más, añadirán: “Bacano o bacanísimo”. En cambio, si este círculo alado de familiares y amigos no entiende el texto –sea cuento, crónica, poesía–, estos lectores pondrán cara de desconcierto y exclamarán de manera afectuosa: “Ese texto es como filosófico, ¿no lo crees?”, donde lo filosófico se traduce como algo incomprensible, elevado, tan abstracto, que sabrá Platón lo que quiso decir.

Compartir los textos en un taller de escritura creativa no es someterlo a un escarnio público ni poner al autor frente a un pelotón de fusilamiento.

Los talleres brindan un principio de realidad invaluable para alguien que escribe; ser leído por otros que como él se encuentran en el mismo camino, le permite al autor romper el encantamiento narcisista y descubrir que el placer solitario de escribir esconde también una profunda voluntad de comunicar, de crear un efecto, una emoción o una diversidad de sentimientos.

Los talleres de escritura creativa permiten encontrar lectores valiosos que, dentro de los límites de la cordialidad y el respeto, hacen visible unos rostros y unas voces que nos dicen si dichos efectos, mensajes y sentimientos se lograron transmitir. Esta antología es la materialización de este proceso de lecturas y reescrituras, con la valiosa participación de los integrantes y directores de los talleres y el editor, Julio Paredes. También es un nuevo intento por romper los aislamientos de esos círculos de amor puro en que se han convertido las regiones de nuestro país.

## GONZÁLEZ

*Albeiro Álvarez*  
Cali

Lo primero que vio González cuando abrió los ojos fue la foto. La memoria lo guió hasta la noche anterior. Llegó cansado. No había tenido un buen día. Su mujer se le había llevado hasta el perro. Alguna vez pensó que tal vez era lo más difícil de perdonar. Tenía una sensación de soledad y aburrimiento que empezaba a quedarle a la medida. Los zapatos le apretaban.

Cuando salió recordó que había dejado la foto parada sobre el nochero junto a la cama. Solía dejarla acostada de tal manera, que sólo se podía ver una etiqueta con el nombre del almacén donde compró el marco. A veces llegaba queriéndola ver. Dependía de su estado de ánimo. Si la extrañaba más y con menos amargura, la miraba; pero si la extrañaba más y con el resentimiento avivando el rencor, evitaba hacerlo.

Volvió a mirar los documentos. Todo estaba claro. Era un caso resuelto. Esta vez la impunidad sería derrotada. Tuvo plena conciencia de lo mal que pasó la noche anterior y en la duermevela de la madrugada no supo si los disparos que escuchó fueron parte de un sueño o si fueron reales, tanto como el ladrar de los perros. Le dolían los pies y el sabor amargo que se instaló en su boca desde temprano persistía con molestias de una resaca sin sentido. La noche anterior no se tomó ni un sólo trago.

La oficina era pequeña, igual que las otras que se alineaban a través de un pasillo por el que transitaban gentes presurosas que aparecían y desaparecían por cualquier puerta. Un escritorio con una máquina antigua; dos sillones con espaldar apuñalado por el uso y los años, grietas de bordes precisos en un cuero reseco; una cafetera fuera de uso a la que no se le había hecho su defunción, abandonada sobre una mesa pequeña y polvorienta con manchas de café reseco; un archivador con su boca a medio abrir vomitando carpetas amarillas. Nada más.

Alejandro Rodríguez tenía 19 años. Para evitar confusiones le decían Júnior. La primera idea que tuvo su padre, al verlo saludable y rosado, moviendo frenéticamente pies y manos, balbuceando con lo que consideró su acento, fue ponerle su mismo nombre. Ejercía su vida de estudiante sin mucha vocación pero su vida social era muy activa. En bus-

ca del dinero se internó por laberintos oscuros y azarosos

–Siéntese allá –dijo el teniente González, con cara de pocos amigos, mientras revolvía papeles y señalaba el sillón en una de las esquinas del cuarto.

–¿Por qué lo hicieron?

–Nosotros no hemos hecho nada –respondió Alejandro. Se recostó en el sillón, entrelazó las manos, las llevó atrás de la cabeza y sacó pecho.

–Varias personas los vieron.

–¿Dónde?

–En el lugar de los hechos.

–No éramos nosotros.

–Aquí están las pruebas, y una de ellas es contundente.

–No hemos hecho nada. No éramos nosotros.

–Si lo reconoce le va mejor.

–No voy a reconocer algo que no he hecho.

–¿Ella estaba con usted? –preguntó mientras dirigía la mirada hacia la mujer. Era hermosa. Estaba sentada en la silla, preocupada. Se miraba las uñas y bostezaba.

–Sí, pero ella no tiene nada que ver.

–Y no dice que usted tampoco. Que no estaban ahí.

–No tenemos nada que ver, quise decir.

–¿Dónde vive? –preguntó.

–En el sur.

–El sur es muchas cosas. ¿Quién es su papá?

–Alejandro Rodríguez –respondió. Nombrar a su padre le dio firmeza y reciedumbre a su voz.

–¿El diputado?

–Sí señor, el diputado.

–Lo conozco, ya hemos hablado –dijo González. La seguridad de segundos antes estalló como una pompa de jabón y dejó un reguero minúsculo de desaliento.

–Ah, pues qué bueno. Lo quiero llamar. Tengo derecho a llamar.

–Ahora lo llama.

–Ahora no, quiero llamarlo ya. Devuelva mi celular.

González tenía ojeras. Otra vez no sería un buen día. Dijo mierda, muy quedo, lo miró hablar por teléfono, miró por la ventana polvorienta que desfiguraba el paisaje, el contorno de los edificios, sus aristas vagas, y mostraba una ciudad afantasmada. Ya sabía en que terminaría el asunto. Estaba dando vueltas alrededor de situaciones que parecían repetirse, y él en medio, humillado. La imagen de los recibos de los servicios públicos sobre la mesa del teléfono cruzó por su cabeza. Los había dejado acumular y el color casi rojo del último le indicaba que no podía postergar el asunto.

–Quiere hablar con usted. Tenga –le pasó el teléfono, displicente.

Después de hablar con el diputado, González les dijo que se podían ir.

–Pero usted dijo que tenía pruebas –preguntó Alejandro.

–Ya no. Se perdieron.

–¿No es el video que está sobre la mesa?

–¿Esto? No. Esto es otra cosa.

–Entonces nos vamos.

–Sí, se pueden ir. Sólo una pregunta más ¿Vieron al muerto?

–Ya le dije que no estuvimos ahí.

González sentía los pies comprimidos. Otra vez se sentía humillado. Se concentró en sus dedos aprisionados para no pensar.

No se despidieron. No dijeron nada. En la calle lloviznaba.

–¿Qué pasó? –preguntó ella.

–Nada, no pasó nada. No va a pasar nada –respondió Alejandro.

Salieron de clases y fueron a la cafetería.

–Tesoro, cómo va lo de mañana –preguntó Irene.

–Bien, bebé –respondió Alejandro, mientras revisaba sus notas.

–¿Está fácil, cierto?

–Cierto –respondió Alejandro.

Irene, a sus 19 años, era una de las más hermosas de la universidad. Arrancaba suspiros por don-



de pasaba. Alejandro decía que sólo le gustaban las mujeres con clase. Era ideal y tan popular como él. Juntos iban a jugar tenis, al gimnasio, pero ella, por su parte, practicaba tiro en el club del que su abuelo, militar retirado, era socio.

Al día siguiente pasó por ella. Fueron hasta el lugar convenido y esperaron. Cuando llegó el otro tipo, todo estuvo bien hasta que empezó una discusión. Irene sacó el revólver de la guantera y disparó. Salieron. Todo estaba bien. Se quedaron con la mercancía y con el dinero. Celebraron en el bar y luego fueron al mirador. Llevaron algunas cervezas.

Hablaron de negocios, se dijeron mutuamente que se querían, hicieron planes. Todo normal hasta que Irene preguntó por el papá de Alejandro.

—¿Qué pasa con él?

—¿Tú crees que está metido en esos líos de ahora?

—Mi papá no tiene ningún problema.

—Es un político. Casi todos son corruptos o se han vendido.

—Él no. Es como si yo te dijera que en tu familia hay asesinos porque tienes parientes en el ejército. O te recordara lo que hiciste en el parqueadero.

—Tenía que hacerlo.

—Y estuvo bien. Date cuenta de que hay cosas que se tienen que hacer.

—Sí, pero hay otros que las hacen por gusto. Los políticos son mentirosos y ladrones por gusto.

–Mi familia es honesta.

–Claro, igual que tú.

–He hecho lo que he tenido que hacer. Yo no tengo la culpa de nada.

–Da lo mismo, Alejandro. Con esa familia qué culpa va a tener si todo se arregla lo más de fácil.

El tono había aumentado. Las palabras salían más cortantes y enredadas por el alcohol.

–Con mi familia no se meta.

–Yo me meto con quien me da la gana.

–Sabe qué, respete. No me joda que usted no me conoce –dijo Alejandro.

–Usted es un estúpido.

–Y usted una zorra malparida –gritó Alejandro y salió del auto.

Irene también salió, dio la vuelta, se acercó, aproximó su rostro tanto como pudo a la cara sorprendida de él y le dijo claro, entonado y despacio: –¡Zorra será tu madre!

La cachetada sonó clara, pero más la detonación. Usted tampoco me conoce, le dijo.

–Putá vida –alcanzó a decir Alejandro– mientras se desplomaba. Irene no volvió a mirarlo para no verle la muerte caminándole entre los ojos.

En el levantamiento González reconoció a Alejandro, en posición fetal, las manos en el vientre, la cabeza sobre el pavimento frío, mirando desde el fondo de sus ojos a oscuras la negrura de su firmamento. –Más pendejo será tu papá, –dijo.

Después se sintió mejor. Los pies ya no le dolían tanto. O le dolían tanto que ya no los sentía. A pesar del cansancio y el hastío pensó que tal vez esa noche podría dormir mejor. Las últimas las pasó dando vueltas en la cama, recordando entre breves lapsos de sueño un matrimonio que se fue al carajo sin que pudiera evitarlo. Transitar por sus recuerdos le hacía sentir que su existencia se iba poco a poco por un despeñadero, y que lo único que se llevaría sería unos hijueputas zapatos que le apretaban.

## EL ARREGLO

*Fernando Bedoya Londoño*  
Florencia

Por un colmillo forrado en oro y los andrajos alrededor de los restos sus familiares identificaron a Ernesto. Lo habían visto la última vez ocho días antes, un miércoles para ser exactos, acompañado por dos personas desconocidas.

–Tal vez se fue a trabajar a otra finca. Esperen unos días más y, si no aparece, veremos que se puede hacer– les dijo el Teniente y los despachó.

No lo volvieron a ver. El finado era una persona muy popular en el pueblo y sus alrededores, pero notaron cambios en su comportamiento. Últimamente lo visitaban gentes desconocidas y de muy mal aspecto. Bebía mucho y decían que se drogaba. Se había metido en líos por la desaparición de algunas reses de la hacienda cercana. Portaba mucho dinero y lo gastaba a manos llenas en el prostíbulo situado al final de la calle principal.

Su entierro fue muy especial. Sin cura, pues éste se había marchado por las amenazas recibidas. El ataúd lo llevaban los familiares adelante y atrás, muy atrás, iban algunos amigos que parecían no querer acompañarlo. La mamá del finado murmuraba algunos padrenuestros, encomendando a su hijo a la protección divina en el más allá, porque “acá no se había podido”.

Al llegar al cementerio, bajaron el cajón al hueco, lo taparon con tierra y salieron tan rápidamente que olvidaron clavar la pequeña cruz de madera sobre la tumba. Al regreso, la marcha se disolvió silenciosamente, sin los consabidos comentarios sobre la bondad del muerto; los familiares se fueron quedando en sus respectivas viviendas y los amigos desaparecieron como por arte de magia.

El novenario se redujo a unas cuantas letanías rezadas en voz baja por algunos familiares; no hubo chistes de la concurrencia ni licor ni cigarrillos, mucho menos los acostumbrados tamales y otras comidas tradicionales en la última noche.

Después de unos días, las autoridades iniciaron la investigación, pero, fueron otros quienes dieron con el culpable: un cuñado con el que el finado tenía problemas de tierras, a quien llamaron para que aclarara los hechos y desapareció de la región porque alguien le dijo “lo van a ajusticiar, piérdase”. En reemplazo citaron a su señora, hermana del

muerto, a quien sentenciaron a pagar una millonaria suma: mitad para ellos, que habían resuelto el caso y que debía entregarles lo más pronto; y la otra mitad para los dolientes, dividida en cómodas cuotas mensuales.

Cuando la noticia del arreglo llegó a oídos de Tomás, el recién ascendido comandante llegado del sitio en que sucedieron los hechos, una atronadora risa brotó de sus labios junto al resplandor dorado de sus colmillos.

## EL CORRIDO DE UN REY Y SU CASTILLO

*Deiby Galvis Estupiñán*  
Bogotá

El que es gallo canta siempre...  
“El último corrido”, *Juan Gabriel Vásquez*

*De maneras descomplicadas y pulcritud al vestir, “Rey Fonseca” es un verdadero rey en el prometedor mundo de la música popular colombiana. A través de éste personaje se puede contar la historia de la música popular en Colombia. Semblanza de un músico autodidacta y sencillo; emprendedor y comprometido con su oficio.*

Mientras a Colombia llegaba de México la música nortea y los carteles de la droga se disputaban el control del territorio, Rey Fonseca hacía música con los Alfa 8 y Los Reales Brass (percusión y bajo) sin llegar a imaginarse que su destino estaba en los nacientes Corridos Prohibidos.

Es habitual que hablemos de Narcocorridos y Corridos Prohibidos de manera indistinta, lo cierto es que son diferentes, por lo menos en sus orígenes.

El primero remonta a los corridos mexicanos y se desarrolla en ese país como respuesta a la expansión del narcotráfico y las guerras entre carteles de ese país. Por su parte los Corridos Prohibidos surgen como respuesta, en Colombia, a la influencia mexicana impulsada especialmente por Cornelio Reina y Los Rayos de México, artistas de gran popularidad y acogida.

Las problemáticas y los conflictos sociales vividos en Colombia le dieron una identidad propia a la música norteña que se estaba haciendo aquí. Le trazaron un camino propio. Con la rápida acogida que tenía en los sectores populares y rurales, se formó la primera agrupación que consolidó un álbum de Música Norteña original de Zipaquirá (Cundinamarca), Los Rangers del Norte, primeros en componer e interpretar este género en Colombia.

Los fenómenos sociales se hacían cada vez más evidentes a través de la música norteña, los otros géneros sólo distraían de la realidad, razón suficiente para que el conglomerado popular empezara a excluirlos. Dando cabida a las diatribas de la Música Norteña en contra de los males que tenían autores con nombre propio y que solo ésta música tenía la capacidad de denunciar, ya existía un mercado local para este género musical, pero seguía siendo música influida por el Narcocorrido mexicano. Era necesario crear una identidad en torno a nuestra realidad, nuestros valores y especialmente nuestra idiosincrasia.



Alirio Castillo tenía cierto recorrido por la vida y por unas cuantas empresas disqueras. Lleno de ganas de independizarse, se retiró de Sony Music y decidió hacer su propio negocio, así que lanzó al mercado el compilado *Cantina Abierta* donde se destaca la voz de Patricia del Valle. Fue un éxito. Tentado por la acogida que recibió su trabajo musical, decidió hacer un nuevo volumen; así mismo varios artistas lo buscaban para que fuera él quien produjera sus nuevos trabajos. Entre estos estaban: *Las Águilas del Norte*, *La Furia Norteña* y *Uriel Henao y sus Tigres del Sur*. En este nuevo proyecto quería hacer música popular que hablara de los problemas más álgidos del país, por eso se puso en contacto con el grupo Exterminador de México, cuyo éxito “Cruz de Marihuana” ninguna disquera quería auspiciar:

*Cuando me muera levanten / una cruz de marihuana, / con diez botellas de vino / y cien barajas clavadas, / al fin ¿qué fue mi destino? / Andar en las sendas malas...*

*En mi caja de la fina / mis metrallas de tesoro. / Gocé todito en la vida: / joyas mujeres y oro. / Yo soy narcotraficante, / se la rifan por el polvo...*

Ahora sólo faltaba un nombre que resumiera lo que significaba este nuevo producto musical. Un día, indagando cual era el álbum más exitoso de Música Norteña, descubrió el álbum de Los Tigres del Norte: “Corridos Prohibidos”; entusiasmado

decidió que éste fuera el nombre para su nuevo compilado. La Música Norteña que se hacía en Colombia ya tenía una sólida identidad. Tenía nombre propio.

Mientras tanto Rey Fonseca se rebuscaba la vida, llenándose de decepciones, la paga no era la mejor. La música tropical no identificaba tanto a la gente. Ante el evidente fracaso económico – nunca musical–, Rey Fonseca y un grupo de amigos se dieron cuenta en sus múltiples conciertos y eventos que el dinero estaba en la Música Norteña. La salsa y el merengue ya no tenían el mismo auge, la gente necesitaba una música llena de lugares comunes, donde todos estuvieran a gusto.

En el año 1994 crearon el Grupo Fuerza Norteña, y empezaron a difundir su música con mayor facilidad. Con los temas “Muchacha de pelo negro” y “Estelita” Rey Fonseca dio cuenta de su talento y sensibilidad para escribir octosílabos de música popular. De igual forma se inició como músico profesional de éste género al ir al estudio con su primera producción en la escena popular. “Fue algo totalmente distinto a trabajar en la tarima” asegura Rey Fonseca.

De la misma forma que cualquier brillo no se puede considerar oro, los triunfos que estaba teniendo en su carrera tampoco eran la cima del éxito. Rápidamente su productor empezó a llenarse de lujos,

aunque era renuente a aumentarles la paga a él y a su grupo. Era el momento para tomar una decisión definitiva, el tren hacia el triunfo pasaba y ellos estaban a tiempo de intentar subirse en él.

El contundente éxito de los *Corridos Prohibidos* de Don Alirio Castillo, cuyo lanzamiento al mercado fue el 15 de mayo de 1997, animó a Rey y su grupo a independizarse y buscar la forma de entrar en los *best sellers* del Corrido Prohibido y la música popular. Ya de manera independiente, y autogestionándose, emprendieron la búsqueda de una nueva identidad que los acercara al público ávido de buenos cantantes. ¿Cuál era la identidad que necesitaban? Era obvio que tenía mucho que ver el nombre en esto. “Qué ‘norte’ ni qué carajo, pongámosle algo distinto” propuso Rey a sus amigos. Generando el inevitable nombre de Los Renegados; en homenaje a la gallardía y estilo texano de Lorenzo Lamas, muy de moda entonces por la serie “El renegado”.

El medio perfecto para poder dar a conocer su nuevo trabajo musical, era Don Alirio. En el volumen N° 2 de *Corridos Prohibidos* (1998) tímidamente sonó la canción “El carro negro”, de la autoría de Rey Fonseca, defraudando las expectativas que había frente al esperado debut. Lo difícil, ante el evidente fracaso, era conseguir que de la noche a la mañana los apoyaran de nuevo.

Deseando el aval del Señor Castillo, Rey Fonseca tomó la determinación de buscar una cita en su oficina. A pesar de tratar de ser amable, la secretaria del Señor Castillo lo hizo esperar por lo menos tres horas. La espera fue angustiada. El tiempo avanzaba cargado de incertidumbre, con el paso de los minutos la compostura desaparecía y no podía mostrarse tosco frente al futuro de cambio. Una fingida sonrisa le devolvió la calma, la secretaria ya lo había anunciado. La indiferencia con que lo recibió fue desalentadora, pero conservó el aplomo y mientras aguardaba a que terminara de revisar unos papeles, buscaba las palabras adecuadas para persuadirlo de su talento. A su vez, el Señor Castillo, lleno de escepticismo y sin ninguna otra arma para no ser descortés con el empeño de aquel hombre, le pidió seis canciones, convencido de que no sería capaz de tenerlas para el otro día.

De inmediato Rey Fonseca fue donde un amigo para que le prestara lo necesario para grabar las canciones. Toda la noche trabajó escribiéndolas. Interminables tazas de café, el desespero de la noche, que avanzaba implacable para darle paso al crepúsculo, signo del temor de un nuevo fracaso. Semejantes presiones en su espíritu y cuerpo ávidos de éxito, concibieron el tono de inspiración que necesitaba – además de la complicidad de una llamada a la secretaria pidiendo unas horas más de

tiempo— para componer unos temas que se identificaran con *Corridos Prohibidos*. Haciendo un esfuerzo sobrehumano pudo escribir 4 canciones: “El sapo”, “Mañana me matan”, “El alcalde modelo” y “El extraditado”. Para su sorpresa, a la máxima autoridad y gestor de los Corridos Prohibidos en Colombia le gustaron enormemente, además de ver en Rey Fonseca el espíritu que se necesitaba: desafiante.

Inesperado debut, inesperado ascenso, inesperada muestra de talento. Rey Fonseca y Los Renegados sonaban en las principales emisoras populares del país, se habían consolidado como un éxito de esta nueva serie de *Corridos Prohibidos Vol. 3 (14 de Julio 1999)*; junto con Uriel Henao y sus Tigres del Sur sonaban con rotunda acogida. Se convirtieron en himnos imprescindibles de todas las cantinas del país, donde hombres humildes soñaban con la redención que plasmaban estas canciones. Rápidamente se difundió entre los pueblos que padecían las desgracias del conflicto como una sensación de vivir—morir inherente a su organismo: igual a dormir, soñar, comer, cagar. Los *Corridos Prohibidos* no los desamparaban, pues día y noche estaban ahí, estremeciendo todos los rincones de la geografía nacional. Desde el transporte urbano y sus roncós estéreos, hasta las plazas públicas y sus desvencijados parlantes.

El Vol. 3 de esta saga fue contundente, directo, apócrifo. “La Kenworth plateada” de Uriel Henao daba cuenta de la magnitud y poder que tenía el narcotráfico en Colombia, ya no le era suficiente un carro rojo o una camioneta gris para transportar su producción. Tenía que ser un enorme tracto camión y además plateado, pletórico, insuperable:

*Llevaban un contrabando, con rumbo a Bucaramanga / 2000 kilos de la fina, allí tenían que entregarla / en una Kenworth plateada / la droga allí transportaban...*

Mientras tanto “El alcalde corrupto” y “El sapo” de Rey Fonseca se cantaban a pulmón entero en la mayor parte del país, como nueva forma de denuncia, sobre todo en las periferias donde escaseaba los servicios sanitarios, la salud, la educación, mientras sus gobernantes vivían rodeados de lujos:

*...Toda mi gente ya me conoce / no más por mi nombre y apellido. / Piensan que porque ando de corbata / soy el alcalde más distinguido. / Yo voy siempre a favor de mi pueblo / pero también hago mis torcidos. / Yo reparto becas y pensiones / y reparto puestos a quien quiero. / No falta el que quiera investigarme /pero lo arreglamos con dinero. / Y lo que sobra de los impuestos / yo me lo gasto en el extranjero... (El alcalde corrupto).*

Falos cercenados como castigo, eran las nuevas formas de coerción de las estructuras mafiosas que surgían. En la canción “El Sapo” se retrataba hábilmente la suerte que corrían aquellos que se dedicaban al ladino oficio de infiltrado:

*Sé que ese soplón de mierda / ahorita me está escuchando / sé que anda en su camioneta / con unas viejas pasando / (...) pero yo les aseguro / que en cuanto salga de aquí / le cortaré ese pedazo / al que le llaman pipí / y sepan que en este mundo / nadie se burla de mí.*

Las alianzas con sellos disqueros casi lo dejan por fuera del negocio. *Jan Music*, sin el consentimiento del Señor Castillo, decidió lanzar un álbum doble del Vol. 3. Fue algo desleal que no pudo soportar. En ese momento tenía que hacer algo para demostrar quién era el verdadero “Jefe de Jefes” del género en Colombia. Rey Fonseca se consolidó rápidamente como hombre de confianza para Aliario Castillo. Era el pupilo que necesitaba para sacar temas originales en la nueva producción, que por aprietos económicos se veía un poco en suspenso. Necesitaba darle una cucharada de su propia medicina a los desleales, así dio origen a *Los corridos prohibidos más famosos del mundo* (de la misma estirpe de *Corridos Prohibidos* surgen el vol. 4 y 5 simultáneamente y lanzados uno en mayo y el otro en agosto

de 2000) con la extraordinaria participación de Rey Fonseca con composiciones originales. El señor Aliario, admirador del Rock de Led Zeppelin y Quiet Riot, le pidió a Rey que le compusiera una canción que mezclara la agresividad y estilos particulares de la música norteña y el Rock n' roll. La respuesta de Rey Fonseca fue original y contundente, su canción a propósito fue "La novia metalera", éxito rotundo en el sur del país:

*...Desde ahorita yo les cuento una historia que les tengo y les voy a relatar, de una novia que yo tengo y la prefiero entre todas las demás. Si vas a su apartamento entre su reguero solo encontrarás: unas botellas vacías, todo lleno de colillas, porque así la quiero más, porque le gusta el rock, porque le gusta el rock, porque le gusta yeah...*

La realidad nacional no podía ser ajena en este nuevo compilado. Con nuevos propósitos se unieron los mejores artistas del género y sacaron sus mejores canciones. Cargadas de sinceridad con su público, en éste volumen se destacaron artistas como: Uriel Henao, Grupo Mezcal, Giovanni Ayala, Hermanos Ariza Show y Fuego Verde, entre otros. Los principales temas corrieron otra vez a cargo de Rey Fonseca: "Un castillo y un rey" que era una metáfora de doble sentido, por un lado buscaba narrar la historia de un capo y de su mano derecha que le cumplía con sus mandados; y por otro, contar



como Rey había llegado a ser de la entera confianza de Alirio Castillo en el mundo de los Corridos Prohibidos. Era la historia de su gesta.

De esta canción también se tomó el eslogan para publicitar el nuevo álbum: “*Por más rey de las drogas que sea, todo rey necesita un castillo*”. Los sectores más influyentes del país, alarmados, prohibieron ese tipo de pautas comerciales en los principales medios. Sólo sirvió para aumentar las ventas del álbum.

Una inesperada fuga de la Cárcel La Picota y los innumerables sucesos de corrupción que ocurrían en el Congreso de la República dieron origen a otros rotundos éxitos del género: Rey Fonseca y Los Renegados con “El Topo” y Uriel Henao y sus Tigres del Sur con “Historia de un guerrillero y un paraco”:

*Luego de estar bien tomados / se sacaron los cueros al sol. / El uno decía al otro: / Vamos a hablar de nuestro patrón. / No andemos con maricadas, / no habrá un secreto entre los dos. / A mí me apodan “El perro” / y mi patrón es Carlos Castaño. / Soy muy bueno para el tiro / y no hay forma de negarlo. / Vengo desde Montería / y no lo niego, soy un paraco. / – Ahora me toca a mí el turno: / – el otro le contestó– / mi patrón se llama “Tirofijo” / y a mí me apodan “El Camaleón”. / Soy guerrillero de la FARC, / ¡no se imagina con quien se metió! / Se formó*

*una gran balacera / de dos hombres de diferentes mandos. / Esa historia fue en el sur de Bolívar, / allí quedaron dos hombres tirados. / Y aquí termina el corrido / del guerrillero y del paraco.*

“Son unas ratas” (también de Uriel Henao) fue tan popular que el grupo guerrillero de las FARC ordenaba que en todos los sitios posibles hicieran sonar esta canción cuando arribara el Comisionado de Paz Camilo Gómez a la zona de distensión. San Vicente del Caguán (Caquetá) se ambientaba con esta tonada; con júbilo, con desacuerdo, cuestionaban el gobierno de turno (Andrés Pastrana):

*...Son unas ratas / señor son unas ratas / estas palabras las dijo un senador / mientras los pobres están comiendo mierda / los de allá arriba la tienen por montón / son unas ratas / señor son unas ratas / ni a la pobreza le tienen compasión / solo Dios sabe el hambre que se vive / y eso es culpa de la corrupción.*

Rey Fonseca ya era la estrella que siempre había soñado. Estaba en la cima y se codeaba con los grandes de esta música. A esta altura era un artista integral y hombre de familia, que encontraría en el Vol. 6 de esta serie una razón más para seguir en ascenso y continuar contando las historias de este pueblo que languidecía, pero que a través de su música se renovaba. El bagaje hasta éste álbum le permitió que se iniciara, bajo la confianza y tu-

toría de Don Alirio, en la escena como productor. A pesar de los tropiezos para grabarlo y sacarlo al mercado, este álbum también fue un éxito categórico. Rey Fonseca en su trabajo como productor demostró talento una vez más, produciendo para este álbum hits en todo el país. Incluso este álbum contó con artistas internacionales de la talla de Los Tigres del Norte con “El Cura” y el Grupo Exterminador, que repetía en esta serie con “Contrabando en los huevos”, también Polo Urias con “Mafia por herencia”. Por último Rey Fonseca le da el adiós a *Corridos Prohibidos* pero no para siempre. Iniciaba su carrera como solista.

En el año 2002 Rey Fonseca protagoniza de nuevo una producción musical, esta vez participando en el compilado *SuperÉxitos*, que lo llevaría a una gira promocional por el Magdalena Medio, junto con Inaín Castañeda, boyacense enjuto y muy buen músico del género Llanero. La presentación fue insigne, en especial porque Inaín Castañeda entonó la canción “Hora Cero” de especial empatía con el entonces candidato presidencial Álvaro Uribe Vélez:

...” *Amigas y compañeros, / gente linda de mi patria, / prepárense que ha llegado / la Hora Cero señalada. / Para imponer la Razón / por encima de las armas /y empuñar el tricolor / que Bolívar nos dejara... El día 26 de Mayo / – ojala en la madrugada– / icambiemos la maquina-*

*ria / porque ya está desgatada! / Siendo así la  
democracia / la que manda es la parada. / ¡Con  
Uribe presidente / Colombia estará sobrada!*

Estupefacto, Rey Fonseca, vio como la gran mayoría de los allí presentes estallaban en júbilo, igual que sus Ak- 47. Inmóvil vio como se presentaban a manera de simpatizantes del Doctor Uribe y a su vez como paramilitares.

Pero la sensación más extraña no fue esa, ni mucho menos su cercanía con la muerte y la guerra, lo paradójico fue que se ofreciera esa canción como publicidad a la Campaña de Uribe Vélez, y estos en un acto digno de un Corrido Prohibido piratearon el disco para difundirlo, dejando vigente la maquinaria desgastada.

Después de la seguidilla de éxitos, *Corridos Prohibidos* entra en un momento de declive y como asegura Angie Castillo, hija del señor Castillo y actual conductora de Alma Records, en la página web de *Corridos Prohibidos*: “La piratería ha hecho que las ventas disminuyan considerablemente, pero, hay que aprovechar las nuevas tecnologías a la hora de difundir nuestra música. A pesar de que suene paradójico, la piratería ha servido en la mayoría de los casos, como medio de difusión para los artistas del género popular”. El vol. 7 y 8 fue lanzado el 25 de octubre del año 2003, con la idea de combatir la piratería a través de un álbum doble: de mayor atractivo para el público.

En este álbum se destacó el corrido que compuso Henry Holguín (Periodista de *El Espectador*) cuando fue liberado Gilberto Rodríguez Orejuela “Por fin libre” y que fue interpretado por el Grupo Fuego Verde. Siguiendo la estirpe de sus antecesores este álbum no podía desentonar con el anterior. Así que crearon la canción de “Masacre en Patios” que contaba la historia de un camión lleno de paramilitares que fue emboscado por el Ejército Nacional en el municipio de Patios (Norte de Santander). “El hijo de la coca” fue otro de los superéxitos de la temporada.

En este álbum Rey Fonseca hizo alarde de su capacidad para componer canciones innovadoras. Éste álbum vio por primera vez en la historia de la música popular colombiana la combinación entre el señor Castillo y Rey Fonseca. La canción fue escrita en un sarcástico lenguaje extraído de la jerga popular, reflejando fielmente el problema del consumo de drogas y la ratificación de la dosis personal. Como su título lo señala, fue hecha “Pa’l parche”.

El lanzamiento del primer DVD de *Corridos Prohibidos* es un éxito de ventas que ni siquiera el desenfreno filibustero de las fiestas de fin de año pudieron entorpecer. Por primera vez se veía, con rostro propio, a los artistas que cantaban estas canciones.

En el momento de lanzar el Vol. 9, Alirio Castillo comprendió que en este negocio, de denuncias, diatribas y blasfemias, resulta poco conveniente aliarse con las grandes disqueras. De la alianza con *Discos FM* no quedó nada bueno: solo pérdidas por el lanzamiento del disco promocionado durante todo el 2004. El temor de las grandes disqueras por tratar temas contraproducentes como los que manejaba el compilado *Corridos Prohibidos*, fue lo que originó la baja tan radical en las ventas. La comercialización y distribución de esta música se hacía cada vez más desde lo subterráneo. Los grandes medios no permitieron que esta música se publicitara nunca más.

El ingenio de Alirio Castillo ya le había permitido gestar 9 producciones, el Vol. 10 tenía que salir al mercado. Cansado de las angustias que implicaba grabar discos en estudios ajenos, el Señor Castillo decidió invertir toda su alma, independizándose totalmente a través de Alma Records. Con toda la responsabilidad bajo sus hombros, en diciembre de 2005 lanzó *Corridos Prohibidos* Vol. 10. La certeza de éxito no era sinónimo de este álbum, pero sí de tranquilidad, porque esta vez el triunfo o el fracaso iban a ser exclusividad del trabajo del Señor Castillo.

Esta actitud arriesgada de Alirio Castillo le ha permitido completar al día de hoy 12 volúmenes de la saga *Corridos Prohibidos*, que aunque llenos de altibajos – propios del mundo musical– han logrado

darle autenticidad a la música popular que se hace en Colombia.

**Epílogo con ambientación musical de *Los tigres del Norte (Mi Fantasía)***

*...Sería un reencuentro de amor inolvidable / mi fantasía que ordinariamente me ames, / tan solo de pensar / que te vuelva a besar / mi corazón nervioso esta / late que late.*

Es 31 de octubre de 2008 y la entrada de *El Rancho de Rey Fonseca* se prepara para recibir a sus visitantes. Un anuncio multicolor, una Van blanca con el nombre de Rey Fonseca y El logo de *Corridos Prohibidos*, además de unos troncos obstinadamente apilados sirven de preámbulo al espectáculo de medianoche. Música popular en vivo, acordeones en vivo, octosílabos en vivo y, por qué no, Rey Fonseca en vivo. Tiene corona, joyas, una capa, hasta un cetro; una bella reina y un encantador príncipe también lo acompañan a cumplir con su mandato real. Como Rey que es, debe administrar su pequeña comarca. Desde el año 1996, Rey Fonseca fundó este bar que se especializa en la música popular y la promoción de nuevos artistas del género. Así como en una época el señor Castillo le brindó la mano y su talento pudo brillar, él ahora les da la oportunidad a esos nuevos talentos que quieren el brillo.

Una foto con *Los Tigres del Norte*. Rey junto a ellos, todos sonrientes, la frente en alto, ahora está

a la altura de los grandes. A pesar de esto no pierde la sencillez, sigue trabajando duro por su familia, por hacer su carrera más profesional y evitar la mediocridad. “*Ahora hay muchos grupos, unos buenos y otros no tanto. Esta música por difundirse tan fácil y... por su facilidad para su realización se está volviendo muy mediocre. Pero es por unos pocos*”, afirma Rey Fonseca con un poco de preocupación, pero con la seguridad propia de quien lleva 14 años en el oficio.

Chivatá (Boyacá) es la tierra donde más les gusta la música popular. Ejemplo de ello es el Festival Anual de Música Norteña que allí se celebra. La plaza del pueblo se entusiasma, los aplausos se prolongan anunciando la buena noticia: “Rey Fonseca recibe el disco de oro por sus numerosas ventas con el sello de *Corridos Prohibidos*.” Hace la venia, agradece a todo pulmón, en alto el disco de oro brilla caprichosamente. Como productor musical también le va bien, reflejado en el éxito de Giovanni Ayala, Lina Fernández, Darío Darío entre otros, que son ejemplo del viraje que está dando la música popular.

Ahora la música de Rey Fonseca es un éxito en la radio, las tabernas, en las cantinas, en las ferias, hasta en los estéreos de hombres de mundo. La música popular ya no es el narcocorrido, es algo más profundo, es el alma de un pueblo. Actualmente Rey Fonseca tiene dos éxitos, sonados en todo el país “Pequeña niña” y “La Última Flor”:



Suenan voces

*Hace unos días llegué muy tarde a casa.  
/ Volví a pegarle y esta vez mucho peor. / La vi  
resuelta salir en busca de ayuda. / Se arrepintió  
cuando yo le di una flor. / Hace unos días cum-  
plió sus treinta años. / Por celebrarle otra vez me  
emborraché. / Al día siguiente yo me desperté en  
la cárcel. / Que alguien me explique pues yo no  
sé por qué.*

Esta música empieza a dar un rumbo hacia nuevas temáticas, consolidándose como un verdadero cuadro de costumbres. Allí tienen cabida todos, incluso los más sórdidos seres de nuestro entorno renacen cada vez que retumban estos versos picarescos. Y seguirá siendo el dedo en la llaga, vigente, señalando con descaro a quienes tratan de engañar; sin saber el éxito y futuro de esta música, seguirá siendo el acompañante perfecto cuando en el ambiente no quede más que silencio. Rugirá.

## EL ÚNICO

*Edward Mosquera*

Buenaventura

Las estrellas se han desvanecido por la presencia de nubarrones que presagian lo peor. De no ser por la pequeña llama que parpadea a lo lejos se podría pensar que la luz ha perdido la batalla para siempre. El foco de luz se divisa en el segundo piso de una casa en la que tres hermanos conversan y respiran el aire que llega impregnado con un olor a miedo.

–Creo que va a llover –dice Carlos, el hermano menor.

–Uno nunca sabe, en este pueblo es tan extraño el clima... –responde Hernán, el más robusto y mayor.

–Bueno, algún día lloverá –agrega David.

Y así siguieron platicando del clima, de la jornada del día de mañana, de las hermosas ballenas que solo una vez, cada diez años, cuando nadie las ve, arriman a la playa y cantan al ritmo de las olas.

Los interrumpe una bala que silba por encima de la casa y termina su trayectoria en una calle lejana; instintivamente Hernán se tira al piso, Carlos y David hacen lo mismo. Mientras reptan hasta la vela para apagarla, escuchan gritos desesperados en la casa vecina:

–¡No, no se lo lleven!–. Se oyen ráfagas de fusil a lo lejos y ecos de botas en las cercanías.

–Son los Vengadores –susurra Carlos.

–Parece que hace rato andan por acá –confirma David.

De repente se escuchan pasos en la escalera.

–Alguien viene –dice David, mientras yace tirado en el piso con las manos sobre la cabeza.

–¿Quién anda allí? –pregunta Carlos.

–Sandra. ¿Dónde está Hernán?

–Aquí –responde con voz temblorosa Hernán.

–¿Dónde está el niño?

–Abajo, durmiendo –contesta Sandra.

–Ve por él –ordena Hernán.

Sandra comienza a bajar las escaleras, pero de un salto regresa al mismo sitio.

–¿Por qué te devolviste? –indaga Hernán.

–Hay alguien ahí al frente, lo escuché toser, creo que es uno de los Vengadores.

Una voz autoritaria les obliga a callar de forma instantánea.

–¡Hernán Garcés, baje o vamos por usted! –amenaza la voz desde la calle–. ¡Cuento hasta tres!

–¡No vayas, no vayas! –le pide Sandra en medio del llanto.

–Me toca ir, si no es peor –responde Hernán–, que sea lo que Dios quiera.

Mientras baja la escalera que lo conduce a la puerta principal, la voz afuera confirma el ultimátum:

–¡Uno, dos, tres, se le acabó el tiempo!

–Aquí estoy –dice Hernán, mientras abre la puerta y descubre en la oscuridad una silueta de poca estatura, armada al igual que otras quince con fusiles y vestidas con prendas militares.

–Camine, mientras más rápido mejor –le ordena la pequeña silueta.

Hernán busca en su interior todo su coraje y les dice:

–¡Si me van a matar háganlo aquí, de aquí no me muevo!

–¡Que camine! –le dice otra silueta, mientras le golpea la espalda con la culata del fusil.

Entre largos pasos comienzan a hacerse difusas las siluetas de las casas. Hernán y sus captores se alejan hasta perderse en la oscuridad densa. Después de media hora de camino, en un largo rodeo por matorrales y humedales, llegan a un sitio desconocido para Hernán, donde el olor a muerte se confunde con las voces de treinta y seis uniformados armados con fusiles y machetes, que saludan a los recién llegados.

–¿Éste es el muchacho? –pregunta la voz ronca de una silueta de estatura media

–Sí señor –le responden.

–Entonces a lo que vinimos, traigan a esos sapos –agrega la voz ronca.

En respuesta traen a doce personas: diez hombres y dos mujeres, amarrados de brazos y piernas, con rostros, costillas, espaldas, cráneos reventados por las culatas de los fusiles, por las botas militares.

En la casa de Hernán reina la incertidumbre. Sandra arrodillada, intenta realizar una oración que es interrumpida por su llanto; David y Carlos en silencio, como niños reprendidos, se han refugiado cada uno en un rincón de la casa. El sonido distante de catorce tiros de fusil rompen el silencio y el eco de muerte se instala en el corazón de Sandra que se ve obligada a gritar para no morir:

–¡Hernán, Hernán! ¡Lo mataron, lo mataron!

David y Carlos corren a abrazarla.

–Tranquila, ahora no podemos hacer nada –le dice David–. Cuando amanezca iremos a buscar su cuerpo, si es que lo han dejado allí –agrega Carlos.

Después todo es llanto; las horas transcurren en un total desvelo. Antes de las seis de la mañana, la poca luz del sol permite ver a los lejos un hombre que se acerca caminando de manera torpe.

–¡Es Hernán! –dice Carlos y salen a su encuentro. Carlos toma un brazo de Hernán y lo apoya en su

hombro. David hace lo mismo con el otro brazo. Lo llevan hasta la casa y constatan que Hernán –pese a las ropas ensangrentadas– no tiene herida alguna, sólo sus manos se muestran sucias y ampolladas y su postura flácida obedece al cansancio.

–¿Qué pasó, Hernán? –pregunta David.

Hernán responde con frases entrecortadas:

–¡Los mataron a todos, los fusilaron! Mañana vendrán de nuevo por mí.

Por la voz desfalleciente de Hernán, los hermanos menores entendieron la misión que le habían asignado y también que para él hubiera sido preferible terminar de una vez.

## EN PUERTO BERRÍO CADA NN TIENE SU PADRINO

*Catalina Oquendo*  
Bogotá

El 8 de abril del 2005, cuando el ataúd iba a ser guardado en el fondo de la bóveda del pabellón de los olvidados, en el cementerio de Puerto Berrío, Fabián Echeverry alcanzó a verla. Nadie la conocía, nadie la identificó, era una muerta de nadie.

Era blanca, bonita y tendría como cinco días de fallecida atinó a observar el hombre, que por desocupado estuvo ese día en el cementerio de esta población del Magdalena Medio. Se sintió tan apenado por la soledad de esa muerta, que pensó adoptarla como si fuera una de sus familiares, visitarla y rezarle.

Se imaginó que la mujer había llegado arrastrada por el río Magdalena como todos los ahogados que acaban su recorrido en ese puerto. Y recordó que según la tradición del pueblo, quien adopta a un NN puede pedirle milagros, ganar el chance o

conseguir empleo. Él más que nadie lo necesitaba, pero no se atrevió a prometerle nada a esa muerta ajena y se fue pensándola.

La fascinación de Fabián no fue una sorpresa para Arnulfo Durán, el sepulturero, que tiene claro que allí los difuntos más visitados son, paradójicamente, los que nadie conoce. Él sabe de sobra que sus habitantes entran al camposanto y viran como autómatas a la derecha para saludar a esos muertos, incluso antes que a sus propios familiares.

### **Traen suerte**

Nadie entiende por qué, pero desde hace cinco o seis años cada vez que un cadáver baja por el río Magdalena y la fuerza del caudal lo hace atracar en Puerto Berrío, hombres y mujeres del pueblo ven en ese muerto sin doliente la nueva oportunidad de un milagro o un golpe de suerte.

Algunos, como dramatizando el cuento de García Márquez *El ahogado más hermoso del mundo*, llegan hasta el lecho del río y contemplan lo que la vegetación y las piedras dejaron de ese hombre de quien nadie sabe su nombre, ni su pasado.

“Acaba de llegar uno nuevo”, comentan en voz baja y bastan pocos minutos para que los más ansiosos busquen a Arnulfo. Le ofrecen dádivas que casi nunca pasan de “un refresco” para que les avise cuándo van a sepultar al recién llegado.



Indagan también en la morgue “si algún familiar los ha identificado” y llegan a sentir un inconfesable respiro cuando confirman que esos finados no tienen dolientes. Ahora son suyos. Entonces esperan su sepultura, les dan un par de días a que se acostumbren a su nuevo lugar para pasar a la eternidad y les caen. Con carbones, tizas o pintura trepan a las bóvedas que miran hacia el sur del pueblo y escriben sobre el cemento: “NN escogido”, una especie de firma de que “ese es mi muerto, no me lo quite que yo lo voy a cuidar y él a cambio me hará favores”.

A eso estaba decidido Fabián cuando días después volvió al cementerio a escoger a esa NN y pedirle el empleo que necesitaba. Pero al llegar se dio cuenta de que ‘su muerta’ ya había sido escogida por otro y ahora se llamaba Sonia, Sonia Cadavid, como Antonio Cadavid, el hombre que se le adelantó, la apadrinó y la rebautizó.

“Nada qué hacer”, se dijo Fabián.

“Toño Cadavid le prometió arreglarle la lápida con flores, velas y a mí me queda difícil cumplirle con eso, no tenía plata y solo le podía rezar”, recuerda el joven de treinta años que había sobrevivido a siete puñaladas y desde eso estaba desempleado. Miró las demás bóvedas y todas estaban copadas. Solo un par de palomos salían de las tumbas recién desocupadas.

“NN femenino 2003, escogido”, “Alex, escogido (sic)” y así las cerca de 150 que seguían a la de Sonia. Entonces se le ocurrió que la mujer que tanto lo había impactado podría tener dos padrinos y aunque sus promesas de pedir por ella fueran más austeras que las de Toño, le pidió el empleo.

Desde ese momento, la tumba de la mujer, que dicen era una guerrillera caída en combate y que a lo mejor se llamaba Luisa o María, estuvo bien ataviada. Una lápida en mármol, flores plásticas, aceite *Johnson* para que estuviera presentable y un vaso de agua para “que el ánima beba si tiene sed” y por aquello de los 28 grados que no bajan en Puerto Berrío. Todo protegido por una estructura de metal y vidrio con candado para que nadie se robara a la NN más apetecida del cementerio.

“A los dos meses me dio el trabajo. Me contrataron en una empresa de producción de minerales”, aseguró Fabián. “A Toño también le cumplió: le ayudó para ganarse un chance de un millón doscientos mil”, cuenta Fabián y advierte que a quien no les cumpla, “les cae la roya, les comienza a ir mal”.

### **Tenía cara de Manuel**

La lista de los favores recibidos por los NN la cuentan en cada esquina de Puerto Berrío. “Mi NN, al que le puse Manuel, porque era un viejito, me dio un chance y yo le compré un osario de 350 mil pesos cuando le sacamos los restos. Ahora cogí a

otro”, cuenta una mujer. “Hay un muchacho que le pidió al finado que el Nacional quedara campeón y así fue. Él apostó 35 millones de pesos y se los ganó”, asegura el sepulturero.

Por eso es común encontrar en una misma tumba hasta tres placas en mármol: “Gracias NN Bernardo por el favor recibido. Nov. 9 del 2003”, “NN Bernardo descansa en la paz del Señor”, “Gracias Bernardo A.V.”.

Hay quienes dicen que es el diablo el que hace los milagros para confundir a la gente y “lograr que las almas en pena sigan en el infierno”, afirman que aún están convencidos de que el limbo existe, aunque el mismísimo Papa Juan Pablo II lo haya descartado. Aún así en ese pueblo, entre antioqueño y santandereano, la relación con los muertos seguirá siendo íntima. Cada lunes se dan cita en el cementerio para rezar por las ánimas, aún conservan la tradición del animero y el Año Nuevo, a las 12 p.m en punto, lo celebran en el camposanto.

Y mientras el río siga arrastrando muertos, no pararán el ritual de escoger sus NN. Por lo menos eso hará Fabián Echeverry con el muerto que recién llegue, porque el empleo que según él le consiguió Sonia ya lo perdió por tomar trago. “A este nuevo muerto, en lugar de trabajo, le voy a pedir que me ayude a dejar la bebedera”, sentenció mientras se iba a buscar cuál NN quedaba libre para él.

Publicado originalmente en *El Tiempo*.

## FANTASMAS

*Jesús Antonio Álvarez Flórez*  
Bucaramanga

*Para Hernando Motato*

Detrás de nuestra casa había un jardín en el que solíamos jugar, tal vez tú te acuerdas. De eso hace ya muchos años. Hoy sólo hay un montón de hojas secas sobre el césped quemado y la luna está sobre ellas.

Hace seis años que te fuiste y aún no tenemos noticias tuyas. La otra noche mamá oyó que los perros ladraban y creyó que regresabas, pero sólo anunciaban la partida de otra familia. De un tiempo para acá, todas las semanas alguien decide hacer maletas y, bajo la excusa de “una visita familiar mientras las cosas vuelven a la normalidad”, se van para la ciudad y nunca regresan. Quienes se van toman sus escasas cosas de valor y las amarran a los burros, hacen un atado con sus harapos y cargan con sus hijos a la espalda. Algunos ni siquiera cierran la puerta de sus casas; piden a un vecino que vigile todo

hasta la vuelta, cuando ya no haya peligro de morir. Pero aquí sabemos que quienes toman el camino no dan vuelta atrás; ni uno solo ha regresado por sus cosas o por sus amigos, aun cuando aseguraban que en esta vida lo único que dura son los amigos.

Todas las mañanas mamá barre el frente de la casa y espera a que regreses. Pasa horas y horas sentada sobre la vieja mecedora, mientras ve el desfile de otra familia que se va. La primera noche dejó la puerta abierta por si llegabas tarde, y calentó la comida dos veces luego de cocinarla por si tenías hambre. Te esperamos hasta la madrugada, hasta que el gallo cantó y decidimos descansar un rato. Salimos al patio y vimos varias huellas de botas militares, y nos imaginamos lo peor. Pero mamá dijo que sólo fuiste a trabajar, aun cuando no entendía por qué te demorabas tanto en llegar. Tu comida guardada y recalentada ha sido mi almuerzo en los últimos años, porque mamá no ha querido comer y desde entonces pasa las noches sin probar nada y sólo pronuncia tu nombre.

El año pasado, por tu cumpleaños, hizo un ponqué y cantó a las sillas vacías del comedor. Luego abrió el viejo álbum familiar y supuso que, a la edad que debes tener si aún estás vivo, estarás tan gordo como el abuelo, con el bigote sobre los labios y la piel curtida por el sol. A diario me dice que a medida que crezco y me convierto en el nuevo hombre

de la casa soy idéntico a ti; que cuando me ve recuerda el día en que la conociste. Y por las noches llora, no deja de llorar. Los vecinos confunden sus lamentos con el ruido de las hojas de plátano golpeadas por la brisa.

Por la época en que te fuiste (queremos creer que simplemente te fuiste), muchos soldados llegaron al pueblo. Una noche, cuando ya todos dormíamos, derribaron una puerta a patadas y le prendieron fuego a la casa. Luego se emborracharon en la mitad de la plaza y violaron a las hijas de varias viudas. Nadie dijo nada. Ellos aseguran que están aquí para defendernos, aunque hoy nos preguntamos quién nos defenderá de sus propios ataques, de sus abusos, de todo el daño que nos han hecho. Corrieron ríos de aguardiente, comieron todo lo que quisieron sin pagar y nunca más volvieron. Dijeron a sus superiores que Lejanías es un pueblo pacífico, que eran falsos los rumores de desaparecidos. Mi mamá estuvo frente a ellos, y les dijo que llevabas varios días sin ir a la casa y que temía lo peor.

–Lo sentimos señora, pero si su esposo no ha regresado es porque tal vez se fue con otra, y eso ya no es asunto nuestro.

–Usted no conoce a mi esposo –dijo mamá levantando la voz–. Nunca habría pensado en irse de la casa sin decirme por qué, y mucho menos lo habría hecho por una aparecida.

–Tiene usted mucha fe en su esposo, señora. Ojalá eso le sirva para que regrese pronto, porque nosotros no podemos hacer nada.

Alguien nos dijo que te vieron por las montañas, que llevabas las manos atadas y preguntabas por qué tú, por qué ibas atado y con la cara cubierta, por qué no te decían nada y te habían sacado a empujones del río al que fuiste a pescar. Pero ese alguien no quiso contar nada más por miedo; temía correr la misma suerte que tú, papá. Mamá le dijo que no diría nunca nada, le pidió más palabras, y por varios días oyó la misma historia sin que pudiera entender qué pasó. No te metías con nadie, no eras bravucón ni borracho, y de tarde en tarde te sentabas a jugar a las cartas con tus amigos. En los primeros días ellos sólo hablaban de ti, recordaron tus historias y esperaban que llegaras pronto. Pero con el paso del tiempo reanudaron sus juegos y se olvidaron de ti, al igual que muchos. Sólo nosotros te esperamos día a día, y ponemos un plato más en la mesa por si una noche empujas la puerta y pides algo de comer.

Cuando oímos en la radio que han encontrado una fosa común no decimos nada, pero mamá se agarra de la silla y respira con dificultad. El otro día dieron los nombres de varias víctimas y rezamos para que no te nombraran. Cuando las cosas que suceden son desagradables y tristes, el olvido es la

mejor noticia. Mamá dice que a veces desea que estés con otra mujer y con nuevos hijos, feliz, sonriendo mientras engordas y te haces viejo. Prefiere eso a saber que no volverás más, a convencerse de que te han llevado para las montañas y nadie puede decir nada. Por las noches sueña contigo, eso me dice en las mañanas. Vas con ella de la mano y calculan que si el pescado sigue al mismo precio podrán formar un hogar y tener muchos hijos. Por eso, mientras duermo, mamá es feliz y no tiene miedo.

Desde hace mucho tiempo, vamos con mamá al río y nos quedamos allí hasta la tarde. Al igual que tú, me dediqué a la pesca y así me gano la vida. Pero los últimos meses han sido difíciles: todos se están yendo y ya nadie quiere comprar nada. Es posible que llegue el día en que nos alegremos de poder llevarnos un pan duro y viejo a la boca.

Mamá tiene miedo. Dice que, si regresas, puedes dar la vuelta y perderte por el camino al igual que los demás. Y piensa eso porque este pueblo ya no es el mismo: las casas tienen el color del olvido, las paredes de la iglesia y la alcaldía están estriadas por la arena que empuja la brisa, la calle está alfombrada por el barro y las hojas marchitas de los caracolíes, el cementerio es apenas un terreno baldío y ya nadie viene por aquí. Cree que tú pensarás que estás en otro pueblo y te irás en busca de ella, cuando en realidad nosotros seguimos aquí, pegados a la



ventana o bajo la puerta, sintiendo que el corazón nos late más fuerte cuando un perro ladra a lo lejos, porque eso puede ser señal de que estás cerca y todo ha terminado ya.

El padre Juan nos ayudó en los primeros días. Venía a diario a la casa y oraba de pie, mientras mamá juntaba las manos y apretaba el rosario que le diste el día del matrimonio. Con los meses, la visita dejó de ser diaria y se volvió semanal, y así hasta que sólo los primeros viernes del mes se asomaba a la puerta, cada vez por menos tiempo. Luego dejó de venir. Los domingos, mientras decía: *“Al salmo respondemos todos”*, mamá levantaba la voz y pedía por ti. Algunos oraban con ella, otros simplemente obedecían al coro de voces. Te cuento esto para que sepas que ella nunca te olvidó, para que sepas que siempre estuviste presente en sus pensamientos.

Me acompañaba a pescar. Llevaba manzanas, la fruta que más te gusta, y las ponía sobre el hueco que formaba la falda sobre sus piernas mientras la alisaba con el canto de las manos. En los primeros días iba maquillada, porque no quería que la vieras triste en el reencuentro; pero poco a poco dejó el labial y el rubor y se preocupaba por mirar hacia las montañas, imaginando en dónde estarías tú. Años después, y cansada de esa solitaria cita matinal, regresó a casa y se puso un rígido traje negro, de luto, abotonado hasta el cuello. Cuando regresé en

la noche me dijo: “Ve mañana tú solo, yo ya perdí toda esperanza”.

Empezó a caérsele el cabello. Primero fueron unas cuantas hebras, y luego se le quedaba todo entre el peine y los dedos apergaminados. También envejeció antes de tiempo. Nunca más volvió a quitarse el traje negro, casi dejó de comer, y después de un tiempo fui yo el encargado de preparar mi propia comida, pues ella ya no quería salir de su cuarto. Sólo pensaba en ti, veía tu foto una y otra vez, y lloraba mientras caía una suave lluvia en el pueblo. Viéndola así, comprendí que es triste alimentar el amor sólo con recuerdos.

Mamá decía que, cuando llueve, los fantasmas se meten a la casa por los espejos. Yo mismo la recuerdo de joven cubriendo con sábanas su peinadora en cuanto se oían las primeras gotas sobre el techo. Aún cuando te fuiste no dejó esa costumbre.

Una noche en que cayó un diluvio acá en Lejanías, entré a su cuarto y quise cubrir el único espejo de la casa. Me sorprendió verla levantarse con una fuerza inusual en ella; me tomó las manos y me dijo con vehemencia: “No”. No entendí por qué me miró con tanta rabia, asfixiada como estaba por el duro vestido negro. Hoy, días después, comprendo que, a su modo, te estuvo esperando esa noche, que se aferró a sus propias creencias para sobrevivir un poco más. Pero ya era muy tarde para hallar consuelos.

Mamá murió hace pocos días. Tú solías decir que la mejor manera de conocer a los vivos era viendo dónde enterraban a sus muertos. De ser así, la gente de este pueblo es ingrata, malagradecida. Día a día, luego de ir al río, voy a arreglar su tumba. Le dejo unas cuantas flores y hago una oración, y a su vez observo cómo todos aquellos que murieron años atrás sufren ahora por el olvido de sus familiares. Yo paso las tardes sentado a orillas del río, con la mirada perdida como mi madre entre las montañas que se ven a lo lejos.

Detrás de nuestra casa había un jardín en el que solíamos jugar, tal vez tú te acuerdas. De eso hace ya muchos años. Hoy sólo hay un montón de hojas secas sobre el césped quemado y la luna está sobre ellas.

Anoche volvió a llover, papá. Los perros han dejado de ladrar, tal vez lo hagan mañana cuando yo también me vaya. Esta noche, sin embargo, me quedaré en esta vieja casa y esperaré como mamá a que los fantasmas aparezcan con la lluvia. Será, estoy seguro, la primera vez que nos veremos después de tantos años. Pero, si no vienes, ten en cuenta que mamá siempre te quiso, que nunca dejó de pensar-te y que lo último que dijo antes de morir fue tu nombre. Supongo que ahora ustedes están juntos y no quieren recordar este pueblo, porque lo único que oigo bajo las estrellas es el eco de las voces del pasado.

## LEER Y ESCRIBIR EN PEÑAS BLANCAS

*Juan Felipe Gómez*  
Armenia

La Bella, Balcones, Leones, Recreo, Quinto y Sexto, estos son los nombres de los patios de Peñas Blancas. En cada uno de ellos hay una pequeña biblioteca y varios buenos lectores. Cuando Carlos Ariel Castro, funcionario promotor de cultura de la cárcel, preguntó entre los internos quiénes estaban interesados en un taller literario, muchos se animaron. Con más de cinco años trabajando como docente y promotor cultural en Peñas Blancas, Carlos Ariel sabía bien a quiénes les interesaba de verdad. Para la convocatoria tuvo en cuenta a los bibliotecarios y a los que consideraban buenos lectores.

Uno de ellos es Segundo José Ortiz, que cumple una condena por homicidio. Además de lector, Segundo José también juega con las palabras para componer coplas. Después de conseguir el grado de bachiller al interior de Peñas Blancas, empezó

a acercarse a la literatura y cuando supo del taller fue uno de los primeros interesados. En las sesiones del taller y en el patio comparte con los internos las coplas que escribe en un cuaderno o en hojas sueltas. Algunas las tiene impresas y argolladas a manera de un primer libro. Aunque los versos que componen sus coplas casi siempre son para exaltar la vida, las maravillas cotidianas y la belleza de la mujer, también compone para hacer catarsis de momentos dolorosos. En una de sus composiciones relata cómo llegó a cometer el delito que lo tiene en Peñas Blancas.

Casi siempre en la primera fila está Iván López, un caleño de 51 años que escucha y participa activamente en el taller. Es un lector agradecido y asume el espacio del taller con seriedad y compromiso. También escribe versos que se nutren de sus innumerables lecturas, no sólo de literatura sino de filosofía, política y astronomía. En su patio es el encargado de la biblioteca y procura que los internos se interesen por el poco material con que cuentan. Le gusta estar enterado de la realidad del país y por eso escucha radio y lee prensa cuando tiene la oportunidad.

Entre los participantes del taller “Versión Libre” sobresale Robert Vreeswijk. Su estatura, sus ojos claros, y su impronunciable apellido lo delatan como extranjero, pero es difícil adivinar su procedencia a

primera vista. Se trata de un holandés de 39 años que está en Peñas Blancas por narcotráfico. La primera vez que lo vi caminaba como un león inquieto tras las rejas del patio Quinto. Después se animó a participar en el taller y entre sesión y sesión me ha contado apertes de su vida. Nació en La Haya y llegó por primera vez a Colombia a finales de la década de los ochenta en pleno auge del narcotráfico. Tiene dos hijos con una colombiana, viven en Medellín y cuando sale de permiso va a visitarlos. Se interesó por el taller porque quería conocer algo de la literatura en español, idioma que ha aprendido a hablar de forma autodidacta, pero que todavía le cuesta trabajo leer. También habla inglés y francés además de su lengua materna el holandés. Le gusta leer sobre diversos temas y ha escrito cartas y reflexiones.

Robert participa poco en el taller pero escucha atentamente. Casi siempre al final de la sesión se me acerca para comentar algo. Habla con un cierto dejo de acento paisa y se ha apropiado bien de términos populares como “chucha” o “perico”, incluso algunas veces se despide no con la mano abierta, sino con el puño. Sus dientes amarillos evidencian el abuso del cigarrillo. Sólo fuma Caribe, pues dice que los otros son muy suaves. Cuando habla de la droga hace comentarios que parecen contradictorios: “Yo he metido mucho perico, y aquí estoy”.

Después dice que no se puede ser adicto a las drogas y que lo único que le hace falta es el cigarrillo.

A Robert le quedan sólo algunos meses en Peñas Blancas. Al salir aspira conseguir trabajo como traductor en Medellín y compartir con sus dos hijos. Por el momento no tiene planes de regresar a Holanda.

Segundo José, Iván y Robert comparten con otros veintidós internos el interés por la lectura. Aunque muchos de ellos tienen presente que con su asistencia al taller suman horas para rebaja de penas, la mayoría entiende que en los libros siempre encontrarán una puerta abierta.

Cuando termina la sesión, cada uno se despide con gratitud. Ellos regresan a su patio, tal vez con más ánimo de leer. Yo me dirijo a la salida, esta vez sólo tengo que mostrar el sello en el brazo derecho y todo es más rápido. Hay una satisfacción en mí por haber compartido con ellos una vez más en torno a la literatura y principalmente por conocer sus historias, 25 historias que merecen ser contadas.

## DESPUÉS DEL ONCE

*Leonel Pérez Bareño*  
Villavicencio

Ni en sus más terribles pesadillas Carlos Guarionex pudo imaginar la que viviría durante cuatro meses en compañía de un grupo de extraños venidos de remotos rincones de la tierra, que hablaban nueve idiomas diferentes y cuya principal forma de comunicación era la mímica.

El aprendizaje rudimentario de las primeras palabras en lenguajes desconocidos con interlocutores diversos e iletrados empezaba con “palabras sucias”, mientras afloraban las palabras limpias de la vida cotidiana que unían a los ocupantes de un cuarto blanco rectangular de quince por ocho metros, donde diecinueve individuos varones habían sido confinados a esperar que se les resolviera una solicitud de asilo por razones políticas, religiosas o de nacionalidad.

Cada individuo buscaría comprobar efectivas persecuciones en sus países de origen evaluadas



por la Corte de Inmigración después de tres audiencias que tomaban meses para resolver cada caso. “Cuarenta meses sin ver el sol”. Cada persona debía demostrar que el eventual retorno a su país natal significaba riesgo real de tortura o de muerte. De negarse la solicitud de asilo, su destino conducía a la deportación y ésta a la imposibilidad de ingresar con estatus legal a Norteamérica durante los siguientes años.

En ciento veinte metros cuadrados vivió Carlos Guarionex, un joven dominicano de 25 años, padre de familia, en compañía de chinos, srilankas, pakistaníes, haitianos, georgianos, rusos, albaneses, un boliviano y un argelino. Este último, de nombre Kevin, su mejor amigo de ocasión, sobrepasaba los 40 años, era universitario y conocía varios idiomas, entre estos inglés. Había estudiado Leyes en Londres, con un pasaporte repleto de sellos de los cinco continentes. Era en realidad hijo de campesinos que nunca salieron de su aldea. Tras sus muchos viajes a España e Inglaterra, Kevin volvió a su país de donde saltó a los Estados Unidos y allí cayó en el centro de confinamiento.

La mayoría de los compañeros de Guarionex y Kevin eran chinos, venidos del siglo dieciocho, sin modales ni sospecha del avance del tiempo, dispuestos a lo que fuera con tal de no retornar a la China donde sentían inminente probabilidad de

tortura o muerte por motivos religiosos. Desaseados, generaron entre sus compañeros incomodidad al principio, resignación después e indiferencia al final. O dejaron de expeler gargajos a toda hora en todas partes sancionados por la protesta de sus disgustados *roommates*.

Para Kevin esta pequeña muestra humana conformaba un acopio representativo de los millones de seres que forman el bloque de los condenados de la tierra. Objeto de persecuciones y exclusiones graves de la repartición económica en el seno de sus fronteras nacionales, los veía como batallones dispersos, enfrentados al hambre, ansiosos por cambiar de lugar, dispuestos a ubicarse en cualquier rincón de las naciones ricas. Se trataba de llegar en barco, avión, ferrocarril o automóvil, junto a treinta millones de pobres de todos los puntos cardinales. El sueño: ir los Estados Unidos o Europa, los amos del planeta.

El chino más amigo de Carlos era Shinyá, a quien cariñosamente llamaba Muñequito por la forma de su rostro, había vivido un año en la capital de Venezuela, donde trabajó de cocinero en un restaurante. Entre signos y carcajadas contaba que en los burdeles de su vecindario tres polvos en dos horas costaban treinta dólares. Su descripción adornaba las cifras con jocosos movimientos eróticos que disimulaban sus 37 años de aventuras. Después de

Shangai, Shinyá estuvo en Hong Kong donde dejó un hijo y conoció un grupo de traficantes de opio que lo llevaron hasta Maracaibo. Después de Calaca estuvo en Malacay, donde un grupo de compatriotas se dedicaba a criar cerdos, cuyo olor lo desanimó de asociarse con ellos. También estuvo en Acaligua, donde trabajó para un empresario italiano quien se dedicó con éxito a la ganadería intensiva, con base en la implantación de poderosas motobombas que lograron sacar de las profundidades de la tierra agua suficiente y permanente para regar tres mil hectáreas de sabanas antes consideradas estériles. De allí salió Shinyá corriendo cuando descubrieron que cortejaba a la mujer del capataz, quien lo persiguió machete en mano varios kilómetros sobre una carretera destapada. Un bus que apareció de milagro lo salvó de un final atroz.

El Norte siempre había sido su meta. Un día, Muñequito decidió que estaba listo para conquistar el sueño americano. Muchos años de trabajo, y nueve mil dólares, lo pusieron en un jet de *American Airlines*, aupado por un estafador colombiano que le vendió una visa falsa después de convencerlo de ponerlo sano, salvo y legal en los jardines de la Florida. El avión hizo escala en Bogotá, antes de arribar a Miami. Durante el viaje rompió el pasaporte y lo tiró a la basurera del baño, tal como fue instruido por el colombiano. Temeroso, tuvo ánimos para afianzarse en sus ambiciones de prosperidad.

Llegó el momento del aterrizaje, un dos de diciembre, que anunciaba calor moderado y que no hacía presagiar los malos momentos que le esperaban. El oficial de inmigración le pidió sus papeles: “passport, passport”. Manoteando con nerviosismo, el chino, que desconocía por completo el inglés, contestó: “No, no, nada, nada”. El oficial de inmigración supo que este era otro caso de intento de ingreso ilegal que debía ser tratado mediante detención inmediata. Así, fue conducido sin ruido a una sala triangular de paredes de vidrio donde arrumaban a todos los que entraban con visa falsa o inadecuada, tal como había ocurrido con Guarionex, Kevin y los diez mil aprehendidos del último año recluidos en veinte centros de detención esparcidos en todo el país. Krome en Miami y Daisy Detention Center en New Jersey esperaban a los latinos y asiáticos venidos del sur del río Grande. Muñequito estuvo tres días en Krome, de donde fue trasladado a Daisy, tras un viaje prolongado en bus, encadenado, esposado de pies y manos, junto a otros veintinueve detenidos.

Muñequito subió al bus azul un viernes gris a las dos y treinta de la madrugada. Nunca había visto esposas, excepto en películas, pero ahora las tenía a pocos centímetros de distancia. Mientras esperaba a que le colocaran las suyas, estuvo tentado de llorar o gritar con escándalo para producir la com-

pasión suficiente que le evitara el tormento. Pero se contuvo. Como todos, puso el pie en el primer escalón del bus y en segundos sintió el frío metal que rozó su tobillo. Temblando, entregó con resignación sus manos aparejadas. El bus-jaula cerró con violencia su puerta de mallas cuadrículadas. Uno de los oficiales aseguró con tres candados sus cerrojos. Adelante, el chofer y dos guardas negros gigantes hacían contrapeso a los extranjeros venidos ilegalmente a su país. Atrás, una “van” y sus tres guardas seguían el bus.

La noche remaba sus últimas sombras. Tras un tiempo muy largo comenzó a insinuarse el amanecer que poco a poco se metía por entre las verdes e inmensas paredes de pinos y eucaliptos. La autopista 95 se extendía sobre su lengua de cemento buscando la juventud del día. Súbitamente, una cuchillada bíblica de sol atravesó el cielo de la Florida y se posó en todos los rincones de la tierra. Entre su orgía de luz avanzaba el bus de la derrota con su cargamento de “aliens”, pugnando por acomodarse en asientos plásticos donde dos y tres personas trataban de dormir mientras el trayecto de tres mil kilómetros les permitiría llegar a New Jersey, después de veinticinco horas de fatiga. Allí les esperaba Daisy Detention Center, su centro de confinamiento definitivo.

“La 95”, orgullosa de sus rectas formidables para unir a Miami con el Canadá corría de sur a norte

por entre seis carriles de sólidas calzadas en su carnaval incesante de automóviles, camiones y buses. A la derecha bramaba el mar con sus aromas de sal, placer y vacaciones. Allí estaban las playas de Daytona y sobre ellas, como hojas libertinas mecidas por el viento, miles de cuerpos femeninos saltando sobre el borde del mar. A la izquierda, los bosques no dejan ver los árboles, imponiendo el paisaje plano de montañas uniformes. Velozmente las ciudades fueron quedando atrás. Sólo quedaba para el recuerdo un letrero verde-blanco que anuncia su existencia: Orlando, Jacksonville, Savannah, Charlotte, Norfolk, Washington, Baltimore, Filadelfia.

Interrumpía por un instante el paisaje de chatarra, humo y centenarias grúas de los puertos de Jacksonville y Filadelfia. Adelante, volando sobre el *beltway* que abraza a Washington, el bus acariciaba los barrios antiguos de Baltimore, seguía hasta New Jersey y se perdía en New York, dolorida por los hechos del pasado septiembre, pero paciente y dura para superar la prueba del terror. Sus millones de tornillos ajustados para la eternidad eran invulnerables. Los desastres transitorios forman parte inevitable del equipaje de la historia. El bus llegaba al final de su recorrido.

Daisy espera su cargamento de detenidos como parte de un ritual sin sorpresa repetido todas las semanas. En la madrugada glacial del día siguien-

te los demacrados detenidos repiten sin fuerzas la inspección e identificación practicadas a su arribo al aeropuerto de Miami. Fotos de frente y de lado, huellas dactilares, firmas, preguntas y requisas eran la escala preliminar antes de recibir su uniforme y una cama, después de treinta horas de viaje salpicados por un instante para ingerir dos sándwiches diminutos con un jugo de caja. Tras quince horas de calabozo, cada uno espera el momento del llamado para cruzar cinco puertas electrónicas. El mecanismo de pasadizos y corredores, puertas que se abren y cierran por computador y techos altos, completa el golpe de gracia sobre el alma rota de los recién llegados. El cansancio pesaba en exceso. La medianoche voltea la página del ayer y se convierte en otro día que pronto comienza a brotar.

El rectángulo del cuarto tiene huéspedes nuevos. Trescientos detenidos queman esperanzas, pagan abogados, añoran a sus seres queridos y se imponen la tarea de reducir el tamaño del tiempo. Pronto, Guarionex y sus compañeros aprenderán que es decisivo estar ocupado en actividades rutinarias. Allí supo de Sergio Urbina, el primero en advertir que lo único prudente era tramitar pronto la deportación.

Las cámaras filmadoras esparcidas en varios ángulos del cuarto y anunciados sistemas de grabación mediante micrófonos ocultos profundizaban el

infierno. El domingo aparecía con cambios: oferta de servicios religiosos para cristianos, musulmanes y budistas, en el mismo recinto a horas diferentes.

El rectángulo contenía entre sus altas paredes rematadas en rejas y alambradas, un techo aislado del exterior interrumpido por una claraboya gruesa en su cenit, por la que no entraba el sol ni el sonsonete de la lluvia ni la blancura de la nieve ni el estruendoso aleteo de Nueva York. La ciudad se encontraba pocos metros adelante del centro de confinamiento tras cruzar el puente Verrazano. Si alguna vez ocurrió un sobresalto fue porque el tren de New Jersey rugió más fuerte que de costumbre o un avión se acatarró vapuleado por el invierno que insinuaba despedazar la navidad.

En los dormitorios, rectángulos con nombres de letras que iban desde la A hasta la M, las angostas camas de cemento estaban numeradas. No era permitido tener alimentos ni dinero ni objetos de índole cualquiera. Se castigaba con estricto e inhumano calabozo al infractor de las normas. La canasta de objetos era revisada todos los días; los detenidos, contados tres veces al día. *Count time* gritaba el guardia. Todos debían permanecer en sus camas quietos y silenciosos durante siete minutos cuando el oficial daba por terminado el estúpido rito con el aullido de *Count clear*. Este conteo se hacía sincronizadamente en todos los dormitorios. En estos



minutos se apagaba el televisor, que permanecía prendido dieciocho horas al día a todo volumen.

Un grupo de tres detenidos se turnaba para adelantarse el aseo en cada cuarto. Barrer y trapear el piso, limpiar mesas y ventanas, dejar sin mugre baños, duchas y lavamanos. A las once de la noche todos debían acostarse y dormir, bajo las luces prendidas y crueles ruidos de puertas diseñadas para impedir que los detenidos conciliaran el sueño. Con el paso del tiempo los seres humanos se acostumbran a prácticas y rutinas increíbles durante lapsos tan largos como la vida misma, pero Guarionex tramaba la estrategia para lograr su deportación pronta. No soportaría más tan absurda situación. No resistía la ausencia del sol, al que no veía desde hacía un mes.

La cama de sesenta centímetros de ancho sólo tenía uno setenta de largo, así que dormía con las piernas dobladas. Sus sábanas y cobijas eran cuadradas, de uno veinte por uno veinte. La calefacción hacía estragos en la piel. Contra la resequeidad de la cara, los brazos y el pecho, los médicos recomendaban cremas y reducción del contacto con el agua. El servicio médico trató de calmar las preocupaciones de los detenidos ante el riesgo de enfermedades contagiosas. Los chinos tenían problemas de sarna. El argelino, por su parte, conquistó la amistad de médicos y enfermeras, gracias a su

dominio de varios idiomas y a una necesidad muy fuerte de conversar. Así se lo expresó a las médicas iraní y coreana que disfrutaban tratando de mejorar su español, y a Catherine, la enfermera hindú que sabía más español de lo que ella decía. Su sueño era vivir algún día en Suramérica o el Caribe. Adoraba el tiempo cálido. Pensaba que el paraíso era un lugar donde impera el calor durante todo el año. “Un día saldré de aquí y la llevaré al cine”, se decía el argelino.

Guarionex recuerda bien el día en que trabó conversación con uno de los guardias, un colombiano de apellido Sánchez, quien con mucha convicción decía: “Cuando uno sale joven de su país y llega a los Estados Unidos a buscar fortuna, penetra en un sistema de vida que nunca le proporcionará felicidad, sólo cosas materiales, porque todo el tiempo debe trabajar duro para sobrevivir; no existe familia ni amigos, nunca hay tiempo para pensar hacia dónde uno se dirige. Pero ya no hay retorno, es complicado devolverse al sitio del desorden y la pobreza de donde vino un día, migrar es joderse para siempre”.

Los ojos de Guarionex lloraron incontables veces como consecuencia de su suerte. Había pagado doce mil de dólares por una visa falsa y promesas de trabajo en los Estados Unidos. Había dejado a su mujer y a sus dos hijas abandonadas en su país.

Sabedor de las dificultades de su empeño, recordaba que buena parte de su familia hacía varios años se había instalado sin mayores traumas en Miami. Uno de sus tíos había sido seis veces expulsado de los Estados Unidos y a la séptima logró entrar, eludir la migra y establecerse en una factoría de colombianos que fabricaban ropa para niños, llamada Nueva Antioquia.

Un día le ofrecieron una visa para llegar a la Florida. Guarionex trabajó varios años en un *cormado* o supermercado de Santiago para ahorrar los doce mil dólares que pagó por la visa y los tiquetes desde Santo Domingo hasta Miami. No fue fácil. Pero valía la pena. No solo cuajaría el sueño dorado de los Estados Unidos de América sino que además viajaría en avión por vez primera en su vida. Tenía amigos que le aseguraban trabajo. Llegado el día, la expectativa crecía en su ánimo, pues sentimientos encontrados le atravesaban el territorio de la nostalgia. Experimentaba alegría por la perspectiva de establecerse con los suyos en el país de las oportunidades. Pero también lo agobiaba tener que dejarlas sin dinero ni protección, bajo el amparo de la abuela, a quien sus 75 ya le pesaban demasiado. Dejó sus amigos y su paraíso tropical. Vivía cerca de la playa, que recordaba como el mejor lugar del mundo. Una cava de icopor para enfriar cerveza, unos pocos pesos para comprar pescado fresco,

guineos maduros, el equipo de sonido con la música de Fernandito Villalona y un combo de la cuadra para compartir el placer de la playa y el mar. Juntos con sus familias, la vereda Fundación –su sitio preferido– lo vio muchas tardes bailar bachata sobre la arena, correr al borde del azul costero, “cotojjar” con sus compinches y disfrutar la brisa del Caribe.

Guarionex había sido amenazado por unos maleantes que asaltaron, revólver en mano, el supermercado donde trabajaba. A los dos días, cuando salieron libres, juraron vengarse del sapo. A su casa fueron a buscarlo varias veces, ultrajaron a su mujer y le recomendaron esconderse, renunciar a su trabajo y pensar en exiliarse en la Florida. Fue así como contactó a Manuel, un amigo que se fue para Miami y quince años después era un hombre rico, dueño de una bodega donde vendía juguetes importados de China.

En el aeropuerto de Miami, el guarda de inmigración notó la falsedad de su visa y lo remitió a la oficina triangular de paredes de vidrio, donde empezó su pesadilla. Allí lo tuvieron desde las dos de la tarde hasta las tres de la madrugada. Cada dos horas lo hacían ponerse de pie para tomarle fotos o huellas, hacerle preguntas, indagarlo sobre los falsificadores que le vendieron la visa. Durante este tiempo sólo le dieron una cajita pequeña de leche y unas galletitas, después de esculcarle la totalidad de sus pertenencias y amenazarlo con cárcel si se negaba a colaborar.

La deportación se complicaba por razones que no entendía. Con el paso de las semanas, Guarionex comenzó a dormir muy mal y a tener pesadillas. Lo atormentaba en sueños y vigiliadas la figura de Rolando. Visitas continuas a su casa en Santiago, alegría de las niñas comiendo helado, atenciones con la mami, salidas a cine o a cenar. Las chicas no se fatigaban de elogiar las bondades de Rolando, su generosidad, su disposición para jugar con ellas, su preocupación por la mamá. Una madrugada se levantó espantado y sudando, poco antes de las cinco cuando todos dormían. El guardia se acercó y le preguntó qué le pasaba. Avergonzado, simuló una sonrisa de despreocupación en su rostro cansado. “No pasa nada”, musitó.

Además del temor de perder a su mujer, lo atormentaba el temor de perder la cabeza. La situación de Iván, un colombiano de 25 años, era asustadora. Iván, que al principio aparecía muy lúcido, comenzó a hilvanar historias absurdas. “Tranquilo, que a todos nos van a legalizar, ya hablé con el supervisor, tú estás en la lista, ya te tienen trabajo, casa y residencia”, decía sin inmutarse. Nadie se atrevía a sugerir que el colombiano estaba afectado de la cabeza. Estaba loco o se estaba haciendo, no se sabía bien. Decía que él era agente secreto de las autodefensas, que era teniente del ejército, que cumplía una misión allí en contacto con el servicio de

inmigración y naturalización. Algunos pensaban que simulaba estar loco para agilizar su salida del centro de detención. Pero lo que se supo es que los directivos del centro, para comprobar qué le pasaba, lo encerraron en un calabozo de tres metros cuadrados. Le suministraron abundante droga que lo mantenía semidormido. Días después, Iván dio muestras de recuperación.

Se supo que Sergio, el boliviano, quien también estuvo cerca de perder la cordura, había hipotecado su casa para emigrar. Pagó la visa y el tiquete a Miami, dejó el resto a su esposa y sus tres hijos. Al cabo de los meses pensaba que estaba perdiendo su casa, su mujer, sus hijos y su cordura. Antes de una mala jugada de la vida, decidió que el plan de vivir en los Estados Unidos resultaba cada vez más difícil. Pronto solicitó la deportación y en semanas la logró. No fue tan fácil este camino para Guarionex, quien se enfrentó a una juez implacable que descalificó su petición y le informó que su caso demandaría mucho tiempo.

Tampoco fue buena la suerte de Nikoloz, un georgiano que junto a tres compañeros cayó en una red de traficantes de seres humanos. Conducido por la mafia desde Tbilisi hasta Atenas por tierra, fue llevado en un barco carguero hasta Catania, en Italia. Permanecieron cuarenta y ocho horas dentro de un contenedor de acero herméticamente cerra-

do, en el que aguantaron dos días, con chocolate como único alimento. Fue esta la ocasión en que un ministro italiano propuso bombardear barcos cargados de inmigrantes ilegales, que venían convirtiéndose en un gran negocio, de más de veinte mil millones de dólares anuales por entre rutas escondidas de todos los mares. Nikoloz viajaba en “La Rosa de Alejandría”, así llamado en honor a la rosa que duerme de día y florece de noche. En Catania fueron descubiertos y obligados a abordar otro barco que dos semanas después atracó en Boston. Allí los apresó Inmigración y los condujo a Daisy, donde compartirían su suerte con centenares de individuos.

Guarionex insistía en la deportación tras cerca de cuatro meses de detención. Su desespero estaba llegando al límite. Sus ilusiones de asilo se desvanecieron al enterarse de que la mayoría estaba siendo negada como consecuencia de la tensión anti-terrorista reinante en todo el país. Al enfrentarse a la juez Departeux para exponer su caso no supo qué lo perturbó más, si su belleza o su rigidez rayana en xenofobia. Negra, tenía unos labios delineados para el amor, ojos café ensoñadores, cabellos largos bien cuidados y rostro sereno. Su cuerpo era esbelto, de estatura superior al promedio, piernas torneadas, caderas armónicas y senos altos y firmes. Con tristeza notó que la juez estaba en su peor día

o que su caso era muy débil, pues todos sus argumentos sobre persecución en su país o su petición de deportación fueron fácilmente contrarrestados. Incluso sintió que la juez lo amenazaba con dilatar los trámites de cualquier solicitud que él decidiera presentar. Salió muy fatigado y afligido de la audiencia. En efecto, la juez cumplió su decisión. Su deportación tendía a dilatarse un tiempo mucho mayor al regular en casos como éste. Vivió las semanas más angustiosas de su vida, pues el sistema de detenciones vigente no le dejaba salida alguna.

Un día pareció que el final de su cautiverio estaba cerca. A las dos y cuarentay cinco de una tarde sin fecha mientras miraba al techo tendido sobre su cama el guarda lo ilusionó: “Es posible que usted se vaya pronto a su país, hay un paquete grande para deportar la semana entrante”. Era la frase esperada durante noches y días de incertidumbre. La alegría inundó su rostro. La pesadilla terminaría pronto.

Imaginó el momento de salir. Se bañó y se vistió con rapidez, preparó su escaso equipaje y miró con desgano las paredes que lo aprisionaron sin razón alguna. Con emoción y tristeza se despediría del argelino y de Muñequito. Una hora después le entregarían sus pertenencias y lo conducirían a alguno de los aeropuertos de New York. No importaba que fuera obligado a permanecer horas esposado, hasta abordar el avión que lo conduciría a su isla. Le qui-



tarían las esposas, le dirían, *Good trip*, mientras un guarda le pasaría los papeles a la azafata, indicándole: “Entrégaselos en Santo Domingo”.

Un viaje sin un movimiento brusco compensaría tanto sufrimiento. Al cabo de dos horas un sol de toda potencia destruiría todas las nubes del cielo dominicano para exponer ante los pasajeros la hermosura azul y verde de su isla querida. Desde el aire divisaría sus ciudades y villorrios, playas y bosques, carreteras y caminos. Un ruido de plata marcaría sin violencia el descenso de la nave sobre la pista del aeropuerto. Fue en este momento exacto cuando despertó asustado ante el guarda que le gritaba: “¡Rápido, despierte, el siquiatra lo espera!”.



## AUTORES

### **Hernando Aldana Velásquez. Cali**

Nació en Cartago a orillas de Río La Vieja, dentro de una familia de narradores orales que allanaron el camino para sus historias de no ficción. Fotógrafo desde la edad de los catorce hasta la fecha. Historiador sin título de la Universidad del Valle. Trabajó en dos agencias grandes de publicidad durante los noventa, luego se dedicó al freelance, con énfasis en campañas cívicas que contribuyan a la generación de convivencia. Feliz asistente del Taller Renata de la Biblioteca Departamental de Cali, dirigido por el escritor y columnista Julio César Londoño.

### **Albeiro Álvarez. Cali**

Nació en 1965 en Caicedonia, Valle. El hombre no había ido a la luna y no existían los jardines infantiles. Pasó de la primaria al bachillerato con sólo cruzar la calle, que separaba la escuela del colegio. Estudió Artes Plásticas en el Instituto Popular de Cultura, en Cali, para que algunos familiares y amigos le preguntaran de qué

iba a vivir. Después estudio Literatura en la Universidad del Valle para que algunos familiares y amigos – los mismos más otros – repitieran la pregunta. Hace parte del Colectivo Cuatro Cuartos. Se dio un roce en la X Bienal de la Habana. Todavía se pregunta si le hizo falta jardín infantil. En Renata hace su postgrado.

**Jesús Antonio Álvarez Flórez. Bucaramanga**

Licenciado en Español y Literatura. En 2007 obtuvo el 3º lugar en el XIX Concurso Nacional de Cuento Ciudad de Barrancabermeja con “Mi padre”. Este cuento apareció, junto con “Una mañana de julio” en la antología *Demasiado jóvenes para morir*, Ediciones UIS, 2008. En ese año ganó el I Concurso Regional de Cuento “Érase una vez Casabe”, en Yondó (Antioquia) con el cuento “Fantasmas”. Su relato “Lucrecia, no vayas a cubrir los espejos” ganó la II Edición del Concurso de Cuento Corto Tu cuento vale, en Barcelona (2009). Es miembro del Taller Renata, Bucaramanga y dirige el ciclo de charlas Lecturas indecentes en la Dirección Cultural UIS.

**Fernando Bedoya Londoño. Florencia**

Nació en Ibagué en 1950. Vive en Florencia. Es docente de la Institución Educativa San Francisco de Asís, en el área de Lengua Castellana y Literatura. Cuentista y poeta; algunos de sus poemas hacen parte de la antología de poetas caqueteños *Poesía, energía para el alma* editada por la Electrificadora del Caquetá en su trigésimo aniversario. Fue jurado del certamen internacional “Un fragmento de mi vida” versión 2009, que promueve la Asociación Mexicana de Autobiografía y Biografía.

**Luis Carlos Bonilla Sandoval. Medellín**

Nació en Santiago de Cali en 1955. Es Tecnólogo en Comercio Exterior. Obtuvo el tercer puesto (Externo) en el Primer Concurso de Cuento y Poesía ADEBIC Medellín 1966 con el cuento “Clara dame tu claridad” y mención de honor en el concurso Internacional de Cuento Fernando González, auspiciado por el Instituto Politécnico Jaime Isaza Cadavid y el Instituto Cubano del Libro 1997 con el cuento “El patio de Chave”. Obra publicada: *Un pésimo malo* (Cuentos), publicación auspiciada por Renata, Ministerio de Cultura, y Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia, 2009. Participó en el Taller de Escritores Universidad de Antioquia, 2003 dirigido por Mario Escobar Velásquez, Taller de Creación Literaria Universidad de Antioquia dirigido por Luis Fernando Macías 2004, 2005, 2006, 2007, 2008 y 2009; y Seminario de Literatura y Artes Visuales, Comfama 2007.

**Norwell Calderón Rojas. Cúcuta**

Nortesantandereano (1962). Abogado. Se ha desempeñado como delegado del Consejo Nacional de literatura, Consejero Regional y actual Consejero Departamental literatura (N.S.). Jurado: Mincultura, Instituto de Cultura Bucaramanga (novela, ensayo). Ha participado en las antologías: *Dragón viejo y otros cuentos* (2002), *Soliloquio que Nancy no va a escuchar y otros cuentos* (2010). Su obra más difundida es la novela *La peligrosa herencia del joven Aykord* (Hillman, 2009).

**Diógenes Díaz Carabalí. Popayán**

La Plata. Huila 1954. Participante del Taller Renata, Popayán. Administrador de Empresas. MG en Ad-

ministración Financiera. Columnista de medios regionales. Ha publicado: *Corriendo de Miedo* (novela) 2004, *La Maestra* (novela), edición de autor, 2007. *Los versos del quincallero* (poemario), Colección literaria *Estuario*, 2004. *Epílogo de una tragedia* (novela corta), Edición fondo de autores huilenses, 2008. *Lucía no desea su compota de papaya*. Fondo de autores Huilenses, 2009. Premio de cuento Humberto Tafur. Neiva, 2008. Finalista de la XI Bienal de novela “José Eustasio Rivera” 2008.

**Pablo Estrada. Bogotá**

Nació en Bogotá. Cursó Estudios Literarios en la Universidad Nacional de Colombia. Ha sido finalista de varios concursos literarios. Algunos de sus textos han aparecido en diferentes publicaciones. Ha realizado recitales, eventos literarios y conferencias. Es uno de los creadores de Superficies, propuesta que integra poesía, música, video y fotografía. Miembro fundador del Negacionismo poético y del grupo creativo Caterva.

**Deiby Galvis Estupiñán. Bogotá**

Nació en Bogotá en 1985. Estudiante de décimo semestre de Derecho en la Universidad Nacional de Colombia, interesado en la literatura y el periodismo narrativo. Seleccionado en la publicación *Antología Taller de Crónicas Barriales*, organizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango, Pontificia Universidad Javeriana y el Archivo Distrital. Es cofundador y director de la Revista *Camándula* publicación auspiciada por la Dirección de Gestión de proyectos de la Universidad Nacional de Colombia.

**Juan Felipe Gómez Cortés. Armenia**

La Tebaida, 1987. Periodista cultural y cuentista. Participante del taller Renata Quindío desde el año 2007. Se ha desempeñado como promotor de lectura y escritura creativa para la Fundación Torre de Palabras. Ganador, en la categoría de estudiantes universitarios, del Concurso Nacional de Cuento RCN–Ministerio de Educación 2008 en homenaje a Tomás Carrasquilla. Coordina el taller “Versión Libre” del programa *Libertad Bajo Palabra* en el Establecimiento Penitenciario de Calarcá.

**María Isabel González. Medellín**

Nació en 1980. Graduada en Comunicación Social y Periodismo, con algunos semestres de Historia. Actualmente se dedica a reinventar el mundo y la realidad a través de la fantasía y la escritura. Los viajes que, según ella, le han enseñado a entender más a fondo a la humanidad y su entorno, son la gran inspiración para sus textos.

**Angélica María Guerrero. Villavicencio**

Nació en Bogotá en 1967 y reside en Villavicencio desde 1995. Fonoaudióloga. Egresada de la Universidad Nacional de Colombia. Perteneció al taller de escritores de la Corporación Cultural *Entreletras* desde el año 2000 hasta el 2008. Ha publicado parte de su poesía en el libro *Sinfonías Iniciales*. Ha leído sus textos inéditos en encuentros y festivales de poesía en la Casa de la Cultura de Villavicencio, Banco de la República, colegios y otras instituciones de la región.

**Jorge Omar Hurtado Ruiz. Villavicencio**

Ejerce la profesión de abogado, ha sido Secretario Privado, Secretario de Hacienda y Gobernador (encargado) del Departamento del Meta, profesor universitario, decano de las facultades de Derecho y Comunicación Social de la Universidad del Meta y conjuer del Tribunal Superior de Villavicencio y del Consejo Seccional de la Judicatura. Fue jefe de redacción del quincenario *Correo del Llano*, editorialista y columnista de la *Revista Trocha* y columnista de *Llano 7 Días*. Asiste al Taller Permanente de Escritores del Llano desde hace varios años. La Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa del Ministerio de Cultura –Renata–, incluyó en el libro *Este Verde País* su cuento “La decisión correcta”. Escribió un libro de cuentos titulado *Cuentos de Baobabs*.

**José Mario Iriarte. Sucre**

Nació en 1955 en Corozal, Sucre. Licenciado en Filología e Idiomas de la Universidad del Atlántico. Especialista en Pedagogía de la Lengua Escrita de la USTA. Compositor y decimero, autor del libro *Un Camino Hacia la Décima Improvisada*. Profesor de Lengua Castellana en el Liceo Carmelo Percy Vergara. Tallerista del verso improvisado, participa del Taller Páginas de Agua de Renata-Sucre desde el año 2008.

**Constanza Lema Botero. Cali**

Nació en Palmira Valle, pero de familia paisa, de Santa Rosa de Cabal, Caldas. Es licenciada en Lenguas Modernas de la Universidad del Valle, estudió una maestría en educación en la Universidad Javeriana, inglés en Georgia Institute of Technology (Georgia, Atlanta). Ha



trabajado como profesora de inglés en algunos colegios y universidades. Desde hace diez años es profesora del Instituto de Idiomas de la Universidad Santiago de Cali, institución para la que ha escrito dos libros de estudio. Ganó una mención de honor en el concurso de crónica de la Cámara de Comercio de Palmira en 2003. Dos de sus textos están incluidos en la antología de cuentos, crónicas y ensayos de la Biblioteca Departamental del Valle, Renata Cali.

**Diana López Garzón. Armenia**

(1986) Estudió licenciatura en Español y literatura en la Universidad del Quindío. Se desempeña como docente de español en el Colegio John Dewey de Calarcá, Quindío. La literatura, el teatro y la danza son sus aficiones. Entre sus autores favoritos se destacan la escritora colombiana Silvia Galvis de quien está haciendo un estudio. También hacen parte de sus gustos Mario Mendoza y Alba Lucía Ángel. Estudiante de Maestría en ciencias de la Educación, Universidad del Quindío.

**Hilda Lubo Gutiérrez. Riohacha**

Nació el día en que se conmemora el idioma español. Es Arquitecta. Especialista en Planeación Estratégica Situacional y en Ética y Pedagogía. Le publicaron el relato “El patio de mi casa”, en la antología *Palabra y Residencia*, Literatura en Riohacha, en el año 2008. Tiene un libro de cuentos inéditos: *El Cadáver y otros cuentos* y un libro de relatos inéditos: *Nosotros éramos el sueño*.

**Néstor Mejía Coley. El Banco**

Nació en El Banco, Magdalena, en 1977, es estudiante de psicología de la UNAD y actualmente se desempeña como director de la Emisora *Planeta Radio*. Ha participado en la publicación de la colección de cuentos de El Banco (2004) y es miembro del taller literario La Tribu, de la Red Nacional de Talleres de escritura Creativa, Renata, Magdalena.

**Óscar Humberto Mejía Blanco. Bucaramanga**

Aguachica Cesar, 1985. Realizó estudios de Derecho (2007) y actualmente cursa último semestre de Licenciatura en Español y Literatura, en la Universidad Industrial de Santander. Sus textos han sido publicados en *Vanguardia Liberal*, Bucaramanga; Agenda cultural Auditorio, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, y *Laberinto sin tiempo III*: publicación de poesía y relato breve universitario, Medellín.

**Mayra Alejandra Mola Bandera. Barranquilla**

Nació en Barranquilla en 1986. Es bachiller normalista y acaba de terminar sus estudios en el ciclo complementario de la Escuela Normal La Hacienda. Su texto “Jardín de niños” aparece incluido en *Para tomar en cuento*, antología de textos del Taller Literario “José Félix Fuenmayor” publicado en diciembre de 2008. Intenta escribir desde los 10 años. Le gusta leer, la música y el cine de verdad.

**Edward Mosquera Angulo. Buenaventura**

El mar, la brisa con sabor a mangle y su madre aseguran que nació un 10 de enero de 1980 en Buenaven-

tura (departamento del Valle del Cauca). Las gaviotas indiscretas dicen que es sociólogo de profesión y que en sus tiempos libres le gusta departir con la gente, leer y jugar con las letras que en ocasiones lo convierten en dios creador y en otras en simple marioneta de personajes nacidos del abecedario con vida y decisiones propias.

### **Tara Newball. Providencia**

Es una isleña, madre, de tres niñas y un varón, recién nacido. Entre su trabajo en la biblioteca de *Bottom House* y el manejo del hogar, consigue algún tiempito, y da sus pinitos en la escritura de cuentos participando en el taller. Una de sus hijas es Charimar Arenas, de diez años, quien es una de las participantes en la composición del libro: *Cuentos y Relatos A-Islados*, del Taller de Escritura Creativa de Renata, Providencia Isla, 2009.

### **Catalina Oquendo B. Bogotá**

Nació en Medellín en 1981. Es comunicadora social y periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana. En el 2004 ingresó al diario *El Tiempo*, a la regional Medellín donde se encargó de los temas de orden público y el cubrimiento del proceso de desmovilización de las autodefensas en esa región. Posteriormente fue trasladada a la sección nacional, en Bogotá, donde continuó con interés en los asuntos de víctimas de los grupos armados y el proceso de justicia y paz. Estuvo en la sección educación y volvió a Nación donde se encargó de la página de temas regionales y de corresponsales. Actualmente vive en Madrid, donde hace parte del Programa Balboa para

Jóvenes Periodistas y hace parte de la sección locales del diario ABC.

Catalina obtuvo un Premio Simón Bolívar en el 2007 con el informe “Colombia busca a sus muertos”. Participó también del equipo que recibió, el reconocimiento del Círculo de Periodistas de Bogotá (CPB) 2005 y 2007 con el informe “Examen a la reinserción” y el cubrimiento en prensa al proceso de desmovilización, respectivamente. Además forma parte del grupo que realizó el informe “La paramilitarización del país” que recibió el premio Simón Bolívar al mejor cubrimiento de noticia en el 2005. Participó en el Taller Renata -Crónica en Bogotá.

**Leonel Pérez Bareño. Villavicencio**

Oriundo de Tame, Arauca, tiene 62 años. Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia, ha sido docente en esta universidad, especializado en temas energéticos, medioambientales y de ordenamiento territorial.

**Néstor Alfonso Romero. Neiva**

Bogotá. Licenciado en Filosofía por la Universidad Santo Tomás. Docente de Filosofía y Teoría del Conocimiento. Artículos, poemas y cuentos suyos han sido publicados en: Revista “Letras Calientes” No 2; Revista Cultural “La puerta”; Antología de Ganadores Concursos Literarios Departamento del Huila, versión 2009. Recientemente fue declarado finalista del Concurso de Poesía “José Eustasio Rivera”, que convoca la Secretaría de Cultura y Turismo del Huila.

**Mauricio Romero Gutiérrez. Ibagué**

Nacido en Chaparral, Tolima, en 1975. Diseñador gráfico, escritor y dibujante de varios comics locales y nacionales. Realizador audiovisual, escritor de guiones y productor de cortometrajes locales. Integrante del taller Renata desde el año 2007. Ganador del premio “Sin Formato” del Ministerio de Cultura en dos oportunidades. Actualmente radicado en Ibagué.

**Iván Ruiz Ariza. Bucaramanga**

Diplomado en Literatura Contemporánea por la Universidad Industrial de Santander en el año 2000. Publicó en la modalidad de cuento en el año 1994 en la Fundación Taller de la Ciencia Social en Cali, en el Primer Gran Concurso nacional de literatura para autores inéditos. En el año 1.997 fue publicado en la Convocatoria Nacional de Poesía “Que no Calle el Cantor I” y en el año 1.999 en la Convocatoria Nacional de Poesía “Que no Calle el Cantor II”. En el 2008 publicó el libro de cuentos *El Mastín– Confesiones de un sicario y otros relatos*.

**Jorge Mario Sarmientopérez Villareal. Santa Marta**

Fundación, Magdalena (1986). Es actual estudiante de Psicología de la Universidad del Magdalena. Textos suyos han sido publicados en el colectivo literario *Literalmente* y la revista cultural *Galería*. Es asistente del taller literario T.A.L.I.U.M (Taller Literario de la Universidad del Magdalena) en Santa Marta, ciudad en la cual reside desde hace varios años.

**Marcela Sjögren. Providencia**

Tuvo el privilegio de nacer en una hermosa isla del Caribe Colombiano, uno de los rincones más hermosos

del mundo. Casi toda su vida ha estado allí, escuchando personas de generaciones anteriores contar historias de naufragios y de espíritus que deambulan por las islas o de muertos que regresan para comunicar algo o simplemente no pueden descansar pues tienen deudas pendientes. Es una persona que disfruta y da gran valor a los momentos de soledad y que ama a su familia y tiene la convicción de que Dios guía la vida de cada ser humano, ¡claro está! si se lo permitimos. Le encantan las noches silenciosas de luna llena, cerca de la playa viendo los reflejos de la luz en la superficie del agua. Adelantó estudios universitarios en Bogotá. Espera morir en su querida Providencia. Participo en la producción del libro: *Cuentos y Relatos A-Islados*, del Taller de creación literaria Renata de Providencia Isla, 2009.

**Eduardo Torres Ruidíaz. El Banco**

Economista y docente nacido en 1968 en El Banco-Magdalena, municipio ubicado en la Depresión Momposina de Colombia. Ganador del Concurso de colección de cuentos *Escribe Caribe* de Cartagena en 2008. Actualmente lidera el movimiento ciudadano de reordenamiento territorial de la Depresión Momposina en el Caribe Colombiano.

**Eduardo Tovar Murcia. Neiva**

Tercer puesto en el XVII Concurso Departamental de Minicuento “Rodrigo Díaz Castañeda” (2007). Primer puesto en el Concurso de Cuento de la Universidad Surcolombiana (2007). Se han publicado relatos y cuentos suyos en revistas y libros como: revista *La Puerta* (2005), revista *Letras Calientes* (2008); el libro: *La tarde está como*

*para contar cuentos*, Antología de Minicuento Huilense (2008). Aspirante a Magíster en Literatura, Universidad de los Andes.

**Cristal Villanueva. Bogotá**

Heredó el gusto por la música de la tierra donde nació, Ibagué, en 1985; y una extraña filantropía incubada en la ciudad que amparó su juventud, Armenia. Comunicadora Social –Periodista de la Universidad del Quindío, conquistada por el medio audiovisual. Aventurera en Bogotá, una ciudad esquiva para muchos, fue reconquistada por la capacidad de transmitir con unas cuantas letras lo que perciben sus sentidos.

**Anexo 1. Talleres Renata 2009**

<b>Director</b>	<b>Ciudad</b>	<b>Autor en esta antología</b>
Arrieta López, Gustavo Hermógenes	Santa Marta	Jorge Mario Sarmientopérez Villareal
Benjumea, Henry	Villavicencio	Angélica María Guerrero, Jorge Omar Hurtado Ruiz, Leonel Pérez Bareño
Bonilla Rojas, Betuel	Neiva	Néstor Alfonso Romero, Eduardo Tovar Murcia
Bravo Mendoza, Víctor	Riohacha	Hilda Lubo Gutiérrez
Cardona, Antonio	Cereté	
Castillo, Carlos	Bogotá- Cuento	Pablo Estrada Suárez
Fajardo, Martha	Ibagué	Mauricio Romero Gutiérrez
Flaminio, Alvaro	San José del Guaviré	
García Quintero, Felipe	Popayán	Diógenes Díaz Carabalí
García, María Alejandra	Corozal, Sucre	José Mario Iriarte
Gómez, Giovanni	Pereira	
Gutiérrez, Carlos Fernando	Armenia	Juan Felipe Gómez Cortés, Diana López Garzón
Londoño, Julio Cesar	Cali	Hernando Aldana Velásquez, Constanza Lema Botero
Luna, Allan Gerardo	Pasto	



Suenan voces

Jamioy, Hugo	Sibundoy	
Jiménez, Hermínsul	Florencia	Fernando Bedoya Londoño
Macías, Luis Fernando	Medellín	Luis Carlos Bonilla Sandoval, María Isabel González
Murgas, Luis Alberto	Valledupar	
Navarro, Uriel	Barrancabermeja	
Otálora, Gerardo Alonso	Yopal	
Martínez Quintero, Fabián Mauricio	Bucaramanga	Jesús Antonio Álvarez Flórez, Óscar Humberto Mejía Blanco, Iván Ruiz Ariza
Romero, Néstor Fabián	Mitú	
Rodríguez, Alberto	Cali	Albeiro Álvarez
Silvera, Antonio	Barranquilla	Mayra Alejandra Mola Bandera
Taylor, John	Providencia	Tara Newball, Marcela Sjøgreen
Urbina, Manuel Iván	Cucutá	Norwell Calderón Rojas
Valencia, Cristian	Bogotá-Crónica	Deiby Galvis Estupiñán, Catalina Oquendo, Cristal Villanueva
Valle, Agustín	El Banco	Eduardo Torres Ruidíaz, Néstor Mejía Coley
Vánin, Alfredo	Buenaventura	Edward Mosquera Angulo

### SUENAN VOCES

Se terminó de imprimir en la Editorial Artes y Letras Ltda.  
en marzo de 2010. Para su elaboración se utilizó  
papel Propalibros Beige de 70 gr. La fuente empleada  
fue NewBaskerville Bt 12 pts. para texto y 18 pts. para títulos